

A.C.N. DE P.

AÑO XXXI

1-15 de abril de 1955

NUMEROS 561-562

SUMARIO

Paradoja inquietante.

I

LAS CAUSAS

- 1.—El peso de la tradición:
 - A) En los fieles.
 - B) En los sacerdotes.
- 2.—El espíritu de "capilla"
- 3.—La improvisación.
- 4.—La atonía social.
- 5.—Los residuos del liberalismo y del marxismo.
- 6.—La falta de abnegación.

II

PROGRAMA DE ACTUACION

- 1.—Conocer las necesidades.
 - A) Calado de nuestro catolicismo.
 - B) Otros problemas.
 - C) Visión general.
- 2.—Las metas claras.
 - A) La vida de gracia.
 - a) Aprecio y estima de la divina gracia.
 - b) Ambiente de gracia.
 - B) La comunidad parroquial.
 - C) Formación de conciencias.
 - D) La familia cristiana.
 - a) El matrimonio.
 - b) El conflicto de los esposos.
 - c) La austeridad de los hogares.
 - d) La movilización del hogar.
 - E) La justicia social.
 - F) La práctica de la caridad.
- 3.—Bien calculadas las fuerzas disponibles.
 - A) El clero parroquial.
 - B) Los religiosos.
 - C) Las religiosas.
 - D) Las almas consagradas a Dios en el mundo.
 - E) La Acción Católica.
 - F) Otras organizaciones.
 - G) Colaboradores individuales.
- 4.—Encuadramiento y empleo de fuerzas.
- 5.—Ritmo de trabajo.
- 6.—Fidelidad a Jesucristo.

III

EPILOGO

- La renovación del sacerdote:
- 1.—En las virtudes humanas.
 - 2.—En los criterios evangélicos.
 - 3.—En la caridad sacerdotal.
 - 4.—En el espíritu de obediencia.
 - 5.—En el ideal sacerdotal.
- CONCLUSION.

La renovación total de la vida cristiana

(Examen de conciencia después de una visita pastoral)

- En el aspecto religioso, nuestra impresión es satisfactoria y francamente optimista. Sin embargo, en el aspecto moral y social hemos notado, en general, un descenso bastante notable.
- Esta paradoja es, en verdad, inquietante. Porque nos dice que algo falla en la formación de los fieles y que algo ha cambiado en nuestra actuación sacerdotal y en nuestra táctica de apostolado.
- La vida cristiana necesita ser renovada. No hemos acertado a darle la pujanza y la vitalidad que las circunstancias históricas exigían. Por eso ha perdido parte de su eficacia en el orden individual y ha perdido casi toda su influencia en el orden social.
- No hay más que un obstáculo para conseguir la movilización general por un mundo mejor: el escepticismo de los sacerdotes.

CARTA PASTORAL DEL EXCELENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR DON VICENTE ENRIQUE TARANCON, OBISPO DE SOLSONA, EN EL NOVENO ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACION EPISCOPAL (24-III.1955).

Amadísimos hermanos y amigos:
He terminado ya, con el favor de Dios, mi segunda visita pastoral a la diócesis. Si la primera tuvo más bien carácter de información previa y de puesta en contacto—la realicé durante el primer año de mi pontificado—, la segunda, más reposada y detenida, realizada después de ocho años de gobierno de la diócesis, podía prestarme elementos valiosísimos para orientar adecuadamente vuestra labor sacerdotal.

Tres etapas, de tres a cuatro meses cada una, han sido necesarias para recorrer todas las parroquias y tomar el pulso a todas las obras y actividades religiosas. Vosotros sois testigos de que he puesto en ello el máximo interés y la mayor diligencia posible.

En mis conversaciones particulares con vosotros os manifesté ya mis primeras impresiones y os di algunas orientaciones concretas sobre los problemas que convenía resolver de momento. Pero hace falta algo más. Ni yo podía reflexionar entonces serenamente sobre las impresiones que iba recibiendo, ni era posible formar un juicio exacto y completo—un juicio de conjunto—hasta terminar la visita. Hacía falta tiempo y tranquilidad para sacar todas las enseñanzas de lo que he visto durante mi permanencia en las distintas parroquias y para proponeros un plan definitivo de actuación.

La fecha aniversario de mi consagración episcopal, en la que todos los años me dirijo a vosotros, me presta ocasión para presentaros el resultado de mis reflexiones. Esto es lo que pretendo hacer

en esta carta, dándole el carácter de un examen de conciencia sacerdotal.

Paradoja inquietante

En la exhortación que os dirigí al final de la primera etapa de la visita había resaltar ya esta paradoja: "La impresión que hemos recibido—escribía entonces—es, al parecer, contradictoria. En el aspecto religioso, esto es, en el cumplimiento de los deberes estrictamente religiosos: asistencia a la misa dominical, cumplimiento del precepto pascual, asistencia a los actos de culto, nuestra impresión es satisfactoria y francamente optimista. Creemos sinceramente que no sólo se ha mantenido la situación de nuestras parroquias, sino que en la mayor parte de ellas ha mejorado. Sin embargo, en el aspecto moral y social hemos notado, en general, un descenso bastante notable."

Esta impresión ha ido afianzándose y robusteciéndose a lo largo de la visita.

He tenido una verdadera satisfacción al poder comprobar que son muchas las parroquias en las que la totalidad de los fieles—las excepciones, si las hay, son insignificantes—cumplen con los preceptos de la misa y de la comunión pascual; y en las otras, una mayoría bastante notable. Apenas si existen parroquias con un porcentaje inferior al sesenta por ciento.

También he comprobado que la piedad de los fieles, particularmente en dos aspectos fundamentales: la devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen, ha ido progresando continuamente. Se ha intensificado casi en todas partes la

práctica de la visita al Santísimo y de la comunión frecuente y se ha restaurado en muchos hogares la costumbre del rosario familiar.

El aprecio de los fieles a sus sacerdotes ha ido también en aumento y, como consecuencia, es cada día mayor el número de los aspirantes al sacerdocio que llaman a las puertas del seminario.

Incluso se está notando en algunas parroquias un deseo de solucionar en sentido cristiano el problema de las diversiones. En poco tiempo se han constituido varios Centros parroquiales—alguno levantado de nueva planta—con esta finalidad; y se está trabajando para fundar otros nuevos.

Todos estos hechos que yo he podido comprobar personalmente son consoladores y abren el corazón al optimismo.

Pero hay una contrapartida que nos ha de hacer reflexionar. Las mujeres—en general—han perdido, o parece al menos que hayan perdido, el sentido de la modestia y del pudor; las modas indecorosas, sobre las cuales llamaba la atención de los Obispos la Sagrada Congregación, han entrado y se han generalizado también en nuestra diócesis. La moral familiar—a juzgar por los efectos—está también en quiebra. El concepto de honradez se ha desvaído en la conciencia de muchos. Las diversiones han empeorado en estos últimos años. Las madres—incluso las que pasan por piadosas—consienten, cuando no provocan, muchos excesos de sus hijos.

Da la impresión, cuando se consideran estos hechos bastante generales en la mayoría de las parroquias, que la Iglesia está divorciada de la vida social y que el sacerdote no ejerce ninguna influencia o muy escasa fuera del templo.

Y aún es más grave, a mi juicio, lo que pasa con los grupos selectos o con los que debieran ser grupos selectos.

Existen muchas asociaciones piadosas en la diócesis: Terceras Ordenes, Pías Uniones, cofradías... Y en estos últimos años ha aumentado su número. Y son muchos, muchísimos, los que las integran. Hay parroquias, por ejemplo, en las que todas las familias pertenecen al Apostolado de la Oración; otras, en las que todas las jóvenes son Hijas de María.

Pero mientras todas esas asociaciones llevan en su aspecto religioso y cultural una vida al parecer próspera, ni tiene ninguna de ellas verdadera eficacia formativa con respecto a sus propios miembros, ni ejerce apenas influencia en la vida familiar y social de sus asociados. Y mientras esas asociaciones con fines religiosos, culturales o de caridad van creciendo en número de afiliados, las asociaciones con fines de apostolado y de conquista van languideciendo cada día más.

En general, las organizaciones de Acción Católica están desvitalizadas. Y su influencia en el medio ambiente es nula. El fin social de la Acción Católica—esencialísimo según la concepción de Pío XI y Pío XII—no se cumple casi en ninguna de nuestras parroquias.

Esta paradoja es en verdad inquietante. Porque nos dice que algo falla en la formación de los fieles—no es fácil compaginar en una conciencia realmente formada esos extremos contradictorios—y que algo ha fallado en nuestra actuación sacerdotal y en nuestra táctica de apostolado.

No es extraño que a pesar de las realidades consoladoras que hemos re-

señado, algunos sacerdotes vivan bajo la impresión de fracaso y que otros se sientan desanimados y aun juzguen que es imposible oponerse a esa avalancha de descristianización que arrastra en su corriente incluso a familias que parecían de absoluta confianza.

También yo he sentido por un momento la sensación de fracaso al constatar esta realidad paradójica. Pero no me he desanimado por ello. Me ha servido como estímulo para estudiar las causas de este fracaso a fin de buscar el remedio, que me ha hecho comprender unas palabras pontificias que quizá no había entendido hasta ahora en todo su significado. Aquella consigna del Papa sobre el “**mundo mejor**, cual Dios lo quiere” que nosotros habíamos de “acoger con noble ímpetu de entrega” y que había de ser el comienzo de “un potente despertar de ideas y de obras, despertar que obligue a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una **renovación total de la vida cristiana**”, tiene ahora para mí un clarísimo significado.

La vida cristiana necesita **ser renovada**. Se nos ha quedado raquítica y pobre. No hemos acertado a darle la pujanza y la vitalidad que las circunstancias históricas exigían. Vivimos, ge-

neralmente, inadaptados. Y por eso la vida cristiana ha perdido parte de su eficacia en el orden individual y ha perdido casi toda su influencia en el orden social.

La renovación de la vida cristiana exige una revisión a fondo de todos los elementos que la integran. Por eso podemos decir con verdad que estamos en una época **revisionista**.

Hay que revisar criterios, procedimientos, conductas. Incluso aquellos criterios y procedimientos que hemos conservado siempre en posesión pacífica como criterios y procedimientos incontrovertibles, si las circunstancias lo aconsejan. Si el Papa dice que la renovación ha de ser total, justo es que preceda a ella una revisión también total.

Se trata, evidentemente, de una tarea difícil, peligrosa, expuesta a equivocaciones y quiebras. Se necesita no poca audacia para emprenderla. Pero creo sinceramente que las circunstancias nos obligan a ello. Y en el caso reducido de nuestra diócesis, es este el momento oportuno para que la emprendamos con decisión.

Esto quiere ser el examen que os propongo. Vamos a buscar las causas de ese estado de cosas que hemos señalado para poder buscar después los remedios apropiados.

I.—LAS CAUSAS

1) El peso de la tradición

España es una nación **tradicionalmente** católica. España ha sido, además, casi siempre, una nación **oficialmente** católica. Incluso los gobernantes escépticos y liberales no se atrevieron a negar la oficialidad al catolicismo porque la fuerza de la tradición los coaccionaba. Y cuando por pocos años dejó de ser España oficialmente católica, pudo más el peso de la tradición que los esfuerzos de aquellos gobernantes sectarios.

Aun podría afirmarse con verdad—al menos con respecto a nuestra diócesis, que es lo que ahora nos interesa—que España ha sido siempre y sigue siéndolo actualmente una nación **totalmente** católica. Nunca ha habido disidentes entre nosotros. Los mismos que se consideraban como tales—poquísimos—conservaban la idiosincrasia católica, que les hacía reaccionar en católico en los momentos decisivos de la vida.

Esto es un gran bien, indudablemente. Y a esta fuerza de la tradición debemos que todavía ahora, en muchos aspectos, sea nuestra diócesis y aun España entera, una excepción en el mundo.

Pero esto, que es un bien indiscutible, ha producido, por diversas circunstancias, no pocos males. Yo me atrevería a afirmar que es ésta una de las razones que explica la vaciedad y la falta de sinceridad de nuestro catolicismo y las contradicciones que se observan en la vida cristiana de no pocos españoles.

Porque la tradición tiene una gran fuerza formativa y una eficacia excepcional en la vida de los pueblos cuando es una tradición viva. Pero es peligrosísima cuando es una tradición estancada; una tradición que va perdiendo poco a poco su contenido.

La tradición nos habla del pasado, nos viene del pasado. Pero no es en sí misma una cosa del pasado, una cosa que pertenece a la historia. No es una joya que nosotros hemos recibido de nuestros mayores y que hemos de conservar bajo llave para evitar su pérdida. La tradi-

ción nunca está completa. Es cosa que se va haciendo continuamente. Como el negocio o la finca que nos legaron nuestros mayores y que nosotros hemos de continuar cultivando para que siga produciendo.

Nosotros hemos de incorporar la tradición a nuestra vida. La hemos de asimilar. La hemos de enriquecer con nuestra propia vitalidad. Y cuando la tradición no se asimila ni se incorpora a la vida, se convierte en un peso muerto que nos abruma y nos vence.

Quizá no haya nada peor para un pueblo que una tradición gloriosa que no se sabe continuar y renovar.

Hace mucho tiempo que estamos gastando las reservas. No hemos renovado nada y nos encontramos ahora abocados a la ruina. Como los herederos de casas grandes que no han cuidado de revocar la casa señorial ni de cultivar los bienes heredados hasta que se dan cuenta de que la casa está llena de grietas y amenaza ruina y que los bienes se han hecho improductivos.

A) En los fieles

Una tradición no vivida se convierte pronto en pura fórmula. En unas apariencias sin realidad ni contenido. Con una agravante. Somos hijos de casa noble por nuestra estirpe. Y queremos hacer valer ese derecho aunque hagamos obras de villanos. Somos católicos porque el catolicismo es consustancial a nuestro pueblo. Y queremos llamarnos y que nos tengan por los mejores católicos del mundo, aunque socialmente vivamos en pecado.

Nos pagamos del nombre, del linaje, de la tradición. Y acabamos por dar toda la importancia a estas cosas sin que las obras y la vida cuenten para nada. Y el catolicismo de muchos de nuestros fieles no es más que eso: un catolicismo de herencia, de tradición, de rutina; si queréis, de sentimiento. Que servirá, evidentemente, para los momentos decisivos. Y por eso es más fácil el engaño. Pero que no influye para

zada o muy escasamente en nuestra vida ordinaria, en nuestra actuación profesional y pública.

Le diremos a uno que abusar de su cargo para enriquecerse es una inmoralidad, que faltar a la justicia en los negocios es falta de honradez, que quien es inmoral o no es honrado no puede ser católico. Y se ofenderá, contestándonos que él siempre ha sido católico. Y quizá lo diga con cierta sinceridad. Tiene un crucifijo a la cabecera de su cama; tiene en su hogar un rosario que heredara de sus padres y que alguna vez, quizá, reza en familia; ha hecho la primera comunión; se ha casado por la Iglesia; educa a sus hijos en colegios de religiosos; va a misa todos los domingos. Y en su conciencia se cree católico, aunque no sea honrado. O aunque escandalice con lujos excesivos y despilfarros o con modas y costumbres inmorales. Y cree compatible su catolicismo con el favoritismo más escandaloso, con la falta de honradez en los negocios o en el desempeño de los cargos, con las diversiones deshonestas, con la falta de la más elemental caridad, con una situación social basada en la injusticia.

Y no es fácil convencerle de su equivocación. El es católico, como todos los españoles. Y España es católica—la nación más católica del mundo, como nos complacemos en afirmar tantas veces—, aunque se den tan frecuentemente en ella esas contradicciones absurdas.

B) En los sacerdotes

Los sacerdotes nos damos cuenta de estas deficiencias. Comprendemos perfectamente el vacío del catolicismo de muchos de nuestros fieles. Pero también el peso de la tradición nos impide poner el remedio oportuno.

"España no puede dejar de ser católica", decimos en momentos de pesimismo, sin pararnos a pensar en la inconsecuencia y gratuidad de esa afirmación. "Nuestro pueblo tiene reservas espirituales magníficas", comentamos con orgullo en los momentos en que la piedad de los fieles se manifiesta en actos espectaculares. Y nos quedamos contentos y satisfechos, olvidándonos de aquellos síntomas que justamente nos alarmaban.

En España—dicen ahora algunos sacerdotes—lo tenemos todo resuelto. El Concordato reconoce paladinamente los derechos de la Iglesia y es fiel a nuestra tradición. Basta con que se mantenga este estado de cosas. La formación cristiana que se da obligatoriamente en las escuelas y el mismo ambiente cristiano, garantizado por el Concordato, irán corrigiendo los defectos que pueda haber en nuestro catolicismo y formarán una generación de auténticos cristianos.

Hoy no tenemos enemigos declarados que nos obliguen a estar en vigilia permanente. Y fácilmente nos dormimos, como los criados de la parábola, sin darnos cuenta de que el enemigo aprovecha nuestra desidia para sembrar la cizaña.

Además, y esto es lo peor a mi juicio, nosotros no sentimos la necesidad de renovar nuestros ideales ni de revisar nuestros métodos de apostolado. Nos basta con lo tradicional, con lo que se ha hecho siempre en tiempos en que era indiscutible el catolicismo auténtico de nuestro pueblo.

En otras partes se preocupan intensamente los Obispos, los sacerdotes y los seglares selectos, de afianzar sus posiciones y de renovar sus métodos de conquista. Tratan por todos los medios de influir en las corrientes intelectuales

políticas y sociales del momento presente. Tratan de recristianizarlo todo porque se dan cuenta del ambiente materialista y pagano que les envuelve. Ensayan tácticas, procedimientos, empresas nuevas. Se equivocan algunas veces, es verdad. Fracasan otras. Y eso no es extraño, porque, al fin y al cabo, son hombres. Pero sienten la inquietud revisionista y procuran ir tomando posiciones para influir en la orientación del mundo futuro.

Nosotros no sentimos la necesidad de revalorizar nuestros ideales—¿qué ideal mejor que el de una España oficial y totalmente católica?—, ni acabamos de ver la conveniencia de renovar y modernizar nuestras tácticas de apostolado. Si España ha sido siempre católica con los procedimientos y con las instituciones que ya tenemos, ¿para qué vamos a buscar fórmulas u orientaciones nuevas con peligro de fracasar?

Alguien ha afirmado que el mayor mal que ahora padece España es la falta de un ideal vivo y sacerdotal en el clero. No creo que esta afirmación tenga un valor absoluto. Pero no cabe duda que tiene algo y aun mucho de verdad.

Ya sé que hay excepciones. Pero son eso: excepciones. Y excepciones generalmente incomprensibles, sobre todo cuando se baja al terreno de la práctica y de la actuación.

2) El Espíritu de capilla

No hay más que una Iglesia: la de Jesucristo. Y ésta es universal, católica. No hay más que un reino de Dios en la tierra. Todos los cristianos somos ciudadanos de este reino.

Dentro de la Iglesia universal hay iglesias particulares: las diócesis. Pero iglesias particulares que, aun gozando de autonomía, no son independientes. Todas forman parte de la Iglesia universal. Todos los Obispos están sujetos a la autoridad suprema del Vicario de Cristo en la tierra.

Dentro del ejército de la Iglesia hay unidades de voluntarios que tienen un régimen especial: los religiosos exentos. No están encuadrados propiamente dentro de las iglesias diocesanas. Pero son parte también del ejército de la Iglesia y están sujetos a la autoridad del Jefe Supremo. Y en su actuación apostólica están sujetos también a la autoridad del Obispo, jefe nato del Estado Mayor diocesano.

Dentro de las diócesis hay demarcaciones con cierta personalidad y autonomía: las parroquias. Pero es una autonomía reducida. El párroco participa de la autoridad episcopal. Actúa en nombre y con la autoridad del Obispo. No puede desconectarse del mismo sin perder su mandato.

Dentro de las parroquias hay distintas obras y se realizan diversas actividades. En parroquias grandes, principalmente, son muchas las cosas a que debe atenderse. Y es una ley elemental de prudencia la división del trabajo. Y cada obra tendrá sus propios dirigentes. Y cada actividad un sacerdote que la encauce y dirija. Pero todas las obras y actividades que actúan en el territorio parroquial deben ser instrumentos de la Comunidad parroquial. Y la comunidad parroquial tiene una cabeza indiscutible: el párroco.

Todo esto es clarísimo e indiscutible. Todos lo entendemos perfectamente en teoría. Pero en la práctica no obramos en consecuencia.

Porque a todos nos gusta poner el sello personal en las cosas que hace-

mos. Todos somos excesivamente celosos de nuestros puntos de vista y de nuestro prestigio personal. Y prácticamente resulta difícil que todos los Obispos nos pongamos de acuerdo, que todos los sacerdotes de la diócesis piensen con y como el Obispo, que los distintos sacerdotes que trabajan en una parroquia y los sacerdotes diocesanos y religiosos vayan a una en la actuación práctica.

Hay muchas organizaciones; pero se emprenden pocas obras de envergadura. Hay muchas actividades; pero se consiguen resultados muy pequeños. Cada uno se preocupa de lo suyo, trabaja en lo suyo; apenas si le preocupa la labor de conjunto y las actividades que realizan los demás.

Este detalle lo hemos observado en casi todas las parroquias con varios sacerdotes. Los sacerdotes guardan buenas relaciones entre sí; también con los religiosos. Pero en orden a la actuación apostólica, falta la inteligencia entre ellos. Y de consiguiente, falta, casi totalmente, la coordinación entre las distintas actividades.

Nuestras Constituciones Sinodales establecen que los sacerdotes que trabajan en una misma parroquia en actividades de piedad o de apostolado, deben reunirse al menos cada quince días para elaborar los planes de conjunto, para estudiar y resolver las dificultades comunes, para crear, en una palabra, el clima de verdadera inteligencia entre ellos. Al promulgarlas decía yo que esta constitución valía por todo un tratado de práctica parroquial. Pero la verdad es que esta constitución apenas si se cumple en ninguna parte. ¿Nos puede extrañar que sea tan escasa nuestra influencia social?

Porque un ambiente no puede vencerse con actuaciones parciales y desconectadas. Es necesaria una labor de conjunto que se ha de realizar con la colaboración de todos los que se proponen el mismo fin. La influencia social no la ejercen, ordinariamente, los individuos o las organizaciones pequeñas. Han de ser movimientos generales que puedan actuar en los distintos ambientes de la sociedad.

No quiero significar que no se haga nada. Pero estoy convencido de que el fruto de nuestra actuación es mezquino en el orden social y no corresponde a los esfuerzos que se realizan por falta de esa colaboración sincera y eficaz entre todos los miembros del clero, sea diocesano o regular, y entre todas las organizaciones católicas.

Los españoles somos muy individualistas, es verdad. El espíritu de "capillita" ha prevalecido casi siempre en todos los órdenes, no sólo en el religioso. Pero no olvidemos que eso es un defecto, no una virtud, aunque sea característico de los españoles. Y es un defecto profundamente anticatólico, ya que los verdaderos discípulos de Cristo hemos de ser todos una misma cosa: "ut sint unum", y eminentemente antiapostólico, porque le resta al apostolado casi toda su eficacia.

3) La improvisación

Los sacerdotes realizamos un ministerio sobrenatural. Es Dios, no nosotros, quien da la eficacia.

Pero si la eficacia es cosa de Dios, la acción ministerial o instrumental es cosa nuestra. Y el instrumento debe ser apto para el fin que se trata de conseguir.

Es verdad que Dios, cuando quiere,

hace milagros. Y que se complace muchas veces en "elegir a los pequeños y a los débiles para confundir a los fuertes". Pero no es menos cierto que en su providencia ordinaria se acomoda a la idoneidad de los instrumentos.

Cuando la obediencia nos obligue a improvisar o a emprender una obra superior a nuestra preparación o a nuestras fuerzas, haremos bien obedeciendo, aunque preveamos el fracaso. Este fracaso, con la consiguiente humillación delante de los hombres, tendrá una eficacia insospechada. Pero por nosotros mismos nunca debemos exponernos imprudentemente al fracaso. No podemos descuidar la parte humana de nuestro ministerio que nos corresponde totalmente a nosotros.

Sería tentar a Dios poner en nuestras empresas ministeriales menos interés y menos preparación que en nuestras actuaciones puramente humanas, confiando en que Dios suplirá nuestras deficiencias. Dios, que nos tiene asegurada su asistencia y que tan claramente nos ayuda en todas nuestras obras, no puede fomentar nuestra pereza ni vendrá en ayuda de nuestra desidia y abandono.

Muchas de nuestras obras y de nuestras actuaciones dan la impresión de ser obras de aficionados o actuaciones improvisadas. Hay pocos párrocos que tengan un plan bien concebido en orden a su actuación en la parroquia. Hay pocos consiliarios que se hayan propuesto una meta ambiciosa en la organización en que actúan y que hayan trazado un programa concreto para conseguirla. Hay pocos sacerdotes que estudien seriamente las desviaciones y los baches que se notan en la vida cristiana de los fieles para buscar el oportuno remedio.

En el mejor de los casos se siguen materialmente las directrices que vienen de arriba o se cumple la letra de los reglamentos de las asociaciones sin haber estudiado la realidad sobre la que se actúa o los elementos con que se cuenta para realizarlas.

Se hacen cosas, es verdad. Se hacen cosas con rectitud de intención y con verdadero celo. Pero sin prepararlas debidamente o sin encuadrarlas dentro de un plan de conjunto bien elaborado. Y lo natural es que esas cosas tengan tan sólo una eficacia relativa.

Es hermoso, por ejemplo, el espectáculo que ofrece cualquiera de nuestras parroquias con motivo de una misión. Pero son pocas las parroquias en las que la misión—que ha movilizó y enardecido a todo un pueblo—sirva de punto de partida para una actuación más intensa. La misión es en casi todas partes un paréntesis, no un punto de partida para realizar el plan de actuación apostólica que se precisa.

Muchos párrocos trabajaron eficazmente y consiguieron que grupos numerosos de hombres practicasen los ejercicios espirituales en completo retiro con motivo de la campaña diocesana. Pero después, no supieron utilizar a esos hombres que volvían de ejercicios en disposiciones magníficas. Aun muchos descuidaron lamentablemente la perseverancia de los propios ejercitantes.

Existe un plan diocesano de predicación cuyos esquemas se publican en el Boletín. El plan se sigue en todas las parroquias. Pero los esquemas exigen una seria preparación para desarrollarlos con fruto. Y esa preparación falla no pocas veces. Por eso el plan de predicación no ha tenido la eficacia que cabía esperar.

Algunos dicen que con el ajeteo de nuestra época apenas si queda tiempo para reflexionar. Que son tantas las cosas que han de realizar hoy los sacerdotes que difícilmente encuentran tiempo para prepararlas debidamente. No se dan cuenta de que estas excusas son su propia acusación. Ellas demuestran que se han dejado influir también por la frivolidad de los tiempos. Y que, efectivamente, falta a su actuación la preparación conveniente.

No es extraño que nuestras actuaciones produzcan poco fruto. Lo extraño sería que actuaciones improvisadas diesen un rendimiento copioso. Porque, dejando aparte la gracia de Dios—y la gracia de Dios, como dije, no vendrá a suplir nuestra desidia y nuestra imprevisión culpable—, los efectos han de ser necesariamente proporcionados a la causa. Las improvisaciones han de fracasar, o en el mejor de los casos, han de conseguir un fruto reducido y pasajero.

4) La atonía social

El panorama social ha cambiado notablemente en los últimos tiempos. A la libre concurrencia y a la iniciativa particular ha sucedido un dirigismo es total cada día más pronunciado.

El concepto de Estado ha ido evolucionando. Al Estado-Gendarme de la teoría liberal ha sucedido el Estado-Providencia de la teoría socialista. Hoy el Estado se preocupa de muchas cosas de que antes se habían de preocupar los particulares. Los seguros, por ejemplo, de enfermedad, de paro, etc., que impuestos obligatoriamente por el Estado o controlados directamente por él, se han establecido en todas partes, son una prueba de ello.

No trato aquí de criticar esta solución, que, en parte al menos, se conforma con el criterio de la Iglesia y con las exigencias de la justicia social. Quiero tan sólo hacer destacar una consecuencia de este hecho que tiene importancia para nuestro examen.

Los problemas económico - sociales, por ejemplo, nos interesaban, antes, **personalmente** a todos. A unos porque sin su solución no podían vivir dignamente y la solución la habían de forzar ellos, aunque fuese por medio de la violencia. A los otros porque, aun queriendo desoir las voces de su conciencia, no podían desconocer que ellos tenían una responsabilidad **personal** en su solución.

Antes nos necesitábamos más unos a otros. Había más odios y más luchas entre las distintas clases sociales; al menos esos odios se manifestaban más. Pero había más relación personal entre ellas; más interdependencia en los problemas vitales; más interés en todos los asuntos de carácter social.

Antes era tarea personal la de resolver su propio problema y la de asegurar su porvenir; todos tenían alguna intervención en los problemas comunes; era más destacada la personalidad de cada uno dentro del ambiente social. Eran todos, podríamos decir, mayores de edad; aunque muchos aprovecharan la mayoría de edad para labrar su propia ruina.

Ahora hay alguien que se preocupa de todas estas cosas y que teóricamente nos las da resueltas; no es tan necesaria nuestra previsión. El Estado ha tomado sobre sus hombros esa labor que antes realizaban los particulares. Y en algunos aspectos será esto una verdadera necesidad. Pero da la impresión de que la sociedad es una gran

familia compuesta exclusivamente por niños pequeños a quienes debe dárseles todo resuelto. Ellos no tienen criterio, no tienen personalidad, no saben lo que les conviene. Los padres—el Estado—han de ser su providencia.

Hoy apenas si se tienen ideales en este orden de cosas y casi nadie siente una responsabilidad personal en la solución de estos problemas. Es cosa del Estado. La mayor parte se limitan a aceptar las ventajas que las leyes del Estado les proporcionan, a criticar lo que no les favorece, pero sin que pongan ningún interés en estas soluciones porque no intervienen en ellas.

Como consecuencia, existe entre nosotros un ambiente que yo llamaría de **atonía social**. Quizá ello sea señal de salud, como dicen algunos; porque es precisamente la salud lo que no se siente. Quizá sea peor el remedio que la enfermedad, como dicen otros. Sea de ello lo que fuere—prácticamente no nos interesa para nuestro caso—, lo cierto es que esa atonía se refleja también en el aspecto religioso.

La religión, como factor individual o familiar, se admite y se practica sin dificultad. La religión como factor social—no precisamente público en cuanto se trata de manifestaciones externas y espectaculares que pueden ser meras exterioridades sin influencia social—está casi al margen de nuestra vida. En este aspecto casi se podría afirmar que, a juicio de muchos, la religión, como las otras realidades sociales, es cosa del Estado, no de la Iglesia ni de los católicos. Ya el Estado, por ejemplo, se preocupa de la formación religiosa de los niños y de los jóvenes en las escuelas, institutos y universidades. No hace falta que la Iglesia o los padres católicos se preocupen de un problema que ya tienen resuelto. Este es el criterio de muchos.

Como los pueblos no pueden vivir sin algo que les inquiete y que les apasione han buscado un sustitutivo: el deporte, la diversión desenfadada. Yo creo, por ejemplo, que es ésta una de las razones que explican esa borrachera colectiva por el fútbol que domina hoy a toda nuestra sociedad. Y esta es una razón más que inutiliza a los hombres para las cosas serias, para los problemas vitales, para el apostolado religioso-social, por ejemplo.

No es extraño que las organizaciones de apostolado se vayan anquilosando cada día más. El afán de conquista que les es propio, la influencia en el propio ambiente que es su característica esencial, no encuentra el clima apropiado en ese ambiente de atonía social. Y pierden su vitalidad y hasta su fidelidad a los principios que las inspiraron.

Antes era fácil convencer a los fieles, al menos a los mejores, de la necesidad del apostolado y de la obligación que tenían de colaborar en las empresas de apostolado y en las actividades religiosas y sociales. Hoy difícilmente comprenden esta obligación. Los mismos que la comprenden no se avienen a superar ese ambiente que les ha enervado. Con lo cual resulta más difícil ahora que antes interesar a los fieles en nuestras obras de apostolado.

5) Residuos de liberalismo y de marxismo

El liberalismo y el marxismo, en España, han pasado ya totalmente a la historia; creen muchos con un poco de ingenuidad. Porque el liberalismo fra

caso y fué desplazado por el marxismo. Y el marxismo ha sido superado victoriosamente.

Política y socialmente, al parecer, esas tendencias están totalmente superadas; ya estamos de vuelta. Religiosamente, han desaparecido los enemigos que dificultaban nuestra labor y ahora podemos trabajar con mayor tranquilidad y holgura.

Sin embargo, quizá no sea esto tan exacto como creen muchos. Y limitándonos al aspecto religioso y apostólico —es el que nos interesa en nuestro examen—, yo creo que casi sin darnos cuenta estamos todavía intoxicados del espíritu liberal y del criterio marxista.

El liberalismo—que en el aspecto religioso se llamó laicismo—quiso hacer de la religión un fenómeno estrictamente individual, relegándolo al santuario de la conciencia o al interior de los templos. La religión como factor público y social era un atentado contra la libertad de conciencia que ellos admitían como principio indiscutible.

Para conseguir su propósito procuraron aislar a los ministros de la religión. Con apariencias de respeto recluían a los sacerdotes en las sacristías y a los Obispos en sus palacios. Con ello conseguían prácticamente que la religión fuera poco a poco recluyéndose en los templos, perdiendo, consiguientemente, su influencia social.

Aunque la Iglesia luchó siempre abiertamente contra el liberalismo, y los Obispos y sacerdotes combatieron sus errores, de hecho influyó en nosotros el ambiente provocado por ellos y hasta quizá nos dejamos engañar por ese falso respeto y por esas apariencias de dignidad que prácticamente nos alejaban del pueblo.

Los Obispos parece que estábamos obligados a mantener una posición, casi diría una pose, que no se avenía con un contacto directo y personal con los fieles. Los mismos sacerdotes tenían a menos alternar con cierta clase de personas o intervenir en ciertos asuntos; todo ello parecía ajeno a la seriedad y a la dignidad sacerdotal. Y encerrados en nuestra torre de marfil no nos dábamos cuenta del divorcio cada día mayor que existía entre el sacerdote y el pueblo.

Hubo ejemplos magníficos de sacerdotes y Obispos que reaccionaron virilmente contra esas tendencias del liberalismo. Pero los hijos de las tinieblas —más sagaces en este caso, como en otros muchos, que los hijos de la luz— supieron utilizar contra ellos todas las armas para desprestigiarlos delante de los mismos católicos. Tal fué el caso, por ejemplo, de San Antonio María Claret. Todas las armas fueron buenas para combatir al Arzobispo misionero: la insidia, la calumnia, el mismo atentado personal. De tal manera lograron enrarecer el ambiente alrededor de su persona, que ha sido necesaria la voz infalible del Papa, al elevarlo al honor de los altares, para que desapareciesen de los espíritus de los mismos cristianos las últimas sospechas.

En los fieles tuvieron una mayor influencia, como es natural, los principios y las tácticas del liberalismo. No es extraño encontrar todavía en nuestros días grupos de católicos, incluso de intelectuales—de cuya sinceridad religiosa parece que no se pueda dudar—que mantienen prácticamente la doctrina liberal y que niegan algunos derechos de la Iglesia—en la enseñanza, por ejemplo—, que le son propios.

Se ha reaccionado contra este espíritu. Hoy los Obispos nos hemos acercado a los fieles y los sacerdotes, en general, han salido de las sacristías. Pero quizá quede mucho camino que recorrer en este aspecto. Porque no conseguiremos totalmente la influencia social que es indispensable, hasta que nosotros y los católicos selectos realicemos la parábola de la levadura que ha de mezclarse con la masa para fermentarla toda. El aislamiento es siempre perjudicial para la eficacia del apostolado: "*actio in distans repugnat*".

El marxismo se caracteriza por su interpretación materialista de la historia y de la vida. Y como el materialismo es radicalmente opuesto al espiritualismo sobrenatural cristiano, la Iglesia se ha visto obligada a condenar el marxismo en su forma más extrema: el comunismo.

El marxismo da toda la importancia a los problemas económicos y materiales. Relega a un segundo término los problemas espirituales. Pretende arrinconar totalmente los problemas religiosos. El marxismo, además, fomenta la lucha de clases y no reconoce personalidad más que a los proletarios.

Como nosotros habíamos de combatir al enemigo en el terreno que nos presentaba la batalla, tuvimos que bajar al campo económico y material para oponernos a sus pretensiones. Esto ofrecía un peligro: que nosotros, casi sin darnos cuenta, diéramos también la primacía a los problemas materiales y fomentáramos el recelo entre las clases sociales.

Fué aquélla la época de los sermones llamados sociales, de la preocupación entre los sacerdotes por los problemas económicos, del afán excesivo de organización y de propaganda—como recursos humanos—y del empleo de todos aquellos medios de que hacían gala nuestros adversarios.

Todo esto que en justo límite hubiera sido un bien indiscutible, quizá se haya convertido en un mal porque lo hemos desorbitado, vencidos por el ambiente y por la táctica de nuestros adversarios. Los temas sociales nos impedían dar la importancia debida en nuestra predicación a las verdades fundamentales. La preocupación por los problemas económicos nos hacía casi olvidar la finalidad sobrenatural de nuestro ministerio. La importancia que dábamos a la organización, a la propaganda y a los otros medios humanos nos hacía descuidar el espíritu sobrenatural que había de ser el alma de nuestras organizaciones. Y nosotros, que moviéndonos en nuestro propio terreno somos invencibles, perdemos nuestra fuerza y nuestra eficacia cuando, aun con buena intención, nos salimos de nuestro campo y nos olvidamos de lo principal.

Claro que hay que evitar los dos extremos. No podemos descuidar los medios humanos ni podemos desentendernos de los problemas materiales si no queremos quedar desplazados. Pero tampoco podemos olvidar que la razón de toda nuestra fuerza está en Jesucristo y en su gracia; que nuestra misión propia no es la de solucionar los problemas económicos y materiales por sí mismos; que la Iglesia no fué instituida por Jesucristo para conseguir la mejor distribución de las riquezas entre los hombres. Nuestra misión es establecer el reino de Cristo en la tierra. Y para establecer este reino—que es reino de justicia, de amor y paz—tam-

bién se habrán de resolver las cuestiones económicas y sociales.

El aislamiento sacerdotal, fruto del liberalismo que no hemos vencido totalmente, nos aleja de la gran masa, cuyos problemas íntimos casi desconocemos, y anula, o por lo menos debilita nuestra influencia en la misma. La influencia de los principios liberales en algunos fieles hace que la Iglesia encuentre ahora ciertas dificultades para algunas actuaciones.

La preocupación excesiva por los medios humanos y por los problemas materiales, fruto del marxismo, quizá nos haga descuidar el aspecto sobrenatural de nuestras obras. Y el ambiente de lucha de clases que el marxismo fomentó nos ha impedido el preocuparnos de integrar todas las clases sociales en la comunidad cristiana.

Quizá sea también ésta una de las causas que expliquen la paradoja que hemos señalado.

6) La falta de abnegación

Vivimos en tiempos ásperos y difíciles. Y quizá por eso mismo nos domina un ambiente de comodidad. El hombre no puede vivir en tensión continua. Cuando las circunstancias le imponen una renuncia y un sacrificio continuados, buscará la relajación en las cosas que de él dependan.

Será por esta razón, será quizá porque el espíritu de frivolidad nos domina, o simplemente porque nos hemos dejado aprisionar por esa red de comodidades, cada vez mayores, que el progreso nos ofrece, lo cierto es que cada día se hace más difícil encontrar personas verdaderamente abnegadas que sepan renunciar a los halagos y comodidades del mundo.

Hay espíritus abnegados, es verdad. Pero la abnegación no es, en general, virtud de nuestra época. Es fácil encontrar voluntarios para los cargos y para las empresas que exijan poco sacrificio o que si lo exigen tienen como compensaciones humanas. Es difícil encontrarlos para los cargos ingratos, para las tareas oscuras, para las empresas que se han de realizar en el anonimato. Y es natural, por lo tanto, que languidezcan aquellas obras de apostolado y de conquista que se alimentan precisamente de la abnegación de sus miembros y particularmente de sus dirigentes.

Pero lo más grave, a mi juicio, es que también los sacerdotes, quizá influenciados por el ambiente, adolecemos del mismo defecto. Y que en esos movimientos de espiritualidad sacerdotal que se presentan como una conquista de nuestros tiempos, no se da la debida importancia a la abnegación.

Como una reacción, sin duda, contra el aburguesamiento de parte del clero, que reduce el ministerio sacerdotal a unas cuantas actividades o funciones de tipo burocrático, despacho parroquial, administración de sacramentos, enterramientos, etc., se quiere ahora dar importancia especial a la misión santificada del sacerdote. Y en principio es hermosa y justa esta reacción. Pero se ha olvidado prácticamente un detalle esencial. Se ha olvidado que la santificación de las almas es fruto de la inmolación de Cristo y que el sacerdote, en tanto, será santificador en cuanto sepa hacer de su vida una inmolación continua, unida a la de Cristo.

Puede resultar muy cómodo sustituir aquellas actividades que se llaman burocráticas por una actuación exclusiva

con los grupos selectos, por la labor de contacto y dirección de los escogidos, por lo que exige menos abnegación y produce más consuelos humanos, olvidándose prácticamente de todos los que viven alejados de la Iglesia—los que exigen una entrega total del sacerdote—y descuidando estas actuaciones apostólicas y sociales que reclaman no pocas veces un trabajo agotador, lleno de renunciaciones y sacrificios.

Es fácil encontrar sacerdotes que se presten voluntariamente para dirigir tandas de ejercicios, para dedicarse a grupos selectos de jóvenes, para cualquier empresa que lleve consigo notoriedad o que les rodee de un grupo de incondicionales. Pero para el grupo de la H. O. A. C., para papeles de segundo orden, para las parroquias pequeñas y mal comunicadas, para aquellas empresas que absorben todo el tiempo y toda la vida, sin que ofrezcan consuelos humanos en compensación, no se encuentran tan fácilmente: "El *impendam et superimpendam*" de San Pablo o el *"omnia omnibus"* del mismo Apóstol no se acaban de entender.

Y no cabe duda que con ello se ha de resentir nuestro apostolado. Desde que Jesucristo escogió el camino de la abnegación y del sacrificio no hay otro para realizar una misión santificadora. La abnegación—hasta llegar al anonadamiento total de Cristo en la cruz—será siempre el secreto del éxito de todo apostolado cristiano.

He prometido hablarlos con sinceridad. La sinceridad es, además, condición indispensable en el examen de conciencia. Y con sinceridad he procurado hacer las reflexiones que anteceden, sin

ánimo de molestar a nadie—soy yo el primero que debe enmendar muchas cosas—, sino con el propósito de buscar el remedio oportuno.

No quiero sumarme al grupo de los que no ven más que defectos en nuestro catolicismo y que quizá con exageración—como alguien ha indicado—se han impuesto la tarea de criticar todas nuestras cosas. Pero tampoco quiero pertenecer al grupo de los ingenuos—que todavía son legión—que juzgan y dicen que estamos en el mejor de los mundos y que no pueden oír hablar de fallos en nuestra vida religiosa.

Me duele en el alma esta realidad que yo he podido contrastar en mi diócesis—yo prescindo voluntariamente en este examen de lo que pasa en el resto de España, ya que no tengo los suficientes elementos de juicio para formar una apreciación exacta, y por eso lejos de mí el querer generalizar estas apreciaciones—y me veo en el deber de buscar las causas de este mal y de exponerlas con toda lealtad a mis sacerdotes.

Y precisamente las expongo porque ni soy pesimista—aunque otra cosa pueda parecer por alguna de mis afirmaciones—ni quiero hacer labor derrotista. Creo sinceramente que podemos superar con relativa facilidad esta crisis si los sacerdotes nos lo proponemos seriamente y sabemos utilizar los medios apropiados. Tengo motivos sobrados, además, para confiar en nuestros fieles y para esperar de ellos una reacción decidida si nosotros acertamos a despertarla y nos ponemos con decisión y entusiasmo al frente de este movimiento de renovación total de la vida cristiana.

II.—PROGRAMA DE ACTUACION

Orientaciones pontificias

Todos creemos que el Papa tiene una asistencia especial del Espíritu Santo en el régimen de la Iglesia. No será mucho exigir que obremos en consecuencia.

Porque el Papa ha hablado repetidamente sobre las circunstancias actuales del mundo y ha dado consignas concretas para todos los católicos. Prácticamente, sin embargo, dejamos solo al Papa en la tarea que con tanto afán ha emprendido de "rehacer el mundo desde los cimientos".

No acabamos de comprender la aplicación que tienen las consignas pontificias a las circunstancias de nuestro pueblo. O nos duele reconocer que también nosotros tenemos necesidad de emprender una tarea de renovación espiritual. Quizá nos resulte doloroso romper moldes queridos y renunciar a cosas que eran nuestro orgullo. O nos resulta molesto renovar nuestros criterios y emprender rumbos nuevos. Lo cierto es que aceptando teóricamente las consignas del Papa no acabamos de hacerlas norma de nuestra vida y de nuestra actuación.

Hay un documento pontificio que tiene importancia excepcional a este respecto. El mismo Romano Pontífice se la reconoce plenamente cuando compara la importancia de su decisión, al darnos esta consigna, a la decisión con que aceptó el Supremo Pontificado cuando la voluntad de Dios se manifestó por la elección de los Cardenales. En él nos da la consigna general y señala las líneas fundamentales de la táctica que hemos de seguir para lograrla. Me refiero al discurso que pronunció el 10 de febrero de 1952 y en el que se declaró a si

mismo **Heraldo de un mundo mejor**. El ha de servirnos de base para fijar, en la segunda parte de esta carta, el programa de nuestra actuación.

La consigna del Papa es, al parecer, revolucionaria. Es, efectivamente, una consigna ambiciosa: **"Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde los cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios."**

Para alcanzar esta meta ambiciosa el Papa nos ofrece a los católicos una consigna más concreta: **"la renovación total de la vida cristiana"**.

Esta consigna se dirige a todos. El Papa dice que ha de producir un "potente despertar que obligue a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana".

El más grave peligro que podemos correr ahora es el de creer exageradas para nosotros las palabras pontificias. "El caso de nuestra diócesis—pensamos—no es tan grave como el Papa lo presenta. Nuestra diócesis, por la misericordia de Dios, no está abocada al abismo. No urgen, pues, en ella esos medios de excepción que el Papa preconiza."

No nos damos cuenta de que nuestra iglesia diocesana es una parte de la Iglesia universal, y no puede ser ajena, por lo tanto, a las preocupaciones generales. Y que nuestra diócesis también forma parte del mundo. Las reflexiones que anteceden nos dicen claramente que también en nuestra diócesis se reflejan

los males y los problemas que afligen a la humanidad.

Nosotros estamos en las mejores condiciones para realizar la consigna del Papa. Y estamos todavía a tiempo de prevenir muchos de los males de los que todavía estamos libres. Por eso será mucho mayor nuestra responsabilidad. Por el bien que podemos hacer en nuestra casa y por la influencia que podemos ejercer en los demás que quizá no se decidan a lanzarse a esta empresa por las muchas dificultades que encuentran y para los que nuestro ejemplo podría ser un poderoso estímulo.

Una empresa de esta envergadura no puede dejarse a la iniciativa de cada cual. Por eso el mismo Romano Pontífice nos propone la táctica que hemos de seguir y señala los puntos principales del programa de actuación.

Para ello escribe:

- 1) Procurad conocer bien en concreto las necesidades;
- 2) Que estén bien claras las metas;
- 3) Bien calculadas las fuerzas disponibles;
- 4) Las fuerzas han de encuadrarse hábilmente y han de emplearse con acierto;
- 5) Su ritmo de trabajo ha de corresponder a la urgente necesidad de defensa, de conquista y de positiva reconstrucción;
- 6) Sea su ley la fidelidad incondicional a la persona de Jesucristo y a sus enseñanzas... y humilde y sumiso ofrecimiento."

En estos seis puntos tenemos delineado el programa de actuación. Programa que nosotros hemos de adaptar a las circunstancias de nuestra diócesis. Este será el objeto de la segunda parte de esta carta pastoral.

1.º Conocer las necesidades

Un diagnóstico acertado es el presupuesto indispensable para atacar a fondo una enfermedad. Y el diagnóstico es fruto de una observación detallada e inteligente. Un conocimiento exacto de las fuerzas del enemigo y de las características del campo de operaciones es condición precisa para dirigir con acierto una batalla.

En orden al apostolado no podemos olvidar esta ley elementalísima de prudencia. Tan sólo conociendo bien las necesidades de las almas podremos buscar los remedios adecuados para remediarlas. Tan sólo conociendo exactamente el ambiente en que hemos de actuar podremos preparar acertadamente nuestra actuación.

No es extraño, por lo tanto, que el Romano Pontífice señale este principio como el primer paso para conseguir la renovación de la vida cristiana.

A) Calado de nuestro catolicismo

Se ha hecho mucha literatura alrededor del catolicismo español. Unos para ensalzarlo, otros para combatirlo. Pero unos y otros, ordinariamente, con demasiados prejuicios y demasiados tópicos, con un afán de generalización que ya era por sí mismo sospechoso.

Nosotros mismos, cuando enjuicamos la religiosidad de nuestros fieles, sostenemos fácilmente en distintas circunstancias puntos de vista contradictorios, según las impresiones inmediatas que havamos recibido.

Esto nos demuestra que no hemos estudiado este problema a fondo; que juzgamos fijándonos en las apariencias externas e influenciados también por algunas afirmaciones—verdaderos

lugares comunes—que ya se han hecho proverbiales. Y por eso, prácticamente, andamos desorientados cuando tratamos de buscar el remedio a la situación religiosa actual de nuestro pueblo.

Es necesario un estudio más serio de la realidad. Hemos de saber, con la certeza posible, hasta qué punto llega la convicción en los actos de piedad que practican nuestros fieles, y que se debe a la fuerza de la tradición o a la simple rutina. Qué hechos se explican fácilmente por el ambiente del mundo, que también ejerce su influencia en nuestra diócesis, los cuales en la mayoría de los casos no suponen más que poca personalidad, quizá inconsciencia—es mucha la fuerza de un ambiente general, como lo es para las mujeres la fuerza de la moda—, y qué cosas son fruto de una defectuosa formación o quizá supongan una positiva malicia. Es necesario, en una palabra, que sepamos a ciencia cierta cuál es el calado del catolicismo en nuestro pueblo.

Y este estudio ha de tener carácter diocesano—hay características generales en toda la diócesis—, pero ha de hacerse también por comarcas, por parroquias y aun por clases sociales. Tenemos en la diócesis comarcas con características muy acusadas. Aun en una misma parroquia hay diferencias notables en este aspecto entre los distintos grupos de personas.

Hoy están ya a la orden del día en algunas naciones—Francia, por ejemplo—los estudios de **sociología religiosa**. También en España—en la diócesis de Bilbao, por ejemplo—se han hecho algunos estudios serios en este aspecto.

Nosotros no tenemos necesidad de hacer estadísticas sobre la asistencia a la misa dominical y sobre el cumplimiento pascual, como han hecho en Bilbao, porque en nuestras parroquias, por la escasez de vecindario, es fácil llevar ese registro en el libro **statu animarum**. Pero no basta conocer el hecho. Habríamos de averiguar la causa del mismo. ¿Obran todos por convicción al cumplir estos preceptos o es el ambiente el que les coacciona para cumplirlos? ¿Cuándo algunos de nuestros fieles se desplazan a otros ambientes, continúan cumpliéndolos con regularidad?

Es difícil, ciertamente, aquilatar muchas de estas cosas. Pero estudiando los hechos con interés encontraríamos no pocos detalles que nos darían mucha luz para formar un juicio bastante exacto.

Nuestro primer deber, por tanto, es no conformarnos con las apariencias. Nuestros pueblos no son tan buenos como dan a entender en ciertas ocasiones, ni tan malos como creemos en algunos momentos de pesimismo. Hay un fondo insobornable de catolicismo que puede servirnos de apoyo para nuestra actuación. Pero hay muchas lagunas en su formación y en su vida cristiana que nosotros hemos de llenar. Nosotros nos hemos de empeñar en conocer exactamente la realidad, sin dejarnos llevar de juicios apriorísticos. Esta ha de ser nuestra primera labor para conocer en concreto las necesidades como el Papa nos exige.

B) Otros problemas

El problema de las diversiones reclama también nuestra atención y nuestro estudio. Es un hecho innegable que la juventud en general frecuenta las diversiones peligrosas: el cine sin control de películas, el baile moderno, etc. Y es criterio corriente entre muchos sacerdotes que en este aspecto apenas

si puede hacerse nada. Pero ¿podemos quedar tranquilos con este criterio pesimista?

La verdad es que hasta ahora ni casi nos hemos preocupado de las diversiones más que para anatematizarlas y apartar de las mismas a los jóvenes, sin conseguirlo, ni hemos estudiado en serio la solución de este problema de cara a las necesidades y a las exigencias legítimas de los jóvenes. Algunos intentos se han hecho y no todos han fracasado. Y eso que la mayor parte de las veces se trataba de soluciones improvisadas.

Nuestros obreros, al parecer, no tienen hoy problemas graves. Así, al menos, lo creen muchos. Hay, en general, un ambiente de tranquilidad y casi de bienestar entre ellos. ¿Pero es verdad que no existen tales problemas o es simplemente que no tienen ocasión de manifestarse? ¿Está solucionado el problema de los salarios, el de la vida familiar de los obreros, el del trabajo racional y humano, el de los aprendizajes?

Además, ¿son nuestros en verdad todos los obreros que se comportan externamente como cristianos? ¿Ese 85 por 100 que cumplen con el precepto dominical en casi todas las zonas obreras de la diócesis y el 100 por 100 que mueren con todos los sacramentos, son verdaderamente el índice de su fe? ¿Si cambiasen las circunstancias en el orden político y social, no cambiaría también, quién sabe si radicalmente, el ambiente religioso de nuestros medios obreros?

¿Por qué la H. O. A. C. no acaba de arraigar en muchas parroquias industriales? ¿Qué fallos hay por parte de los obreros y por parte nuestra?

¿Tenemos bien resuelto el problema de la formación de los niños en las escuelas, colegios y catecismos parroquiales? ¿Por qué muchos de los niños que se han formado en ambientes totalmente nuestros se nos escapan cuando llegan a la adolescencia?

Nos quejamos de que los niños asistan a espectáculos y diversiones que no son para ellos y cargamos sobre la autoridad civil esta responsabilidad. ¿Pero hemos hecho nosotros algo positivo para resolver satisfactoriamente el problema del esparcimiento de los pequeños?

Tenemos, al parecer, muchos hogares cristianos. ¿Por qué esos hogares no dan el rendimiento que cabría esperar en la formación de los hijos? ¿Están la mayoría de los padres bien preparados para realizar eficientemente su misión educadora? ¿Nos hemos preocupado nosotros seriamente de adaptar los hogares a las circunstancias y necesidades de nuestra época y de formar convenientemente a los esposos para que sepan hacer de su hogar un hogar realmente cristiano a la par que moderno?

Existen entre nosotros muchas asociaciones piadosas de fieles. Pero eso ¿es un bien o es un mal? ¿Sirven efectivamente para unir fuerzas o son más bien causa de dispersión? ¿Nos sirven esas asociaciones para formar mejor a sus miembros? ¿Son una ayuda o más bien una rémora para el ejercicio del apostolado?

¿Hemos pensado en cuál debería ser la organización de nuestras parroquias para que pudiesen cumplir su misión en el siglo XX? En muchas de ellas se hacen ahora las mismas cosas y de la misma manera que se hacían hace veinte años. ¿Pueden dar ahora el resultado que daban entonces?

Hoy, además, la gente se desplaza con facilidad. Las tardes de los domingos quedan muchas parroquias pequeñas sin juventud. ¿Hemos intentado alguna cosa para resolver este problema?

Cuestiones son todas éstas—y podríamos alargar la lista—que exigen nuestro estudio y que han de resolverse previamente si queremos orientar acertadamente nuestro apostolado. No podemos ir a ciegas ni “a la buena de Dios”. Esto es lo que nos pide el Papa: que conozcamos las necesidades. Tan sólo en este supuesto podremos emprender una actuación acertada.

C) Visión general

Para conocer verdadera y profundamente las necesidades de una parroquia—aunque parezca paradójica—no basta estudiar el caso de esa parroquia. Ya os lo he dicho en otra ocasión: hoy no existen cotos cerrados. Hoy no sirven las murallas que antes aislaban y defendían las ciudades.

Ni aun basta un estudio de las condiciones y circunstancias de la diócesis. Hoy las ideas que prevalecen en el mundo y el ambiente general tienen influencia en todas partes, aun en nuestras parroquias más aisladas. Hoy no podemos explicarnos muchas cosas que acaecen entre nosotros si nos encerramos en nuestra casa y no conocemos lo que pasa más allá de las fronteras de la propia diócesis.

El diagnóstico que hace el Papa sobre la situación actual del mundo nos interesa también a nosotros. Las ideas y las costumbres del resto de España no pueden sernos indiferentes. Para conocer verdaderamente las necesidades de nuestros fieles necesitamos conocer la realidad del mundo, la situación religiosa de España, las características religiosociales de nuestra región.

Es tonto que nos encastillemos en el criterio de que nuestra diócesis es una diócesis de excepción y que no sirven para nosotros los ensayos y los estudios que se hacen en otras partes. Porque, queramos o no queramos, al tratar de poner remedio a esas necesidades habremos de luchar contra unas dificultades y contra unos enemigos que no son de aquí, aunque también aquí ejerzan su influencia.

Por eso hace falta algo más que ese estudio que nosotros podemos hacer para conocer en concreto las necesidades de nuestra diócesis. Es necesario que sigamos con interés las orientaciones del Papa. Es necesario que estudiemos lo que se hace y se dice en otras partes. Es necesario que recojamos todas las experiencias y que aceptemos, como objeto de estudio, todas las iniciativas.

2.º Las metas claras

El apostolado tiene una finalidad última—una meta suprema—que nunca puede cambiar. Pero a esa meta se llega por caminos distintos, según las circunstancias de tiempo y de lugar. Y ese fin último se habrá de conseguir por medio de acciones parciales, por la consecución de objetivos concretos.

Por eso, conocidas las necesidades, habremos de concretar el programa de actuación señalando los objetivos que tratamos de obtener y escalonándolos adecuadamente para que cada uno nos acerque más a la meta.

No todas las necesidades se podrán remediar, tampoco, al propio tiempo, como en una batalla no se pueden conquistar todas las posiciones de una sola vez. Escoger esas posiciones, señalar esos objetivos concretos, es, a mi juicio,

cio, el problema principal en esta labor renovadora que nos proponemos. Yo creo que es éste el apartado principal de nuestro examen y en el que convicne que nos detengamos con especial interés.

Y mirando a la realidad de nuestra diócesis, sin perder de vista el plan trazado por el Romano Pontífice, yo creo que deberíamos señalarnos concretamente las siguientes metas:

A) La vida de gracia

Jesucristo vino al mundo para darnos la vida sobrenatural: **"ut vitam habeam"**. La Iglesia ha sido instituida para comunicar esa vida a las almas. El apostolado no es más que el instrumento para que se realice este fin, esto es, para que las almas vivan en gracia. Esta finalidad nunca puede ser olvidada en cualquier actuación apostólica.

Pero yo creo que es necesario hacer resaltar que este objetivo no tan sólo ha de ser el primero por su importancia, al cual, en cierta manera, se han de dirigir y encaminar todos los demás, sino que ha de ser también el primero en nuestra intención y en nuestro trabajo, esto es, que urge que nos lo proponamos directa e inmediatamente y que dirijamos a su consecución nuestros primeros y principales afanes.

Porque creo sinceramente que hemos sido víctimas de una desorientación que ha restado eficacia a nuestro apostolado. Hemos dado tanta importancia a los medios, que, prácticamente, casi nos hemos olvidado del fin. Nos preocupan de tal suerte algunos problemas humanos que, efectivamente, han tenido su parte en la decadencia religiosa de los pueblos, que sin darnos cuenta nos quedamos a mitad de camino enredados en esas cosas humanas que exigen muchas preocupaciones, mucho tiempo y no escaso dinero, sin que consigamos ningún fruto práctico en orden a la santificación de las almas.

Incluso yo creo que nos hemos desorientado y hemos desorientado a los demás falsificando prácticamente la misión de la Iglesia y la razón de ser del apostolado. Para muchos es la Iglesia una sociedad humana que ha de intervenir directamente en los problemas humanos y que ha de dar solución a los mismos.

Y éste es un mal gravísimo que hemos de combatir, no con palabras, sino con obras. Manifestando que nuestra primera y principal preocupación y la misión esencial de la Iglesia es procurar que las almas vivan en gracia de Dios. Las demás cosas son para nosotros "la añadidura".

No cabe duda, por ejemplo, que el establecimiento en el mundo de la justicia social está exigiendo hoy la atención y el esfuerzo de los sacerdotes y de los católicos seculares. Y a primera vista parece que esté reclamando la primacía en nuestra actuación, porque, según dicen muchos, es la única manera de ganarse la confianza de esa masa de obreros que se ha separado de la Iglesia y hasta la mira con recelo, y el único medio eficaz para vencer al comunismo, que es ahora el gran enemigo de la Iglesia y de la sociedad.

Y no negaré yo la realidad del alejamiento de las masas obreras, en el que han influido no poco las injusticias sociales de una sociedad que se llama cristiana; ni el peligro del comunismo, que encontró en esas injusticias su medio para ganar importancia que pueda

tener la solución de este problema para facilitar la misión de la Iglesia.

Pero no debemos dejarnos deslumbrar por un espejismo engañoso. No creo que haya nadie que se atreva a afirmar seriamente que solucionado este problema, estarían con la Iglesia y con Jesucristo todos o la mayor parte de los que hoy viven alejados. Ni es verdad tampoco que los que no sufren las consecuencias de esas injusticias sean verdaderamente cristianos y vivan en gracia de Dios. Ni la misión de la Iglesia es vencer al comunismo, al menos tal como se entiende comúnmente. Ni la Iglesia ha sido instituida por Jesucristo para solucionar los problemas económicos. Ni aun puede decir ella la última palabra en su solución.

Claro está que la Iglesia, y al decir Iglesia nos hemos de entender principalmente nosotros los sacerdotes, habremos de procurar por todos los medios que nadie nos pueda tachar de consentidores o fomentadores de esas injusticias sociales. Y habremos de poner sumo interés en que nadie nos pueda acusar, ni con apariencias de verdad, de estar ligados o vendidos a una clase social determinada ni a un régimen económico concreto. Pero esto no lo conseguiremos dedicándonos a la solución de los problemas humanos, sino haciendo destacar con las palabras y con los hechos el carácter sobrenatural y sagrado de la Iglesia y del apostolado y desligándonos de toda actuación demasiado humana, **siendo celosos de nuestra independencia y de la trascendencia de nuestra misión.**

La Iglesia se encontró en sus comienzos con un problema gravísimo de orden social: el de la esclavitud. Y no intentó solucionarlo directa y primariamente, antes de comunicar la vida sobrenatural a las almas. Primero coexistió de hecho con la esclavitud e hizo adeptos entre los esclavos y los libres. Empezó a predicar—sin respetos humanos—su doctrina de la igualdad esencial de todos los hombres, fuesen libres o esclavos, su doctrina de la dignidad natural y sobrenatural del hombre, incompatible con la esclavitud. Pero de las primitivas comunidades cristianas formaban parte indistintamente unos y otros. Y manteniéndose la Iglesia en su propio terreno sobrenatural, hablando a todos del reino de los cielos y de la vida divina que participaban por la gracia, consiguió suavizar primero el problema para resolverlo después definitivamente.

Ganar a los obreros porque nosotros les prometamos los bienes materiales es engañarlos. Nosotros podemos darles la vida sobrenatural. Podemos darles el cielo. No está en nuestra mano, sin embargo, procurarles los bienes materiales, ni es ésta nuestra misión, ni podemos hacerlo servir de cebo para atraerlos a nuestra causa.

También el problema de las diversiones es un problema que nos preocupa, y con razón, y parece que esté reclamando la primacía. Porque las diversiones se han convertido muchas veces en ocasión de pecado. Y la juventud frecuente esas diversiones peligrosas. Y todos nos vamos convenciendo de que no será fácil alejarla de ellas mientras no le podamos proporcionar otros medios de esparcimiento legítimo y honesto. Y no seré yo quien niegue la importancia de este problema, y bien sabéis que me he interesado por su solución en las distintas parroquias que lo han intentado.

Pero ni es misión de la Iglesia vertir a la gente, ni puede ser ésta primera preocupación sacerdotal, ni por las diversiones, aunque sean honestas podremos conseguir que los jóvenes vivan en gracia de Dios.

Nosotros hemos de hacer más bien una labor indirecta en este sentido. Habremos de crear en la parroquia clima a propósito para que los seculares católicos—los padres de familia, principalmente—se den cuenta de su responsabilidad y busquen ellos la solución, aunque impulsados y dirigidos por nosotros. Pero no podemos nosotros abrumarnos con las preocupaciones económicas que llevan siempre consigo estas empresas, ni es conveniente que el sacerdote lleve la dirección inmediata de las mismas.

Por eso conviene precisar que el primer objetivo de nuestra tarea, el primer punto de nuestro programa, es primero por su importancia y el primero por su urgencia, es el de procurar que las almas vivan en gracia de Dios.

La Iglesia vive en el mundo. Y ha de actuar con los hombres. Y ni puede ser ajena a los problemas del mundo ni puede desentenderse de las necesidades de los hombres. La Iglesia, impulsada por ese deseo de hacer el bien, ha intervenido muchas veces en los problemas humanos, supliendo en no pocas ocasiones las deficiencias de la sociedad civil. Ha habido épocas en la historia en que la Iglesia, a más de ser maestra de religión, ha sido también maestra de ciencias humanas y ha procurado directamente el progreso, incluso material, de los pueblos. Pero esta labor que la Iglesia ha realizado y que ha tenido no poca importancia en la vida de los pueblos, no era propia de la Iglesia. Ella lo hacía acuciada por la necesidad y supliendo los fallos de la sociedad civil, todavía embrionaria. Por eso ha ido dejando poco a poco el lastre de esas actuaciones humanas, a medida que la sociedad civil ha podido cumplir sus propios deberes.

La Iglesia y el sacerdocio no han sido instituidos con miras humanas, sino con miras sobrenaturales; no han sido instituidos para que los hombres consigan por su medio ventajas materiales, por muy justas que sean, sino para comunicarles la vida sobrenatural. Urge que nos convenzamos de esta verdad y que obremos en consecuencia. Se han perdido muchos esfuerzos, mucho tiempo y mucho dinero por haber olvidado este principio elemental.

Para conseguir esta meta, que los hombres vivan en gracia, hace falta una actuación doble. Hemos de despertar en ellos el aprecio y la estima de la divina gracia encauzando nuestro apostolado con esta finalidad. Y hemos de procurar, además, crear un ambiente propicio a la vida de gracia evitando, en cuanto sea posible, los principales obstáculos que se oponen a ella. Primero hemos de dar la vida. Después la habremos de defender. Tan sólo de esta suerte podremos conseguir plenamente el objetivo.

a) Aprecio y estima de la divina gracia

Jesucristo, el Maestro, nos da el ejemplo. Su actuación nos indica la pauta que hemos de seguir para alcanzar este fin.

Los temas de su predicación son siempre de orden sobrenatural; habla continuamente del "reino de los cielos". Los temas sociales, políticos, etc., son

totalmente ajenos a ello. Cuando le presentaban una cuestión política—la del tributo—da la respuesta exacta, pero con las palabras precisas, sin dejarse envolver en esas cuestiones: “Al César lo del César; a Dios lo de Dios.”

Jesucristo hace también beneficios materiales: cura a los enfermos, da de comer a la multitud hambrienta... Pero esos beneficios, ni le desvían de su misión sobrenatural, ni permite que sean tergiversados para sacar de ellos consecuencias humanas. Cuando los que fueron alimentados en el desierto quieren darle a este hecho un carácter político-social—quieren proclamar rey—, Jesucristo huye, como dice con frase gráfica el evangelista. Quiere darles a entender claramente que no es por esas cosas humanas y por esos beneficios materiales por los que han de creer en Él. Y cuando quieren hacerle intervenir en problemas humanos: la partición de una herencia, rehusará diciendo claramente que no es ésta su misión.

Hace falta predicar dogma. Hace falta hablar continuamente a los fieles del “reino de los cielos”. Es necesario que ellos vean prácticamente que a nosotros no nos interesan las cosas humanas más que de una manera indirecta y secundaria y que nuestra misma intervención en esos problemas materiales obedece al amor sobrenatural.

Pero hace falta, además, que nosotros ordenemos de tal suerte nuestro ministerio, que sea éste: el de comunicar la gracia, el fin propio que nos proponemos. Porque no todos los actos ministeriales tienen la misma eficacia para conseguir este fin. Los hay—la administración de los sacramentos, los que tienden a formar la conciencia y a fortalecer la voluntad para evitar el pecado: ejercicios espirituales, misiones, retiros, dirección espiritual, etc.—que se proponen este fin directamente y por su propia naturaleza. Otros, aun siendo buenos y convenientes: las funciones solemnes, las romerías, procesiones, etc., no tienen esa finalidad primaria ni tienen para ello tanta eficacia.

Es necesario que nosotros demos más importancia a los primeros que a los segundos y que de tal manera organicemos el ministerio que atendamos suficientemente a la vida de gracia de los fieles. Y que empleemos preferentemente aquellos medios que tienden a fomentar directamente la vida sobrenatural.

Se dan casos de personas que viven al parecer como buenos cristianos, comulgan incluso algunas veces al año, asisten a los actos de culto y a las manifestaciones religiosas y no viven habitualmente en gracia de Dios. Se ponen en gracia de Dios cuando han de comulgar; pero no sienten la necesidad de vivir habitualmente en gracia. Nosotros habríamos de procurar, en cuanto esté en nuestra mano, que no se pudiesen dar estos casos.

b) Ambiente de gracia

El ambiente del mundo será siempre opuesto a la vida de la gracia. No olvidemos que el mundo es uno de los tres enemigos del alma y que Jesucristo tuvo marcadísimo interés en hacer resaltar la oposición entre su doctrina y la del mundo, entre su espíritu y el espíritu mundano.

Y los fieles han de vivir en el mundo. Han de estar, por lo tanto, rodeados de peligros. Y los más no podrán defenderse por sí mismos. Son pocos los que tienen la suficiente fuerza y la necesaria personalidad para no dejarse

influir por un ambiente y más para luchar contra él. Por eso es indispensable que nosotros procuremos organizar la gerencia de los fieles, particularmente de los más débiles, para que, aun viviendo en medio del mundo, puedan mantener la gracia en sus almas.

Creo sinceramente que la solución definitiva de este problema está en la **comunidad parroquial**, tal como hablaremos después de ella. El carácter de nogar que se da entonces a la parroquia hace que esta ampere y derienda encamizadamente a todos los que la integran.

Hemos de luchar también contra aquellas prácticas mundanas de las que se sirve el mundo para arrastrar a las almas hacia el pecado: diversiones peligrosas, modas inmorales, etc.

El ambiente colectivo de piedad puede ser también un medio a propósito para cultivar la vida de gracia. Por eso hemos de cuidar con esmero la celebración de los actos litúrgicos, de las funciones parroquiales y de todo aquello que sea propicio para crear un ambiente sobrenatural.

Quizá hayamos de rectificar algunas cosas para conseguirlo. Porque a los fieles no pueden interesarles los actos de culto hechos de cualquier manera, ni las funciones parroquiales largas y pesadas, ni muchas devociones que hoy no les dicen nada.

Nos quejamos muchas veces de la falta de asistencia a la función parroquial del domingo por la tarde. Y en parte ello es debido a las costumbres actuales: a los desplazamientos, a los deportes que hoy apasionan a todos, etc. Pero ¿estamos nosotros libres de culpa? ¿Hemos procurado hacer interesante la función parroquial, preparar a los fieles para que tomen parte en ella, buscar la hora más apropiada para la asistencia de los fieles?

No olvidemos que la piedad colectiva arropa y defiende más que la piedad individual. No podemos despreciar este medio que tanto influyó en la vida cristiana de nuestros fieles y que también ahora podría influir si supiésemos adaptarlo a las exigencias y necesidades modernas.

B) La comunidad parroquial

Es encantador el ambiente de las primitivas comunidades cristianas, tal como se refleja en los Hechos de los Apóstoles. Aquella frase *cor unum et anima una* con la que San Lucas expresa la compenetración y la unión íntima de los primeros cristianos, es por sí misma una lección sublime de vida cristiana.

Es verdad que el medio ambiente pagano en que nacían aquellas pequeñas comunidades favorecía esa íntima compenetración. Tan sólo en el apoyo de la comunidad podían encontrar los recién convertidos la fuerza necesaria para vencer los peligros del mundo que les rodeaba.

Pero aparte de esta razón circunstancial no cabe duda de que los primeros cristianos, discípulos inmediatos de los apóstoles, habían entendido perfectamente y habían sabido realizar la gran consigna de Cristo. El *ut sint unum* de la oración sacerdotal del Maestro era entonces una hermosa realidad.

El hecho de que nuestros pueblos sean totalmente cristianos y de que el catolicismo sea la religión oficial—con la proyección que ese reconocimiento ejerce sobre la sociedad—ha influido poderosamente para que cada día demos menos importancia a la comunidad parroquial.

Parece que nuestros fieles no necesitan agruparse especialmente alrededor de la parroquia porque la sociedad civil ya es católica. Parece que no necesitan un apoyo especial porque las leyes protegen la fe y garantizan un mínimo de moralidad pública. Parece que no sea necesaria una ayuda mutua entre los cristianos porque todas las instituciones del Estado y del Municipio son también cristianas.

Consecuencia de ello, seguramente, el espíritu comunitario ha ido desapareciendo casi por completo de entre nosotros. La solidaridad especial entre todos los cristianos—por ser todos miembros de un mismo cuerpo—no se acaba de entender. Nuestro catolicismo se ha hecho marcadamente individual y egoísta en la oración, en el culto, hasta en la práctica de la caridad.

Esto, a primera vista, parece que no tenga demasiada importancia, por cuanto esos bienes que podría producir la comunidad parroquial se consiguen, al parecer, por otros medios. Algunos incluso llegan a decir que sería contraproducente porque la misma sociedad civil es la comunidad cristiana. Sin embargo, yo me atrevería a afirmar que este detalle ha contribuido no poco a desfigurar el verdadero concepto del cristianismo y ha sido una de las causas de que se vaya perdiendo cada día más el espíritu cristiano.

El cristianismo, por voluntad de Jesucristo, es esencialmente colectivo, social, comunitario. Todos los cristianos formamos, al fin y al cabo, un solo cuerpo: el Cuerpo místico de Cristo. Y ese espíritu de cuerpo—que dice relación íntima de los miembros con la Cabeza de la que reciben el influjo vital, pero que dice también relación íntima de los miembros entre sí—le es tan propio que sin él no puede vivirse la vida cristiana.

Todo el Evangelio atestigua claramente esta verdad. La práctica de los apóstoles y de los primeros cristianos nos la confirma. La tradición constante de la Iglesia nos lo asegura. La oración oficial de la Iglesia nunca es individual; siempre tiene carácter colectivo, de comunidad.

Por eso, cuando Jesucristo nos enseñó a orar, nos propuso como modelo una oración comunitaria: “Padre nuestro”...

No existen cristianos aislados. Existen comunidades cristianas. La gran comunidad de la Iglesia universal, la comunidad más reducida de las iglesias particulares, las diócesis, la comunidad imperfecta, pero más íntima y entrañable: la parroquia.

Y es este espíritu comunitario lo que más se ha perdido, quizá, entre nosotros. Unas veces por espíritu de grupo: “Yo soy de Pablo, yo de Apolo”; otras por mezquindad de corazón: nos bastaba con el problema de nuestra salvación individual, sin que sintiésemos la necesidad de preocuparnos de los demás; quizá también porque no hemos sentido la necesidad de la compenetración y del apoyo mutuo en plan propiamente parroquial.

La parroquia ha de ser algo más que una oficina en la que se resuelvan los asuntos espirituales y en la que se den a los fieles los medios para conseguir su salvación. La parroquia es un verdadero hogar espiritual. Y ha de tener las características y ha de cumplir los fines del verdadero hogar.

Ya sé que pueden existir en una demarcación parroquial distintas iglesias en las que se celebren actos de culto, y pueden existir distintos núcleos de

personas que se agrupan en asociaciones piadosas no parroquiales. Las iglesias de religiosos exentos están fuera de la jurisdicción parroquial y sus asociaciones pueden crearse al margen de la autoridad del párroco. La Iglesia lo admite, y no seré yo quien pretenda negar ese derecho o dificultar su ejercicio. Pero es una verdadera lástima que todas esas obras, buenas y excelentes por sí mismas, puedan servir algunas veces—por culpa de todos—para entorpecer la vida de la comunidad parroquial. Es una lástima que surjan las escisiones dentro del mismo cuerpo. Y estoy convencido de que las circunstancias actuales están exigiendo algunas rectificaciones a este respecto.

Se ha hablado y escrito profusamente sobre la necesidad de transformar la institución parroquial para que puedan desarrollarse con más desahogo los movimientos de carácter general que las circunstancias aconsejan. Y yo reconozco que, en parte, llevan razón los que tal afirman. Porque en las grandes ciudades principalmente, donde existen varias parroquias y en donde los fieles ni trabajan, ni se divierten, ni casi viven dentro de la propia demarcación parroquial, parece que sería conveniente una mayor flexibilidad para que pudiese hacerse una labor eficaz de conjunto.

Pero yo escribo para nuestra diócesis, y aquí no existe el problema. No hay ningún núcleo de población con más de una parroquia. Y para nuestra diócesis digo que considero necesario y urgente que todos nos empeñemos en restaurar la comunidad parroquial.

La comunidad parroquial ha de tener vida comunitaria—colectiva—en todos los aspectos: en el culto, en la formación, en el apostolado, en el ejercicio de la caridad y beneficencia, hasta en los mismos esparcimientos. Ella sería el gran medio para defender la vida de gracia de nuestros fieles y para conseguir la influencia social de que hoy carecemos.

Los párrocos son los que han de poner la parte principal en esta empresa. El párroco es el padre de la familia parroquial. Habrá de sentirse padre de todos y cada uno de sus feligreses: de los buenos y de los discolos, de sus amigos y de los que se digan enemigos suyos. Habrá de fomentar particularmente la unión entre todos los elementos dirigentes: sacerdotes y religiosos y seglares con cargos directivos, siendo más celoso de esta unión íntima que de su propia autoridad. Porque la verdadera unión comunitaria no se consigue por decreto ni con imposiciones autoritarias. Se consigue con amor y con sacrificio. Cediendo en algún puntito de honra, si hace falta, en aras de la concordia y de la paz.

El párroco no puede considerarse ajeno a ningún movimiento ni a ninguna obra que se realice en su demarcación parroquial. No puede desentenderse de nada. Ha de interesarse por todo y ha de encauzar todas las actividades, sean las que fueren, por el cauce de la vida comunitaria.

Es interesante constatar la insistencia con que el Romano Pontífice ha hablado sobre este tema, y con cuánto interés ha propuesto a los sacerdotes y seglares selectos este medio para realizar la consigna de renovación total de la vida cristiana. El mismo lo ha señalado como la meta que ha de procurarse conseguir la parroquia modelo.

En su discurso a los fieles de la pa-

rrroquia de San Sabas, de Roma (11 de enero de 1953), al elogiarles por lo que habían hecho durante los veinte años de existencia de su parroquia, les estimula para que ésta "illegue a ser un modelo de vida cristiana". "Para ello—continúa—es necesario que vosotros, los sacerdotes y seglares militantes, juntamente con todos los fieles, forméis una comunidad eficiente y operante para que Jesús sea vida de todas las almas."

"Sed, ante todo—les dice—comunidad eficiente. La parroquia ha de ser una familia cuyos miembros vivan y obren en comunicación fraternal."

Y en la exhortación que dirigió a los párrocos y predicadores cuaresmales (marzo 1954) les presenta el ejemplo de la parroquia de Santa Francisca Cabrini, diciéndoles: "Nos es grato... señalar una parroquia en particular que nos parece se está transformando resueltamente en una comunidad cristiana eficiente y activa, convirtiéndose como en una gran familia, donde los hombres, hijos de Dios, viven entre sí como hermanos."

Es éste, por tanto, uno de los objetivos principales que nos hemos de proponer para secundar los deseos del Papa y renovar la vida cristiana de nuestras parroquias.

No se puede alabar ni bendecir, por tanto, ningún movimiento—por legítimo que parezca—que pretenda separar a un grupo de personas de la comunidad parroquial. Menos si se trata de personas escogidas que por eso mismo hacen más falta para el bien de la familia. Y son sospechosas todas aquellas iniciativas que, con la mejor intención sin duda, pretenden formar un grupo aparte, aunque sea con la excusa de que por tratarse de un grupo especializado—jóvenes, por ejemplo, obreros, etc.—ni pueden ser suficientemente atendidos, ni quizá ellos se encontrarían a gusto en la vida comunitaria.

Los mismos grupos selectos—aquellos incluso formados por los que se consagran a Dios en el mundo, y aun lo hacen con votos privados—y que necesitan evidentemente una atención esmerada y peculiarísima, han de ser una pieza en la misma comunidad. Aunque tengan su organización propia y su formación específica, deben ponerse a disposición del párroco para colaborar y aun dirigir las empresas comunitarias.

En las presentes circunstancias particularmente, cuando la realización del deseo de Cristo "ut sint unum" tiene una mayor urgencia, y cuando el Papa llama a todos los católicos a movilización general, todo intento de separación o de división es funesto. Y en el caso concreto de nuestra diócesis es en el plano parroquial en donde necesariamente ha de hacerse la unión de fuerzas si queremos obtener algún resultado positivo.

La comunidad parroquial ha de ser, como dice el Papa, eficiente y operante.

Para que sea eficiente, dice el mismo Pontífice:

"a) Conviene alejar de ella, en cuanto sea posible, los excesos del espíritu individualista y poner en evidencia la escasa utilidad de los esfuerzos separados, sin la ayuda común y la mutua colaboración;

b) Será necesario llegar a la unión efectiva de todas las fuerzas militantes;

c) Hay, además, que crear y fomen-

tar entre los fieles un clima de verdadera fraternidad."

Para ser operante añade:

"a) Debéis trabajar incansablemente para que Jesús sea conocido amado y servido por todos. Teniendo en cuenta que en la parroquia el centro es la iglesia, y en la iglesia, el Tabernáculo, con el confesonario a su lado;

b) Procurad que respiren nueva mente las almas afligidas de angustia porque jamás oran de ningún modo. Haced que de todos los corazones suba a los labios y de los labios al cielo una invocación, aunque breve, pero repetida todos los días.

c) He aquí otro objetivo que hay que conseguir uniendo todas las energías disponibles: que un gran número de almas se acerque con mayor frecuencia a la mesa eucarística;

d) Una última meta: el problema de los militantes... Un problema de número: sois todavía demasiado pocos...; es necesario llamar a la empresa a todas las almas de buena voluntad... Y un problema de calidad: sería error resignarse con la mediocridad."

C) Formación de conciencias

Gracias al catolicismo tradicional, la conciencia de los fieles tiene un mínimo de formación cristiana, una formación elemental, pero bastante segura. Todos entre nosotros discurren en cristiano y reaccionan en cristiano en los momentos graves y trascendentales. Pero ese mismo catolicismo tradicional ha sido causa de que no nos preocupáramos suficientemente de esa formación.

Creíamos, por una parte, que ya era suficiente con tener asegurada la formación cristiana de los niños en las escuelas y colegios y con el ambiente cristiano que todos respiraban. Estábamos convencidos, por otra, de que nuestro pueblo estaba inmunizado contra las doctrinas heterodoxas, y no sentíamos la necesidad de prevenir a nuestros fieles acerca de las nuevas corrientes filosóficas, políticas y sociales. Como consecuencia de nuestra conducta, la formación cristiana de los fieles adoleció de falta de densidad y de actualización, exponiéndolos a los errores y desviaciones prácticas que también llegaban hasta nosotros.

Son muchos los católicos intoxicados de liberalismo aun ahora—incluso entre los intelectuales—, y no son pocos los que se han dejado influir por el concepto materialista de la vida clave del marxismo. Otros se han hecho un catolicismo a su medida, organizando su vida profesional al margen de la fe y de la moral cristiana.

El catolicismo, además, convivió entre nosotros con instituciones, regímenes, costumbres y hechos ajenos a él, pero que se decían también católicos. Y muchos confundieron el catolicismo con esas costumbres e instituciones—o al menos aparecía éste con adherencias extrañas—con la deformación y a veces hasta el escándalo que eso lleva consigo.

Se ha repetido con insistencia—casi ha llegado a ser esta afirmación un lugar común—que la conciencia de los católicos españoles está bien formada con respecto a los deberes individuales y familiares; que es muy deficiente, por el contrario, su formación con respecto a los deberes sociales. Y aunque la segunda parte de esta afirmación sea exacta—hay que decir, sin embar-

go, en honor de la verdad, que en los últimos años se ha progresado, aunque no todo lo que fuera de desear, en este aspecto—no creo que se pueda admitir sin discusión la primera parte.

Hoy todos están convencidos de que se ha descuidado mucho esta labor formativa y que urge rectificar procedimientos.

Hemos de dar a nuestra predicación un carácter más doctrinal y hemos de utilizar todos aquellos medios que tienen una finalidad formativa: los círculos de estudio, los cursillos, las semanas de la madre, las conferencias cuaresmales, los ejercicios espirituales, los retiros.

Y nos hemos de preocupar particularmente de la formación cristiana de los hombres. Ellos son los que ejercen una influencia más directa en la sociedad y los que llevan las riendas de la misma, y son los menos formados cristianamente. Sus mismas ocupaciones han sido un obstáculo para ello.

No debemos olvidar que los hombres, por voluntad de Dios, son la cabeza de la familia y de la sociedad. Y que una sociedad no será cristiana si los hombres que la rigen no tienen un concepto cristiano de la vida y no tienen una formación exquisitamente cristiana.

Actualmente nuestros sacerdotes se preocupan más de este problema, y ya es costumbre en algunas parroquias organizar conferencias especialmente para hombres con esta finalidad. El resultado que estas conferencias tienen en todas partes nos manifiesta que los hombres están ansiosos de conocer la verdad y que se prestan a recibir la formación debida. Sepamos aprovechar esta disposición para hacer esa labor formativa que es indispensable.

En muchas parroquias se han organizado, y con notable éxito, semanas especiales para las madres, para los jóvenes y los jóvenes; ¿por qué no podrían organizarse también para los hombres? Es preciso que nos convenzamos de que la labor entre los hombres es la más urgente y la más eficaz.

D) La familia cristiana

La institución familiar conserva todavía entre nosotros su estructura tradicional; es la que menos se ha dejado arrastrar por esa corriente de frivolidad sensual que pretende avasallar todo. Pero creo sinceramente que ya apunta el peligro y que de no acudir pronto en su auxilio podría sobrevenir fácilmente la crisis.

Porque ya va perdiendo su carácter sagrado el sacramento del Matrimonio. Ya se vislumbra el conflicto en que se debaten nuestros esposos cristianos. Ya van perdiendo muchos hogares el ambiente de austeridad que les era propio. Y va notándose cada día más la falta de adaptación del hogar tradicional a las necesidades y circunstancias del momento.

Todavía llegamos a tiempo. Pero es necesario que nos apercebamos de salvar el hogar, infundiéndole nueva vida, si no queremos que sea una víctima más del paganismo del mundo.

a) El matrimonio

La frivolidad del medio ambiente se ha infiltrado de manera especial—cosa muy lógica—en los corazones juveniles. Y esa frivolidad se manifiesta no pocas veces en el concepto que tienen del matrimonio y en su falta de preparación para contraerlo. El "sacramento grande", en frase del Apóstol,

ha perdido para muchos su grandeza y su santidad.

La preparación espiritual para recibir el matrimonio—se trata de un sacramento—se olvida fácilmente. Las obligaciones que impone el matrimonio cristiano apenas si ocupan la atención de los que van a casarse.

En la "Cruzada del Amor" que estamos realizando es éste uno de los objetivos señalados. Objetivo de suma importancia que no podemos olvidar después de la Cruzada, porque el matrimonio es el principio y el fundamento del hogar.

Para ello es necesario que demos el justo valor a las relaciones prematrimoniales: al noviazgo. Es éste un tema espinoso que nos molesta tratar. Y cuando hablamos de él, fijándonos exclusivamente en los peligros que en ellas pueden encontrar los novios, insistimos casi exclusivamente en el plan de defensa. Apenas si en nuestras conferencias a los jóvenes, en los círculos de estudio y hasta en el mismo confesionario se nos ocurre presentar el noviazgo en su parte positiva, nobilísima y hermosa, llamando la atención de los jóvenes sobre lo que significa ese **noviado** del Sacramento para el mutuo conocimiento y para la mutua ayuda en orden a realizar plenamente el ideal cristiano en la constitución del futuro hogar.

De tanto hablar de ocasiones y peligros—que existen, ciertamente, y sobre los cuales también habremos de llamar la atención—, hemos hecho del noviazgo un **paso de peligro** en que toda la atención es poca para no caer. Y con esa táctica exclusivamente negativa desvalorizamos, sin darnos cuenta, el mismo sacramento.

Es necesario, además, que hablemos con claridad de las excelencias y de la grandeza del matrimonio cristiano. Porque quizá por nuestra manera de hablar le hemos quitado toda su grandeza. No es lo mismo decir que el estado de matrimonio es menos perfecto que el estado de virginidad—lo cual es cierto y nosotros lo habremos de destacar—que suponer que el matrimonio es el camino de los cristianos medios y vulgares, como se da a entender no pocas veces.

Todos los cristianos han de ser perfectos, aunque no todos hayan de vivir en estado de perfección. También los casados han de aspirar a la perfección y a la santidad. Y en el matrimonio y por el matrimonio se habrán de santificar.

Dios llama a los que quiere a los estados de excepción. Pero Dios también quiere que los esposos y los padres sean santos. Y la Iglesia, que necesita de la santidad de los religiosos, necesita también de la santidad de los casados. Y a los que Dios llama al matrimonio—¿por qué no ha de poder hablarse de un llamamiento de Dios para el matrimonio?—, los llama también a la santidad, aunque por distintos caminos y con distintos medios de los que han de emplear los religiosos.

Sería erróneo desvalorizar la vocación religiosa con la excusa de que hoy hacen más falta en el mundo hogares cristianos que almas consagradas totalmente a Dios. Y este error lo censuró ya duramente el Papa en la "Sagra Virginitas". Pero también es erróneo desvalorizar el matrimonio, olvidándonos de que es un sacramento de la Iglesia, instituido por Jesucristo para dar la gracia y para que por él

puedan conseguir la perfección los casados, presentándolo como el camino de las almas débiles y tacañas de los cristianos vulgares. ¿Cómo vamos después a exigir la santidad a los casados si les hemos dado a entender que por casarse casi no eran aptos para ella?

Para revalorizar el matrimonio es necesario, finalmente, que cuidemos con esmero de su celebración. Hemos de preparar convenientemente a los novios para que reciban santamente el sacramento. Hemos de procurar, además, que la función religiosa del matrimonio tenga la seriedad y vaya acompañada de la devoción que se requiere por su carácter sagrado y por realizarse en el templo y que se eviten, en la parte profana, todas aquellas cosas que desdigan de la santidad del sacramento que acaban de recibir. Y ha de ser la comunidad parroquial la que se percate—nosotros la hemos de adoctrinar para ello—de lo que significa la constitución de un nuevo hogar en la familia parroquial y la que, en lo posible, acompañe a los esposos en el acto religioso, haciendo de la celebración del sacramento una verdadera fiesta de familia.

b) El conflicto de los esposos

No podemos cerrar los ojos a la realidad. Ni basta cerrarlos para que esta realidad no exista. Muchos esposos cristianos viven en perpetuo conflicto. Ellos, porque son cristianos, quieren cumplir la ley de Dios en el uso del matrimonio. Pero encuentran tantas dificultades para ello... Necesitan comprensión y necesitan ayuda. Es un problema este que no podemos eludir y que tiene hoy una gravedad suma.

Los párrocos y los confesores saben que no hay exageración en mis palabras. Y esto les produce no pocas inquietudes y desasosiegos de conciencia.

Sin embargo, apenas si nos atrevemos a afrontar directa y abiertamente este problema. Hemos organizado alrededor de él la conjura del silencio. Como si los problemas se resolviesen eludiéndolos y los conflictos se solucionaran con nuestra inhibición. El Papa ha llamado la atención de los Obispos y de los sacerdotes sobre este punto y hoy no puede justificarse la táctica del silencio.

Tenemos, pues, el deber de afrontar el problema. Con suma delicadeza, pero con la necesaria claridad, en circunstancias a propósito. La ley de Dios ha de mantenerse a todo trance. En esto nunca podremos transigir ni podemos ser causa de error con nuestro silencio, que entonces sería culpable.

El Papa habló concreta y claramente sobre este problema. El nos señaló las directrices que nosotros hemos de seguir para formar rectamente la conciencia de los fieles. Hoy sabemos a qué atenernos. Nosotros hemos de recoger las directrices pontificias para darlas a los esposos cristianos.

Ya sé que hablar de este problema nos resulta difícil. Es materia delicada y poco grata para nosotros. Pero ésta no es razón suficiente para que dejemos de cumplir con nuestro deber. Y lo evidente es que no podemos seguir en esa postura abstencionista ante un mal que lo va invadiendo todo.

Pensemos, además, que nuestro silencio puede deformar las conciencias—hoy se habla sin recato de esos asuntos y no con criterio católico—y puede ser causa de que se multipliquen los pecados que nosotros hubiésemos podi-

do evitar o al menos disminuir con una intervención prudente y adecuada.

Porque se trata de un problema delicado, habremos de extremar la precaución. Habremos de ser prudentes, delicados, justos. Prudentes, para escoger las ocasiones—es evidente que este tema no es a propósito para auditorios generales e indiscriminados—y para evitar todo asomo de admiración y de escándalo. Delicados, para saber escoger la forma y hasta las palabras apropiadas—no se puede ni se debe improvisar cuando se tratan estas cuestiones—. Justos, para formar rectamente la conciencia sin desviaciones ni demasías de ninguna clase.

c) La austeridad de los hogares

Es evidente que los hogares han evolucionado muy rápidamente en estos últimos años. Y quizá más que en ningún otro aspecto en este de la austeridad.

Antes no existían tantas comodidades como ahora. Y sea simplemente por esta razón, sea porque entonces se vivía más intensamente el espíritu evangélico, lo cierto es que la vida de la mayor parte de los hogares era de una austeridad impresionante.

Hoy la práctica de la austeridad es mucho más difícil. Más difícil simplemente, porque la vida se ha hecho más cómoda. Es fruto de los tiempos.

Sin embargo, la austeridad es tan necesaria ahora como antes. Y es necesaria, sobre todo, en el hogar. Sin ella, ni se formarán verdaderos cristianos en nuestros hogares—“el que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo”: con palabras que también ahora tienen todo su significado—ni aun se podrían formar adecuadamente el corazón y la voluntad de los hijos en orden a la misma vida humana.

La austeridad no habrá de consistir en vivir ahora como hace cien años, privándonos de las comodidades que el progreso nos ofrece. Y aquí está precisamente la gran dificultad. Porque habremos de utilizar todas esas cosas y rodearnos de esas comodidades sin dejarnos aprisionar por ellas.

El espíritu comodón que caracteriza a nuestra época no solamente se ha adentrado en el hogar; nos ha impuesto un concepto equivocado de la vida que se revela claramente en la educación que se da actualmente a los hijos. Muchos padres hacen consistir la educación en proporcionar toda clase de comodidades y satisfacer todos los gustos de sus hijos, en no contrariarles en nada, en mimarles con exceso, en suprimir casi por completo la corrección y el castigo en la tarea educadora. Como si pudiesen formarse voluntades fuertes sin contrariarlas nunca o se pudiese enderezar sin violencia una naturaleza que lleva en sí misma el germen del desorden y del pecado.

El fallo de esta educación lo estamos palpando. Fallo que obedece principalmente a esa falta de austeridad y de abnegación—a esa frivolidad, podríamos decir—que, como fruto del tiempo, ha invadido también nuestros hogares, incluso los hogares que se llaman cristianos.

Por eso faltan en el mundo hombres de carácter. Por eso existen cristianos a medias, sin voluntad suficiente para abrazarse con todas las consecuencias de su fe y con todos los sacrificios que su religión les impone.

d) La modernización del hogar

Cuando hablamos del hogar cristiano evocamos con nostalgia el recuerdo de nuestros antiguos hogares. Y decimos comúnmente—sin darnos cuenta exacta de nuestra afirmación—que el ideal sería volver a aquel tipo de hogar. Como si la historia pudiese volverse atrás o los años pasasen en balde.

¡El hogar es una pieza clave de la sociedad; es la célula viva de la misma. Ha de evolucionar necesariamente con la sociedad si quiere cumplir su cometido; de lo contrario quedaría anquilosado; sería una pieza de museo, no una célula viva de la sociedad. No es el hogar del siglo XIX el que nos hace falta ahora, sino el hogar del siglo XX. Pero cristiano, claro está. Y ahí veo yo la máxima dificultad para la consecución de este objetivo.

Porque el hogar moderno—tal como se concibe y tal como se va organizando en nuestros días—tiene, realmente, algunas cosas incompatibles con el hogar auténticamente cristiano.

Pero tiene otras que nosotros juzgamos incompatibles porque hemos formado nuestro juicio sin reflexionar seriamente, pero que en realidad no lo son.

Además, algunas de sus características son consecuencia de las circunstancias del mundo que nosotros no podemos cambiar. Nuestra misión será no volver a lo que hoy sería inadecuado, sino adaptar el hogar a las circunstancias y necesidades de ahora, sin que pierda su contextura íntima ni su espíritu tradicional y cristiano.

Es más cómodo evocar un recuerdo y aceptar un modelo, aunque sea anticuado que buscar una fórmula nueva. Es más fácil aferrarse a lo conocido que buscar una renovación. Es más sencillo siempre criticar que construir. Y con respecto a la recristianización de los hogares quizá hayamos seguido hasta ahora el camino más fácil. Con qué eficacia, lo podemos ver por los resultados.

No basta decir y lamentar que los hogares se están resquebrajando; es necesario buscar el remedio. Y el remedio no está en cerrar los ojos a la realidad actual exigiendo que se vuelva a la vida hogareña del siglo pasado. Esto ni es posible ni sería conveniente en orden a la influencia que la familia cristiana ha de ejercer en la sociedad.

Hoy la vida se ha complicado mucho. Los hombres—cabezas de la familia—necesitan estar muchas horas fuera de casa, aunque no sea más que para atender a todas las necesidades del propio hogar. Hoy, muchas mujeres han de salir de casa. Algunas para trabajar; otras, porque nosotros mismos reclamamos su colaboración para las empresas de apostolado que las circunstancias exigen. Y la vida del hogar, tan sólo por esta razón, no puede tener las características que tenía antaño.

No vamos a discutir ahora si esto es un bien o es un mal. Es un hecho que nosotros no podemos evitar y es necesario que contemos con él. A base de esta realidad hemos de orientar nuestra labor en orden a la restauración de los hogares.

A pesar de las circunstancias adversas existen ahora hogares verdaderamente cristianos. Lo cual nos indica que aunque difícil, no es imposible de conseguir. ¡Qué tema de estudio tan sabroso y tan fecundo y qué bien tan inmenso podríamos hacer si acertáramos a orientar convenientemente a los esposos cristianos en este aspecto!

En algunas naciones extranjeras se ha iniciado, y al parecer con éxito, un apostolado especial entre las familias. También en algunas diócesis de España existen asociaciones de matrimonios y se celebran ejercicios y retiros para los mismos. Se busca la comunicación y la mutua ayuda de los matrimonios cristianos para que logren vencer el ambiente del mundo y dar un carácter cristiano a su hogar, pero en conformidad con las necesidades actuales.

No tengo datos suficientes para juzgar esos movimientos. En principio me parecen oportunos. Porque no cabe duda que no podemos permanecer ociosos mientras vemos que el hogar se desmorona. Y hemos de concebir el hogar como célula viva de la sociedad actual y en función, por lo tanto, de la influencia que ha de ejercer en el mundo de hoy.

En nuestra diócesis, por la misericordia de Dios, estamos en circunstancias inmejorables para conseguir este objetivo. El hogar tiene todavía un gran valor en la conciencia de todos y conserva aún, en muchas partes, sus esencias tradicionales. Esos hogares—la inmensa mayoría—en los que se reza todos los días el santo rosario, en los que se conservan las prácticas y tradiciones antiguas, no necesitan más que un rezoamiento para convertirse en los hogares que hoy necesitamos. Si nos lo proponemos seriamente y acertamos con la orientación, podríamos conseguir que nuestras casas pairales fuesen, como lo han sido en otros tiempos, los pilares más firmes de nuestra religiosidad.

E) La justicia social

El problema social ha sido enfocado prácticamente desde un punto de vista exclusivamente económico. Por eso han fracasado todos los intentos de solución. Fracasó el liberalismo y ha fracasado el comunismo. Y fracasará necesariamente toda solución exclusivamente materialista.

Porque el hombre—en favor del cual se ha de solucionar el problema—no es pura materia. Y mientras no se reconozca su dignidad de persona humana—espiritual—, y eso en todos y cada uno de los hombres, y no se subordine lo económico a lo espiritual—al hombre—, no podrá encontrarse la solución definitiva.

El liberalismo se fundaba prácticamente en el principio de que algunos hombres—los obreros—no eran más que factores de producción: unas máquinas a las que había que apreciar y recompensar según el rendimiento. El comunismo hizo de los hombres puros engranajes de una máquina colosal—el Estado—movida por unos pocos.

Ahora, teóricamente, esos sistemas están superados. Prácticamente, sin embargo, continúan los hombres “concediendo a la economía una imaginaria fuerza mística”, como dice el Papa. Y aunque se ha adelantado no poco a este respecto, la solución no acaba de llegar. No puede llegar mientras “el mundo moral y el mundo económico no lleguen a jerarquizarse, de modo que el primero tenga el primado, pues corresponde al mundo moral compensar de su espíritu, con plena autoridad, aun la economía social”, como ha precisado también el Romano Pontífice.

No es la Iglesia la llamada a solucionar prácticamente este problema. No es su misión distribuir equitativamente las riquezas entre los hombres. Su fin es sobrenatural. Su “reino no es de este mundo”. Ella no puede resolver las

cuestiones técnicas de orden económico, cuya solución es indispensable para implantar la justicia social.

Pero a ella le corresponde todo lo que pertenece al mundo moral. Ella es, por lo tanto, la que puede señalar el orden trascendente que ha de tener la economía social.

Y ha sido precisamente la Iglesia la que, al hablarnos de la elevación del hombre al orden sobrenatural— a la condición de hijo de Dios—, ha defendido con mayor tesón y ha puesto en evidencia la dignidad espiritual de la persona humana, dándonos con ello el fundamento seguro e indispensable para solucionar adecuadamente el problema.

Este es el momento oportuno para la intervención de la Iglesia. Los hombres desconfían ahora de esos sistemas que no han logrado mejorar su posición económica más que a cambio de su despersonalización. Hoy, "millares y millones de hombres claman por un cambio de ruta y miran a la Iglesia de Cristo como a poderoso y seguro timonel que, respetando la libertad humana, pueda ponerse a la cabeza de tan grande empresa, y suplican con palabras clarísimas que sea ella su guía...", como ha dicho el Papa.

No podemos desaprovechar esa coyuntura providencial. Es necesario que la Iglesia diga su palabra de orientación en estos momentos.

El Romano Pontífice nos señala la pauta que nosotros hemos de seguir. Es necesario, ante todo, que nos preocupemos de formar rectamente la conciencia de los fieles en este aspecto. Hemos de hablar claramente— como lo hace el Papa— de las obligaciones que impone a todos la justicia social. Y con nuestra conducta hemos de demostrar que no solamente no aprobamos las injusticias que se cometen, sino que nos mantenemos en un estado constante de protesta.

Es necesario, además, impulsar a los católicos seculares a que se preocupen de estos problemas y busquen su solución, ya que ellos— los seculares— son los que han de intervenir directamente en los mismos.

Sería muy interesante que en todas las parroquias, particularmente en las zonas industriales, existiese un Centro de la H. O. A. C. y aun que se fundasen las asociaciones de patronos católicos, que ya han empezado a funcionar en algunas partes.

Para actuar en este terreno hemos de tener en cuenta la realidad que existe entre nosotros. El Estado ha establecido la organización sindical única, interviniendo él mismo directamente en la solución de todas esas cuestiones, y fácilmente pueden surgir celos si el sacerdote y las organizaciones de Acción Católica tratan directamente de estos asuntos o hacen apostolado en el campo profesional.

Pero esas dificultades pueden solucionarse fácilmente con recto criterio y buena voluntad. No se trata de invadir el terreno del Estado ni de la organización sindical. Nosotros hemos de reconocer y acatar las leyes y no podremos actuar en un terreno propiamente sindical. Pero es misión de la Iglesia formar cristianamente las conciencias de los fieles y ejercer el apostolado en todos los ambientes y, por lo tanto, también en el campo social y profesional.

El Cardenal Primado, en el discurso que pronunció al final del Congreso de

Acción Católica celebrado en Madrid en 1954, lo decía claramente: "¿Hay en un Estado leyes civiles que establecen la unidad sindical? Allá el Estado; lo ha creído conveniente así; podrá haber distintas opiniones sobre su organización de derecho y de hecho; pero ni la Jerarquía se mete en ello ni la Acción Católica tampoco. Como esas interferencias son muy fáciles perteneciendo un mismo miembro a la dos sociedades, debe recordarse mucho a todas las entidades de Acción Católica, aunque sean especializadas, que en nombre de la misma Acción Católica deben respetar las leyes civiles... y, por lo tanto, sea en la parte obrera, sea en la parte patronal, sea en la parte profesional..., no se debe ir contra las leyes que tenga el Estado, ni contra los organismos oficiales.

Pero entonces podemos y debemos pedir igualmente que en nombre de las organizaciones civiles no se coarte o se pretenda coartar el apostolado de la Acción Católica".

F) La práctica de la caridad

La práctica de la caridad era el distintivo y como la característica de las primitivas comunidades cristianas. San Lucas escribe refiriéndose a ellas: "La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y un alma sola y ninguna tenía por propia, cosa alguna, antes, todo lo tenían en común... No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se le repartía según sus necesidades".

El mandamiento nuevo de Cristo había quedado impreso con caracteres indelebiles en el corazón de los Apóstoles, y al fundar éstos las distintas iglesias les daban el sello característico que había señalado el Maestro: "En esto conocerán que sois mis discípulos en que os améis los unos a los otros."

Han cambiado las circunstancias, es verdad. Hoy no es posible establecer la comunidad de bienes que existía en aquellos tiempos. Pero no ha cambiado la doctrina de Cristo. Su mandamiento nuevo tiene hoy la misma fuerza que cuando El lo promulgó. Y también ahora, como entonces, la única señal infalible del verdadero discípulo de Cristo es la práctica de la caridad.

La caridad no consiste exclusivamente en proporcionar bienes materiales a los que carecen de ellos. Pero es ésta una de sus genuinas manifestaciones. Porque somos egoístas por instinto y a todos nos cuesta desprendernos de lo que poseemos; y el sacrificio será siempre la señal del verdadero amor.

Por eso, cuando el Romano Pontífice señala a los predicadores cuaresmales la parroquia de Santa Francisca Cabrini como parroquia ejemplar, hace resaltar particularmente este detalle: "¿No es verdad, dice, que en ella se ha afrontado y resuelto el problema de la miseria de manera que todos los pobres se encuentran fraternalmente socorridos en sus necesidades? Hemos sabido que en esa parroquia ningún enfermo pobre queda sin atención médica, y que a este fin se prestan médicos insignes, gozándose de ayudar a Jesucristo en la persona de sus hermanos enfermos. El dolor, que en todas sus variadas formas toca a la puerta, sin distinción de edad o de posición social, encuentra almas dispuestas a socorrer, para que a ninguno falte el consuelo de la ayuda conveniente"

Y en su discurso a los fieles de San Sabas les recuerda el ejemplo de los primeros cristianos, que "vendían de buena gana sus posesiones para socorrer a los pobres", y añade: "Qué estupefando espectáculo darían los fieles a un mundo egoísta y sin corazón si todos se esforzaran para no considerar como extraño a ningún miembro de la parroquia; si las penas y alegrías de cada uno fueran penas y alegrías de todos; si se tendiera a corregir la estridente desproporción de bienes, tan contraria al sentido cristiano."

El Papa nos indica con estas palabras que la práctica de la caridad ha de ser también ahora el distintivo de la comunidad parroquial, y propone éste como uno de los medios principales para conseguir el mundo mejor.

Porque la caridad tiene un peculiar atractivo que cautiva a todos. No solamente a los que de ella se benefician, sino a todos los hombres de recta conciencia y de buenos sentimientos. Muchos que no darían importancia a la comunidad parroquial si ésta limitara su actuación al ejercicio del apostolado o a procurar para todos los bienes de orden sobrenatural, comprenderían perfectamente su razón de ser y se sentirían ganados por ella a la vista de esa preocupación sincera y efectiva por todos los miembros débiles y de ese amor con que acude en socorro de todas las necesidades.

En Italia, y como respuesta a la consigna del Papa por un mundo mejor, se ha establecido ya en algunas parroquias una organización especial que tiene como fin principalísimo la práctica de la caridad, y que con el anagrama de F. A. C., está actuando con notable fruto.

Este es el primer paso, el más sencillo y el más eficaz, para interesar a todos los fieles en los problemas comunes y para despertar en ellos el espíritu de solidaridad propio de los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Si consiguiéramos este primer objetivo sería fácil después enrollar a los fieles en el movimiento de transformación espiritual que se ha de realizar en todas las parroquias.

Es evidente que la caridad cristiana no ha de limitarse a remediar las necesidades materiales. Hay otras necesidades de orden espiritual que reclaman también nuestra preocupación y nuestro esfuerzo. La caridad nos obliga a amar a nuestros prójimos tal como son. Y los hombres son cuerpo y espíritu; tienen necesidades materiales y espirituales. Necesitan pan, vivienda, medicinas. Pero necesitan también cariño, consuelo, ayuda y protección. Y necesitan la fe y la gracia. La caridad nos ha de obligar a remediar todas esas necesidades en la medida de lo posible. Las obras de misericordia espirituales y corporales que nos recuerda el catecismo nos señalan claramente el campo vastísimo en que debe actuar la verdadera caridad.

3.º "Bien calculadas las fuerzas disponibles"

Vasto es el campo que se presenta ante nuestros ojos. Intensa y extensísima, la labor que hemos de realizar. Es natural, por lo tanto, que valoremos justamente los medios de que disponemos para tarea tan importante. Es necesario que antes de emprender la batalla sepamos con claridad las fuerzas que tenemos disponibles para llevarla a cabo con garantías de éxito.

Y es excusado decir— aunque nunca

se insistirá bastante en ello—que en el plano parroquial nada puede hacerse sin el párroco. Mejor dicho, nada puede ni debe hacerse que no esté encauzado, dirigido e impulsado por el párroco. El párroco es la cabeza de la comunidad parroquial. Es quien en nombre y con la autoridad del Obispo rige aquella porción diocesana.

Si el párroco no se convence previamente de la necesidad de esta actuación, es inútil—quizá contraproducente—cuanto se realice en la parroquia. No basta que lo quiera el Obispo y aun que lo mande. No basta que los organismos diocesanos den normas y orientaciones concretas. No basta que los demás elementos de la parroquia estén interesados en esta labor y aun que existan elementos magníficos que se apresten a realizarla. Sin el párroco, prácticamente, ni se hace nada ni debe hacerse nada.

Son los párrocos, pues, quienes deben calcular las fuerzas de que se dispone para llevar a cabo esta obra. A ellos dirijo principalmente estas reflexiones.

A) El clero parroquial

Hay parroquias con varios sacerdotes: coadjutores, beneficiados, adscritos. Y es evidente que los sacerdotes del clero diocesano han de ser los primeros y más íntimos colaboradores del párroco en la realización de esta campaña. Los coadjutores, por su mismo cargo, están obligados a ayudar al párroco y a colaborar en la labor parroquial. Los beneficiados y los demás sacerdotes lo están por razón de su mismo sacerdocio. Sin olvidar que tal como están constituidas nuestras comunidades de beneficiados—su título es “Comunidad de Beneficiados Coadjutores”—, tienen también éstos una peculiar obligación, por razón de su beneficio, de ayudar en las tareas parroquiales.

Pero no es ésta una cuestión que se ha de resolver jurídicamente, ni es la obligación del cargo la que yo quisiera urgir principalmente. Porque el sacerdote, por sí mismo, nos hace ministros oficiales de la Iglesia, dispensadores de los misterios de Dios, mediadores entre Dios y los hombres. Un sacerdote, por el mero hecho de serlo, aunque no tenga cargo parroquial ninguno, no puede mirar con indiferencia aquellas cosas y aquellas empresas que se refieren a la mayor gloria de Dios y a la santificación de las almas. El celo es una virtud que se impone al sacerdote en razón de su mismo sacerdocio.

Y cuando el Papa llama a todos los católicos y aun a todos los hombres de buena voluntad a una empresa tan importante, es evidente que los sacerdotes han de ser los primeros en acoger su iniciativa y en secundarla con todo entusiasmo. Sería escandaloso para los fieles que el párroco urgiese a los seglares esta actuación y los sacerdotes permaneciesen al margen de la misma, siendo un positivo estorbo—lo son necesariamente cuando no colaboran—para que esta obra se realizase.

Para conseguirlo es necesario que todos los sacerdotes que actúan en la misma parroquia estén íntimamente compenetrados y que todos secunden las iniciativas y las directrices del párroco. El celo sacerdotal que no discurre por los cauces señalados por quien tiene la obligación de dirigir es ineficaz, cuando no contraproducente. Ojalá todos los sacerdotes estuviesen unidos entre sí por el vínculo de una verdadera amistad, ambiente el más propicio para

conseguir la perfecta inteligencia entre ellos.

El párroco, evidentemente, ha de llevar la iniciativa para que se dé esa comprensión. El es quien ha de crear el clima de inteligencia y ha de fomentar la amistad entre los sacerdotes. El cumplimiento de la constitución sindical a que hice referencia anteriormente puede ayudarle para ello.

Todos los demás sacerdotes han de tener la convicción de que nada o muy poco se puede conseguir con grupitos aislados que se están interfiriendo continuamente. La experiencia es muy elocuente a este respecto. Y que, por lo tanto, si quieren hacer una labor positiva y quieren cumplir con su deber sacerdotal, deben entenderse con sus compañeros y deben sujetarse de buen grado a la autoridad y a la dirección del párroco.

No puede haber en la parroquia más que un solo director; una sola cabeza. Mayormente cuando el Papa está reclamando la acción conjunta de todos los cristianos como medio indispensable para conseguir las finalidades que se proponen.

B) Los religiosos

Razones muy explicables han hecho que hasta ahora no nos acabemos de entender los sacerdotes diocesanos y los religiosos en orden a la actuación apostólica.

Los religiosos son exentos. No dependen de la autoridad del párroco ni aun de la autoridad del Obispo en muchas cosas. Y no cabe duda de que esto es un bien—por eso lo ha establecido la Iglesia—, porque permite, por ejemplo, la especialización de las distintas órdenes religiosas y los hace particularmente aptos para ciertas actividades que no podrían realizar los sacerdotes diocesanos incardinados a una diócesis determinada. Pero, como todas las cosas humanas, tiene también sus peligros. Y la coordinación práctica de las actividades de sacerdotes y religiosos encuentra no pocas dificultades, como nos enseña la experiencia.

Y no es sólo ni aun principalmente el amor propio de unos y otros el que crea esas dificultades, como muchos podrían creer. Hay razones apostólicas, muy dignas de tenerse en cuenta, incluso razones económicas, que no pueden despreciarse, que las explican fácilmente.

Sin embargo, nadie duda de que los religiosos constituyen una fuerza considerable en la Iglesia y que en el ámbito parroquial realizan una labor magnífica. Y que la falta de inteligencia y compenetración entre ellos y nosotros resta muchísima eficacia a la labor de todos.

¿Cómo utilizar esta fuerza extraordinaria para la empresa que nos proponemos y para la vida y actuación de la comunidad parroquial? Y yo creo sinceramente que se trata de un problema de comprensión y de buena voluntad. Comprensión para entender las cosas recta y justamente y para hacerse cargo de muchos detalles. Buena voluntad para sacrificar particulares puntos de vista en aras de un bien de orden superior.

Porque no es justo afirmar que los religiosos deben subordinarse al párroco, ni aun en las actuaciones apostólicas. Ellos tienen sus propios superiores, sus propias reglas, sus actividades apostólicas especiales. Ni tampoco, claro está, que el párroco deba subordinarse a los religiosos. No se trata de

una subordinación, sino de una coordinación y de una inteligencia mutua.

El párroco no debe oponerse ni ver con malos ojos que los religiosos creen sus propias organizaciones, aunque pudiera parecer que con ello se disminuyen las fuerzas. Por el contrario, debe ver con interés y debe favorecer la existencia de las organizaciones dirigidas por religiosos. Lo interesante no es que no exista más que una organización en la parroquia, sino que hay verdadera inteligencia y coordinación práctica entre las organizaciones existentes. Y esto puede conseguirse con relativa facilidad si hay buena voluntad en las dos partes.

Casi todos los conflictos que surgen en este aspecto obedecen a falta de comprensión. O no se entiende bien la posición de cada cual y se considera como atentado contra la propia autoridad o estorbo para las propias actividades lo que hacen los demás, o hay excesiva susceptibilidad o miras demasiado pequeñas que impiden ver el bien de carácter general.

Estos conflictos pueden desaparecer totalmente si nos lo proponemos con seriedad; y es necesario que desaparezcan. En alguna otra ocasión os he dicho que es mejor ceder en los propios derechos—la mayor parte de las veces no se tratará de verdaderos derechos, sino de lo que nosotros, por un exceso de amor propio, consideramos como tales—que permitir que cunda el recelo o que aparezca la división entre los que tenemos el deber de dar ejemplo de unidad.

Yo os aconsejaría, para solucionar este problema, que tuvierais reuniones periódicas los sacerdotes y religiosos para hacer conjuntamente los planes de carácter general, para dividir el trabajo y para establecer prácticamente la coordinación de todas las actividades. Los religiosos se prestarán, sin duda, a ello—conozco perfectamente su celo y su buena voluntad—, y en esas reuniones podría conseguirse fácilmente la inteligencia necesaria.

Ojalá pudiese existir una verdadera amistad sacerdotal entre unos y otros en el ambiente parroquial. La amistad es el clima más a propósito para conseguir la inteligencia y la compenetración entre todos.

Lo que no podéis perder nunca de vista es que los religiosos, tal como están organizados por voluntad de la Iglesia, son una fuerza poderosísima en el campo de la parroquia. Ni podéis prescindir de ellos, dejándoles al margen de esta movilización general, ni podéis consentir que las fuerzas actúen desconectadas y divididas. Es tan interesante esta unión en las circunstancias actuales y para el fin que tratamos de conseguir, que hemos de estar dispuestos a aceptar cualquier sacrificio para alcanzarla.

C) Las religiosas

Muchas veces nos quejamos de que las religiosas no dan en nuestras parroquias el resultado apetecido. Y no sé si caemos en la cuenta de la responsabilidad que tenemos nosotros—los sacerdotes—por este fallo que lamentamos.

Porque las religiosas son almas escogidas que se han dado totalmente a Dios al seguir su vocación, aceptando todos los sacrificios—renuncian por los votos a muchas satisfacciones legítimas y hacen oblación de lo que hay de más íntimo en la persona humana: la voluntad y hasta el propio criterio—, no tan

sólo para conseguir su propia santificación, sino para establecer en el mundo el reino de Jesucristo.

Almas así, cuando tienen, además, la fuerza que les da su organización en un instituto—con todas las ventajas que para su formación y para su actuación se derivan de este hecho—, pueden ser, evidentemente, elementos magníficos para la renovación espiritual del mundo.

¿Por qué algunas veces no dan todo el rendimiento que cabría esperar de ellas y no son un medio eficaz de santificación en la comunidad parroquial? Y yo creo sinceramente que la principal culpa la tenemos nosotros, los sacerdotes.

Las religiosas son por sí mismas, como he dicho, almas escogidas, selectas. Merecieron el don de la vocación. Respondieron con generosidad a ella. No podemos dudar de su buena voluntad, de su magnífica disposición, de su sinceridad en la entrega. Todo esto es fundamental, pero no basta.

Las religiosas necesitan una exquisita formación en orden a la santidad que han de conseguir y al apostolado que han de realizar. Esta formación se inicia en el noviciado. Allí se contrasta su vocación y se las inicia en el camino de la perfección religiosa, al propio tiempo que se las capacita para la actuación específica que después habrán de realizar.

Pero en el noviciado tan sólo puede iniciarse esa formación. Es necesario continuarla y completarla después. Y ha de continuarse cuando ellas, dejando el noviciado, forman parte de las comunidades que actúan en nuestras parroquias. ¿Y quién les ha de dar entonces esta formación si no es el párroco o algún otro sacerdote o religioso de la misma parroquia? Por eso nosotros, los sacerdotes, tenemos en ello una gran responsabilidad.

Durante la visita pastoral me he pedido dar cuenta de un hecho que es casi general en toda la diócesis: las religiosas, espiritualmente, están mal atendidas. No oyen otra predicación, generalmente, que la de la parroquia cuando asisten a misa los domingos aquellas que no tienen misa en casa. Predicación propia para ellas no la tienen, en general.

En las parroquias en las que existe la Acción Católica se practica con bastante regularidad el retiro mensual para sus miembros. Y los sacerdotes dirigen en él la meditación, la plática y el examen. Y esto me parece muy bien. Pero ¿es justo que las religiosas tengan que celebrar solas su retiro mensual, sin que ningún sacerdote les haga ni una sola plática? Y esto es lo normal. ¿Es que los miembros de Acción Católica, aunque sean también almas más o menos selectas, merecen una preferencia tan señalada sobre las religiosas? Y los sacerdotes que creieran no cumplir con su deber si descuidasen esa predicación especial para los socios de esas organizaciones apostólicas, no tienen conciencia de su deber con respecto a las religiosas, que son—objetivamente—los mejores elementos que tienen en la parroquia.

Nos quejamos, quizá, de que las religiosas no tienen espíritu parroquial. Pero ¿es que el párroco mantiene una relación íntima con ellas y procura formarlas en ese espíritu, al propio tiempo que procura favorecerlas en cuanto pueda para que ellas se sientan vinculadas a la parroquia y al párroco?

Nos quejamos también de que las re-

ligiosas no están siempre a la altura de los momentos actuales en su tarea educadora. Pero ¿es que nosotros nos preocupamos de orientarlas, haciéndoles ver las necesidades actuales y facilitándoles los medios para que puedan desarrollar su labor pedagógica tal como los tiempos están exigiendo?

Nos quejamos de que las religiosas no sientan entusiasmo por la Acción Católica y no nos ayuden como deberían en esa labor. Pero ¿nos hemos preocupado nosotros de hablarles de este tema, haciéndoles ver el interés de los Papas por el apostolado de los seglares, y hemos procurado que las organizaciones de Acción Católica no sean un estorbo para el colegio, sino un medio para vitalizarlo?

Es una lástima, amadísimos hermanos sacerdotes, que no sepamos utilizar esa fuerza extraordinaria que la Iglesia pone en nuestras manos. Y no os quepa duda que depende de nosotros el que la podamos aprovechar. Si nosotros sentimos la responsabilidad de su formación y procuramos cultivar las comunidades que existan en nuestra parroquia, podríamos encontrar en ellas auxiliares valiosísimos.

Y no olvidemos que necesitamos de las religiosas. Necesitamos, ante todo, de su oración y sacrificio. Ellas—las de vida contemplativa principalmente, pero también las de vida activa—hacen la parte de María en la Iglesia de Cristo. Y María "*optimam partem elegit*". Si Pío XI pudo declarar a Santa Teresita del Niño Jesús—una religiosa de clausura—Patrona de las misiones, bien podemos comprender la eficacia que puede tener la oración y la inmolación continua de las religiosas para el fruto de nuestra labor apostólica.

Pero necesitamos también de su colaboración—no sé si nos hemos dado cuenta exacta de este aspecto y le hemos concedido la importancia debida—para la formación de las niñas y de las jóvenes. Porque esta formación es difícil y peligrosa para nosotros. El mismo Papa nos lo advierte, y nos recomienda que en las asociaciones piadosas femeninas el sacerdote limite su actuación a lo **estrictamente sacerdotal**. Y la razón es evidente. La relación frecuente e íntima con las jóvenes, que es necesaria para formarlas convenientemente, es peligrosa para el sacerdote y puede producir escándalo en los fieles.

Las religiosas dirigidas por nosotros podrían ayudarnos eficazmente en esta labor. Ellas podrían ser instrumentos nuestros para ello. Pero haría falta para conseguirlo que nosotros nos preocupáramos seriamente de la formación de las religiosas y que las orientásemos para que puedan cumplir esa delicada misión.

D) Las almas consagradas a Dios en el mundo

El Espíritu Santo tiene una providencia especialísima sobre su Iglesia. En cada momento le inspira los medios más a propósito para que pueda cumplir con acierto y eficacia su misión santificadora. Y esta asistencia del Espíritu Santo se manifiesta de una manera clarísima en la evolución que se ha ido produciendo en la Iglesia, a través de los tiempos, en los estados de perfección.

Hoy han surgido los Institutos Seculares. Son, podríamos decir, la flor más reciente del árbol de la Iglesia. Los que pertenecen a ellos se consagran a Dios con los votos, pero siguen vivien-

do y actuando en el mundo. A cualquiera se le alcanza la importancia que este detalle puede tener, en las presentes circunstancias, para determinadas actuaciones dentro de la comunidad cristiana.

Pero no existen, por ahora, Institutos Seculares en nuestra diócesis y no hace falta, por lo tanto, que me entretenga en hacerlos ver la importancia que tienen. Aunque conviene que todos nos demos cuenta de lo que significan y del bien que pueden hacer para que, lejos de mirarlos con prevención y con recelo—somos muy dados a mirar con prevención lo que tiene carácter de novedad—, les abramos nuestros brazos y nuestro corazón, facilitando su nacimiento entre nosotros.

Quiero, sin embargo, llamar vuestra atención sobre otro fenómeno que está iniciándose—también en nuestra diócesis se da algún caso—, y que conviene tenerlo en cuenta al hacer el recuento de fuerzas. Se trata de un estado de consagración a Dios con el voto de castidad y la promesa de una especial obediencia a la autoridad eclesiástica, realizada por almas que siguen viviendo en el mundo y que o hacen su consagración solamente provisional—limitada, por ejemplo, a una época de la vida: la juventud—o que, aun haciéndola para toda la vida, ni se ligan con el voto de pobreza ni forman parte de ningún Instituto Secular.

No cabe duda que almas así pueden penetrar más fácilmente en todas partes y mezclarse fácilmente con todos, y que con su ejemplo de fidelidad absoluta al Señor y de sujeción total a la autoridad eclesiástica, podrían ser de suma utilidad para renovar una parroquia; serían la "levadura" que, mezclada con la masa, la fermenta toda.

Por experiencia os puedo asegurar cuán útil es que en una organización determinada—la Acción Católica, por ejemplo; en esa obra hice yo la experiencia—exista un grupo de almas de esta clase que estén incondicionalmente a las órdenes del párroco o del consiliario y que con su ejemplo arrastren a las demás al cumplimiento de sus deberes como miembros de dicha organización. De la misma manera podría ser utilísimo un grupo de almas consagradas a Dios para la eficacia de la actividad parroquial.

Y estoy convencido de que esto no es difícil de conseguir en muchas de las parroquias de nuestra diócesis. Ya han apuntado los primeros indicios, como os decía, y fácilmente podría conseguirse una floración espléndida si los sacerdotes se lo proponen.

El párroco, para realizar la obra que tiene encomendada, necesita de personas de absoluta confianza. Estas almas consagradas a Dios, aunque sea de una manera provisional y limitada, podrían ser sus mejores auxiliares.

E) La Acción Católica

Entre las fuerzas seglares con las que debemos contar para esta tarea ocupa el primer lugar, por voluntad del Romano Pontífice, por su propia naturaleza y por las características de su organización, la Acción Católica.

La voluntad del Papa es clarísima. La ha manifestado en repetidas ocasiones. En los mismos discursos a que hice referencia anteriormente, al hablar de la comunidad parroquial, insiste el Papa en que "hay que contar, ante todo, con los miembros de la Acción Católica, cuyas cuatro Ramas Nos desea-

mos vivamente que no falten en ninguna parroquia”.

La naturaleza de la Acción Católica, establecida por los Romanos Pontífices para conseguir, ante todo, la formación exquisitamente cristiana de sus propios miembros e impulsarlos después al apostolado, nos dice que es el gran medio para disponer de elementos bien preparados para la labor que pretendemos desarrollar. En la Acción Católica, además, caben todos los cristianos de cualquier edad y condición, ya que la división de sus Ramas por edad y sexo a nadie excluye y puede proporcionarnos elementos preparados en cada uno de los sectores que se deben renovar.

Su organización, al adaptarse totalmente a la organización básica de la Iglesia: por diócesis y por parroquias facilita enormemente la utilización de esas fuerzas que en la diócesis dependen directamente del Obispo y en la parroquia del párroco, que son necesariamente los que han de llevar la dirección de esta empresa.

Dos obligaciones tenemos—los párrocos principalmente—a este respecto: establecer la Acción Católica en las parroquias en las que no exista y formar convenientemente a sus miembros para que puedan rendir después cuando necesitemos su colaboración.

Respecto al primer deber, ya habéis visto que es deseo vivo del Papa que las cuatro Ramas se establezcan en todas las parroquias. Comentando un documento pontificio, ya os dije yo en otra ocasión que no había una sola parroquia en nuestra diócesis en la que no pudiesen establecerse al menos dos de las cuatro Ramas. El hecho de que existan ya en algunas parroquias rurales de nuestra diócesis, de escasísimo vecindario y de casas diseminadas, centros parroquiales masculinos y femeninos de Acción Católica rural, es una prueba evidente de que incluso en esa clase de parroquias—las más difíciles—puede cumplirse la voluntad del Papa.

En cuanto a la formación de sus miembros, basta con que sigáis las orientaciones que dan oportunamente los organismos diocesanos, ya que ellos, conociendo la realidad de la diócesis, facilitan los medios adecuados para conseguirla.

F) Otras organizaciones

La Acción Católica es la obra que podríamos llamar fundamental para conseguir la colaboración de los seglares. No es, sin embargo, la única. Ni puede admitirse que con la Acción Católica ya no tienen razón de existir las otras asociaciones piadosas y de apostolado.

“*Spiritus ubi vult spirat*”. Y lo cierto es que el Espíritu Santo ha suscitado en su Iglesia multitud de obras de seglares—cada una con sus características propias—, que en el transcurso de los tiempos han realizado una labor muy notable, tanto al intensificar la piedad de sus propios miembros como al fomentar los actos de culto, las obras de beneficencia y las mismas actividades apostólicas.

Ni puede decirse que al cambiar las circunstancias de los tiempos esas obras hayan quedado desplazadas y deban ceder el paso a las organizaciones modernas. Así como la aparición de los institutos seculares no supone que hayan de desaparecer las órdenes y congregaciones religiosas que ya existían

—todas son convenientes y hasta cierto punto necesarias—, así la organización actual de la Acción Católica no excluye ni hace superfluas a las demás organizaciones de seglares que hasta ahora han actuado en el campo de la piedad y del apostolado. Muchas de esas obras atesoran experiencias preciosas—recogidas durante su vida secular—y todas ellas fomentan una devoción especial o una actividad concreta no sólo dignas de elogio, sino importantísimas también para el fin que nos proponemos.

Podríamos decir de ellas que son como armas especializadas dentro del ejército de la Iglesia. Y la especialización es convenientísima, mayormente cuando esta renovación total de la vida cristiana presenta distintos aspectos y muy diversas tareas para las que se requieren grupos especializados.

Claro está que tampoco sería conveniente una atomización excesiva de fuerzas, particularmente en las parroquias poco populosas. Pero en las parroquias mayores yo me atrevería a decir que la diversidad de organizaciones no sólo es conveniente, sino necesaria.

Lo interesante será ensamblar todas esas fuerzas para una actividad común. De eso trataremos al hablar del encuadramiento de fuerzas. Pero no cabe duda que el párroco no puede olvidar a esos grupos de cristianos escogidos que forman parte de las Terceras Ordenes y de las demás asociaciones piadosas, ya que ellos pueden y deben ser elementos muy valiosos para esta empresa.

En todas nuestras parroquias existen algunas de estas asociaciones de seglares. Nos encontramos, pues, con un hecho que hemos de reconocer. Nuestra misión será vitalizarlas y convertirlas en una parte del ejército general.

G) Colaboradores individuales

Cuando el Romano Pontífice dice a los párrocos de Roma que “junto a la Acción Católica habían de desplegar las demás asociaciones”, añade: “sin olvidar a aquellos a quienes no suele gustar organizarse, pero que pueden, con todo, prestar valiosos servicios al párroco que sepa emplearlos en acciones individuales o en obras de apoyo”. Esta sugerencia del Papa nos presenta otra fuerza estimable con la que también debemos contar.

En todas las parroquias existen personas de esta clase: son buenas, tienen cualidades y hasta prestigio dentro de su profesión, pero no se avienen a formar parte de la Acción Católica ni aun—al menos como elementos activos—de las otras organizaciones piadosas. Y ordinariamente, estas personas suelen quedar al margen de todas nuestras actividades.

El Papa quiere que utilicemos todas las fuerzas posibles y que nos esforcemos para que nadie quede al margen de esta movilización general.

Es verdad que con estas personas no podremos contar de una manera permanente y quizá no acepten el yugo de una organización, pero muchas de ellas se prestarían con gusto para alguna actuación esporádica e incluso para algún servicio profesional. ¿Por qué no hemos de utilizarlas en el plan en que ellas se presten a hacerlo? Prescindiendo de ellas las alejamos cada vez más del ambiente y de los problemas de la comunidad parroquial. Utilizándolas alguna vez, a más del servicio que

podrían prestarnos, quizá pudiésemos conseguir que mirasen con cariño aquellas actividades en las que ellos ejercen alguna influencia para terminar entusiasmandose con las actividades parroquiales.

Existen también otras personas que difícilmente darán su nombre a la Acción Católica o a otra asociación piadosa, pero que fácilmente formarían parte de una organización deportiva, cultural, artística, que podrían ser obras magníficas de proyección apostólica. ¿Por qué no aprovechar también estos elementos, ya que en las actuales circunstancias la parroquia habrá de preocuparse también de esas cosas si quiere realizar una labor eficiente y completa?

La misión del párroco es atraer a todos sus feligreses hacia la comunidad parroquial y utilizarlos a todos de la manera que le sea posible, particularmente a los que por sus cualidades pueden ejercer alguna influencia en el ambiente social.

No olvidemos tampoco a los enfermos cuando tratemos de conocer las fuerzas disponibles. La oración de los enfermos tiene un valor extraordinario porque va acompañada del sufrimiento. Su resignación tiene un mérito indiscutible en la presencia de Dios. Los enfermos constituyen una fuerza positiva del ejército parroquial. Obligación nuestra es formarlos y atenderlos esmeradamente para que nos ayuden en la empresa que llevamos entre manos.

No hay nadie inútil en la Iglesia de Dios. Todos pueden hacer algo en el campo del padre de familias. Lo interesante es que nosotros nos convenzamos de ello y sepamos preparar esas fuerzas para que den el máximo rendimiento.

Este recuento de fuerzas, aunque ligeramente esbozado, es suficiente para alentar nuestra confianza. Mucho es lo que tenemos que hacer. Pero no nos faltan medios para hacerlo. Numeroso es el ejército del mal. Numeroso y aguerrido. Pero también es numeroso el ejército del bien y de nosotros depende el que sea aguerrido.

Hasta ahora, diréis, escaso es el fruto que hemos conseguido, a pesar de disponer de tantos medios. Pero ¿no será porque, convencidos de que en nuestra tierra había sembrado buen trigo, nos hemos dormido los que teníamos la obligación de vigilar—como los criados de la parábola—, dejando el campo libre a nuestros enemigos para que sembrasen la cizaña? ¿No será porque hasta ahora no hemos sabido emplear con acierto esas fuerzas que estaban a nuestra disposición?

Podemos ser optimistas. Debemos serlo por cristianos, por españoles y por pertenecer a esta diócesis de Solsona. Nuestros fieles reaccionarán fácilmente si nos lo proponemos seriamente, como han reaccionado siempre que nosotros hemos sabido trabajar una campaña con afán. Contamos con muchos elementos en nuestra diócesis para realizar la consigna del Papa.

Es verdad que no en todas las parroquias existirán todos los grupos de fuerzas que hemos reseñado y que en cada una tendrán éstos sus características propias. Por eso el Papa nos pide que calculemos bien las fuerzas disponibles antes de emprender la batalla. Y es el párroco quien habrá de estudiar el caso de su propia parroquia para hacer el recuento de fuerzas.

Porque hemos de confiar en la ayuda

de Dios. Y es verdad que con su ayuda lo podemos todo. Pero no hemos de ser imprudentes ni temerarios. No hemos de descuidar los recursos humanos ni hemos de esperar el milagro. Hemos de conocer con la mayor exactitud posible los medios de que disponemos para actuar con garantías de éxito.

“Lo mejor es enemigo de lo bueno”, dice el refrán. Y no conviene que perdamos de vista este aforismo. Porque si nos empeñamos en conseguir lo mejor sin contar con los medios suficientes, nos exponemos a no conseguir lo bueno.

La renovación total de la vida cristiana ha de ser la meta última que nos proponamos. Pero hemos de llegar a ella por partes, según los medios de que dispongamos. Quizá hayamos de empezar por un objetivo parcial, si de momento no contamos con fuerzas para otra cosa. La consecución de este primer objetivo ensancharía nuestro campo de acción para ir acercándonos poco a poco a la meta.

El párroco, pues, debe conocer íntimamente a sus colaboradores. Debe conocer a los que podrían colaborar, aunque de momento no lo hagan. Debe calcular exactamente las fuerzas con que cuenta. Sin pesimismo, pero sin optimismos exagerados. Conociendo exactamente la realidad es como podrá elaborar el plan de renovación de su parroquia. Los pasos que dé para conseguirlo serán firmes. Y paso a paso se llega al final.

4.º Encuadramiento y empleo de fuerzas

El Papa no deja nada al azar. No se fia de las improvisaciones. Buen estratega, quiere que estén prevenidos hasta los más mínimos detalles.

Una vez conocidas las fuerzas disponibles hemos de “encuadrarlas hábilmente y hemos de emplearlas con acierto”. Y esto supone una labor previa que el mismo Romano Pontífice se encarga de precisar: “Descubiertas y conocidas las fuerzas auxiliares—dice a los párrocos de Roma—será preciso formarlas.”

Porque no debemos hacernos ilusiones. Nuestros fieles tienen buena voluntad. Nos han dado prueba de ello en muchas ocasiones. Pero apenas si tienen nada más que buena voluntad. Su formación cristiana deja mucho que desear, como indicaba anteriormente. Y la formación que podríamos llamar técnica en orden al apostolado es prácticamente nula. No están preparados, por lo tanto, para actuar eficazmente.

Y su formación depende de nosotros. Nosotros somos los únicos que podemos darles la formación cristiana que necesitan y orientarles en el ejercicio del apostolado. Esta es, no lo dudamos, nuestra primera obligación con respecto a los que han de ser nuestros colaboradores.

“Y aquí es necesario advertir, dirá el Papa, que no es tiempo perdido el que se emplea en preparar e instruir a los propios colaboradores.”

Hasta ahora quizá no hayamos dado la importancia debida a esta labor. Hemos creído que no podíamos dejar las otras ocupaciones de nuestro cargo para dedicarnos a esta tarea que casi considerábamos inútil. Sin darnos cuenta de que la falta de formación de los católicos seculares, particularmente de los militantes, nos ha hecho fracasar muchas veces y ha sido una causa de desaliento.

Creíamos que bastaba reunir a un grupo de jóvenes, hacerles ver la necesidad y hasta la urgencia del apostolado, presentarles algunos objetivos interesantes, para que aquellos jóvenes se lanzasen a la acción con eficacia y acierto. Y al no resultar así hemos concluido que no podía hacerse nada con ellos o que era inútil intentar nada serio en nuestra parroquia. Y hemos dejado por imposible lo que ni siquiera habíamos planeado en serio.

¡Juzgábamos que era bastante que un grupo de hombres practicasen los ejercicios espirituales en retiro para que después colaborasen con nosotros en las actividades parroquiales, pero sin preocuparnos de su organización posterior ni casi de su perseverancia. Y al ver que la mayor parte de ellos no se prestaba fácilmente a colaborar en nuestras empresas, que incluso algunos volvían a los pocos meses a su nivel de vida anterior, hemos concluido que no podía hacerse nada con los hombres, cuando en verdad no habíamos puesto los medios para conseguirlo.

Si algunos sacerdotes, después de doce años de seminario, en el que reciben una intensa formación intelectual, espiritual y apostólica, no rinden siempre lo que cabría esperar, ¿podemos extrañarnos de que apóstoles improvisados, sin apenas ninguna formación, no sepan o no quieran trabajar en cosas que exigen no poco sacrificio?

“Esta formación, me diréis, exige un tiempo precioso que necesitamos para otros ministerios.” Prácticamente, además, dicen no pocos sacerdotes, la Acción Católica, con sus círculos de estudio y demás actos formativos, es una carga más que una ayuda para el sacerdote. Y no negaré yo que es mucho más cómodo ir tirando, haciendo cada cual lo que buenamente pueda, que buscarse colaboradores y formarlos para emprender obras de más envergadura, y que al principio estas obras dan más preocupaciones y trabajo que ayuda. Sin embargo, los momentos presentes exigen de nosotros algo más que una acción ministerial rutinaria. Y estad seguros de que esa carga que acepta voluntariamente el sacerdote—al preocuparse de la formación de sus colaboradores—multiplicará después sus posibilidades.

El mismo Papa dice: “Los que os han de ayudar en el apostolado no se pueden considerar como un peso, si no es comparándolo al peso de las alas; que no estorban los movimientos, antes los facilitan.” Apelo al testimonio de los sacerdotes que han perdido unos años dedicándolos seriamente a la formación de grupos de apóstoles en su parroquia. Ellos saben cuántas cosas han podido realizarse después—gracias al tiempo perdido—que antes hubieran parecido un sueño.

Decir que es perder el tiempo dedicarse a la formación de los colaboradores sería afirmar que la Iglesia pierde el tiempo teniendo a sus futuros sacerdotes en el seminario antes de cargarles el ministerio pastoral y aun exigiéndoles después que completen su formación; que los Estados pierden el tiempo enseñando la instrucción a sus soldados y abriendo academias militares para los jefes del Ejército. Esto sería negar el principio de causalidad que nos dice que todo efecto necesita una causa proporcionada y que el instrumento ha de ser apto para lo que se quiere realizar.

¿Cómo ha de ser esta formación? El Papa señala tres aspectos que no

podemos olvidar en la práctica: el de las virtudes humanas, el de la formación intelectual y el de la formación espiritual.

El orden sobrenatural no destruye el orden natural. La gracia se adapta a la naturaleza. El cristiano supone al hombre. “No se debe descuidar, dice el Papa, su formación humana, tanto más cuanto que un desarrollo completo de las dotes naturales, lejos de estar en oposición con el heroísmo de las virtudes, hace más fácil y aun más eficaz la acción apostólica.”

Es importantísimo, por lo tanto, que fomentemos en los católicos militantes las virtudes naturales o humanas: la sinceridad, la honradez, la generosidad, la delicadeza. Es importantísimo que cultivemos en ellos las cualidades naturales que Dios les ha dado: simpatía, talento, elocuencia. Es importantísimo que quienes trabajan en obras de apostolado sean también humanamente los mejores: los más viriles, si son hombres; los más alegres y entusiastas, si son jóvenes; las más femeninas y delicadas, si son mujeres; los más capacitados en su profesión y los que mejor cumplan sus deberes profesionales.

Hoy, que se da un valor extraordinario a esas virtudes y cualidades humanas, no podemos descuidarlas nosotros. Los apóstoles seculares las necesitan porque serán ellas las que les darán prestigio y las que les abrirán muchas puertas, facilitando en gran manera su actuación apostólica.

“Tendréis especial cuidado—continúa el Papa—de la formación intelectual de vuestros colaboradores, procurando en particular que tengan ideas claras mediante un conocimiento verdaderamente profundo de la religión. Bien sabéis cuánta necesidad hay hoy de quien sepa hablar, aun en público, para iluminar a tantas mentes y para defender a la Iglesia de los ataques, que no es raro oír en todas partes: en los comercios, en las oficinas, en las fábricas, en las calles.”

Ya he hablado anteriormente de la necesidad de esta formación y no hace falta que insista ahora sobre ella.

Creo necesario, sin embargo, señalar un aspecto de la misma que tiene mucha importancia en nuestros días. No sé si os habréis dado cuenta de que se está fomentando no sólo en nuestra diócesis, sino en toda España, un anticlericalismo peligroso. Anticlericalismo que tiene dos vertientes: la de los que censuran a la Jerarquía de la Iglesia porque no interviene como debiera en los problemas humanos: cuestión social, etc., y juzgan esta conducta como una cobardía colectiva de la Jerarquía española que no se atreve a enfrentarse con situaciones de hecho—posición que mantienen también no pocos católicos extranjeros—; y la de los que en el extremo opuesto censuran a la Jerarquía porque habla en sus pastorales de esas cuestiones humanas, ya que ella, dicen, tiene una misión sobrenatural y no tiene por qué inmiscuirse en las cuestiones de orden natural y humano; postura que es una consecuencia del espíritu liberal del siglo pasado.

Lo cierto es que esta psicosis de recelo y de crítica contra la Jerarquía—contra los sacerdotes—va cundiendo cada día más entre los católicos por falta de una formación adecuada, con las consecuencias lamentables que son fáciles de prever. No podemos olvidar este detalle al hacer esta formación.

“Pero sobre todo—termina el Papa—, cuidad de su formación espiritual. Re-

vestidos de Jesucristo, nutridos de El, haced de su Corazón divino el modelo en quien se inspiren sus pensamientos, sus afectos, sus querer, sus palabras y sus obras. Haced que el corazón de ellos se abandone en Jesucristo y en los brazos de su celestial Madre, María."

Si los seglares han de colaborar con nosotros en empresas de orden sobrenatural, es evidente que lo primero que necesitan es vivir intensamente la vida sobrenatural. Tan sólo así sentirán el celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas y aceptarán gozosos todos los sacrificios que les exija la práctica del apostolado.

Y ésta ha de ser nuestra principal preocupación. Cuando uno vive íntimamente unido a Cristo, comparte sus deseos y se apercebe a cumplir su voluntad. La unión con Cristo es indispensable para sentir ansias de apostolado y para dedicarse a él con verdadero entusiasmo.

Las distintas fuerzas de un ejército, debidamente instruidas y formadas, han de organizarse adecuadamente para que todas contribuyan a la consecución del objetivo común. También los distintos grupos de fuerzas auxiliares, debidamente formadas, habrán de ocupar el puesto que les corresponda en esta movilización general. Este detalle es interesante, porque del encuadramiento hábil de las fuerzas depende en gran parte su rendimiento.

Esto plantea, ante todo, un problema: ¿Quién ha de hacer ese encuadramiento de fuerzas en el plano parroquial, de tal suerte que señale a cada grupo lo que debe hacer y trace, al propio tiempo, el plan de conjunto para que todos concurren armónicamente a la consecución del fin?

Y éste es, a mi juicio, el problema básico en orden a la eficacia de esta empresa que hemos de realizar y el más desatendido e ignorado hasta ahora.

El párroco ha de ser, ya lo he dicho anteriormente, la cabeza de la comunidad parroquial. El ha de llevar, por lo tanto, la dirección suprema de todas las actividades parroquiales. Pero el párroco solo no puede hacerlo todo, ni aun en un plan de dirección. Necesita colaboradores.

Sus primeros colaboradores habrán de ser los sacerdotes y religiosos que estén al frente de las organizaciones de Acción Católica y de las asociaciones piadosas. Periódicamente debería reunirse el párroco con estos sacerdotes y religiosos para estudiar con ellos las necesidades de la parroquia, para hacer un avance del plan de actuación y para enfocar todos los problemas desde el punto de vista sacerdotal.

Pero esta Junta—la compuesta por el párroco, sacerdotes y religiosos—no es todavía el estado mayor del ejército que se debe movilizar. Es natural que en éste tengan también alguna intervención los seglares. Tanto para hacer el plan concreto de actividades como para dividir después el trabajo, es necesario que se oiga a los representantes de todos los organismos y que se tenga en cuenta el parecer y la experiencia de los seglares, quienes, por estar en más íntimo contacto con el mundo, conocen mejor las exigencias del momento.

Algunos llaman **Secretariado Parroquial** a ese estado mayor de las fuerzas católicas de una parroquia. Y señalan a ese Secretariado unas funciones específicas. Para no complicar las cosas, yo creo que puede servir magníficamente para ello la **Junta Parroquial de Acción Católica**, concibiéndola tal como

debe ser, no como ha funcionado hasta ahora en algunas parroquias.

La Junta Parroquial está presidida por el párroco, acompañado por los consiliarios de Acción Católica y directores de asociaciones piadosas. De ella deben formar parte los presidentes de los cuatro Centros parroquiales de Acción Católica y los de las demás asociaciones piadosas. Aun convendría que formasen parte de la misma algunos seglares escogidos que por sus cualidades puedan prestar una cooperación valiosa. En ella—así concebida y realizada—están todos los elementos precisos para que puedan estudiarse con acierto las necesidades de la parroquia, puedan concretarse las metas que se han de conseguir y pueda hacerse una prudente división del trabajo entre todos los elementos de que se pueda disponer y que están en ella representados.

Este encuadramiento de fuerzas no debe hacerse en menoscabo de la autonomía de cada una de las obras ni olvidando sus características específicas. No se trata de unificar, sino de coordinar. Y esta división del trabajo debe hacerse sin miras personalistas, atendiendo a las posibilidades de cada grupo y al fin que se pretende conseguir. No olvidando que cada actividad concreta necesita un responsable. Y que si hay uno que dirija con responsabilidad, hay que darle la autoridad necesaria y hasta "un margen suficiente—como escribe el Papa—para el desarrollo de su espíritu de iniciativa, lo cual los hará más alegres, más ardientes y más dispuestos a colaborar con vosotros".

En el plan general que se proponga debe hacerse una distribución de trabajo permanente, de tal suerte que cada obra sepa cuál haya de ser su tarea dentro de la comunidad parroquial. Cuando se trate de una actividad especial, podrán emplearse las fuerzas según las necesidades del momento.

Las fuerzas encuadradas hábilmente han de emplearse con acierto. Y para ello hay que atender a las sugerencias de los mismos seglares.

La organización de la Acción Católica—apostolado de seglares—ha dado a éstos una mayor personalidad y una mayor intervención en estos problemas. En la Acción Católica los seglares tienen verdaderas funciones de dirección. Y no cabe duda de que esta responsabilidad que se ha dado a los seglares, mantenida dentro de sus justos límites, ha sido una de las razones de la eficacia de esta nueva forma de apostolado.

Nos hemos de convencer de que los seglares, si bien es verdad que forman parte de la Iglesia discente y nunca tendrán funciones mediadoras, exclusivas del sacerdote, no por eso han de limitarse a una función meramente pasiva. Y que cuando toman conciencia de su responsabilidad como miembros del Cuerpo místico de Cristo, pueden ayudarnos muy eficazmente en todas las actividades que pretendan tener una influencia social.

Nosotros, los sacerdotes, corremos un peligro en este aspecto. Sabemos que en el orden doctrinal somos maestros indiscutibles. Y nuestro magisterio es dogmático. Y que en las funciones esenciales de nuestro ministerio somos insustituibles. Tan sólo nosotros podemos celebrar el Santo Sacrificio y administrar los sacramentos. Y es fácil que nos situemos en una posición excesivamente dogmática aun en las co-

sas ajenas a la fe y a la moral o que nos consideremos insustituibles en cualquier clase de actividades de orden apostólico. En cuyo caso las personas de valía nos dejarán solos, porque no se avendrán fácilmente a ser tratadas como menores de edad.

Por eso el Papa nos invitaba a que dejáramos a los seglares un margen de iniciativa y responsabilidad, y habló en otra ocasión de la **mayoría de edad de los mismos**. Y nos dice claramente que recojamos sus sugerencias. "Algunos—dice el Papa—os señalarán necesidades particulares, tanto materiales como espirituales; otros os abrirán las puertas de un alma cerrada a toda intervención sacerdotal; no faltará quien lleve en nombre vuestro el socorro a los pobres, quien visite a los enfermos o tome parte en un dolor, en una alegría. Tenéis necesidad de ayuda en la tarea de enseñar el catecismo a los niños; es necesario que en las fábricas, en las escuelas, en los grandes edificios, haya quien ejerza el apostolado, no sólo de la presencia, sino también de la acción; quien bajo vuestra guía y con vuestra bendición haga surgir y lance al trabajo un grupo de **seglares misioneros**. Sed exigentes en señalarles la meta a que deben llegar y constantes en incitarles a ella."

Los seglares pueden presentarnos sugerencias interesantes. Pueden tener hermosas iniciativas. Pueden realizar un apostolado magnífico. Pero ha de ser siempre bajo nuestra guía y con nuestra bendición, como dice el Papa.

Y no tan sólo eso; necesitan, además, los seglares de un impulso continuo y de un optimismo a toda prueba para que no desfallezcan ante las dificultades que necesariamente encontrarán y para que no se desanimen ante los posibles fracasos. Y ésta es misión del sacerdote.

Nosotros hemos de mantener un contacto continuo con nuestros colaboradores. Hemos de comunicarles nuestro entusiasmo, nuestro optimismo, nuestro celo. Dejándoles a ellos un margen de libertad y de confianza, nunca hemos de perderlos de vista ni hemos de dejarlos solos. Y nuestra obsesión ha de ser que mantengan siempre la rectitud de intención y el espíritu sobrenatural, única manera de hacer una labor efectiva en orden a la conversión y a la santificación de las almas.

El acierto en el empleo de las fuerzas no se limita a que dediquemos a cada una a la labor que le es más propia; exige también la vigilancia continua en el desarrollo de la acción para que ésta no se desvíe del fin propuesto. Y ésta es labor esencialmente sacerdotal.

5.º Ritmo de trabajo

El Papa ha repetido en distintas ocasiones que el gran peligro de los momentos presentes es el desánimo y el cansancio de los buenos. Desánimo y cansancio muy explicables, por otra parte, si juzgamos los acontecimientos con un criterio demasiado humano.

Porque no cabe duda que el espectáculo que ofrece el mundo no es nada esperanzador. Y la conducta que están siguiendo muchos hombres de Estado no es para fomentar nuestro optimismo. Y es fácil pensar que no puede hacerse nada y que será inútil cuanto intentemos para la renovación del mundo mientras los hombres responsables—los mismos que se dicen representantes del orden, de la paz y de la civilización cristiana—no rectifiquen sus

critérios y su conducta. Y es fácil encontrarse cansado cuando después de haber trabajado con ilusión y con afán se da uno cuenta del fruto exiguo que ha conseguido, quizá por esas circunstancias externas que no está en su mano cambiar.

Y yo creo que esa postura de desaliento y de cansancio, que es tan frecuente incluso entre los sacerdotes, obedece a un planteamiento falso del problema, porque, casi sin darnos cuenta, nos dejamos influir todos por el ambiente naturalista del mundo.

Confiamos demasiado en la fuerza material para vencer al comunismo y para salvar al mundo, como si se tratase de un problema de fuerza y de dominio y no de renovación de conciencias. Confiamos demasiado en la ley para implantar la honradez o la moralidad en las naciones. Como si fuesen los Estados o los hombres de gobierno los encargados de salvar las almas. Ellos tienen su misión propia, es verdad. Y su actuación puede ayudar al fin que pretendemos. Pero es la Iglesia la que ha recibido de Jesucristo la misión de salvar las almas y es la Iglesia la que tiene el derecho y el deber de ejercer el apostolado y de comunicar el espíritu cristiano a los pueblos.

Contra todos los poderes humanos ha triunfado más de una vez la gracia de Dios, y también triunfará ahora si nosotros—los buenos—ponemos de nuestra parte el esfuerzo que se nos exige. Por eso el Papa insiste tanto en que el gran peligro para conseguir ese mundo mejor que él propone no es el comunismo, sino la desgana y el cansancio de los buenos.

Precisamente porque el momento es difícil nos hemos de sentir nosotros más obligados a trabajar sin descanso. El estado actual del mundo ha de espolear el entusiasmo de todos los que nos decimos discípulos de Cristo. Esto es lo que viene a decirnos el Papa cuando afirma que "el ritmo de trabajo ha de corresponder a la **urgente necesidad** de defensa, de conquista y de positiva reconstrucción".

Esta urgencia que el Papa señala proviene de dos causas principalmente: de las necesidades apremiantes que necesitan urgente remedio y de las circunstancias providenciales que el Señor nos ha deparado para que podamos conseguir **ahora** la restauración cristiana de la sociedad.

Las necesidades son sobradamente conocidas y todos estamos de acuerdo en apreciar su gravedad y la urgencia de su remedio. Pero quizá muchos no acierten a comprender esta urgencia, atendiendo a las circunstancias que nos rodean, porque, a primera vista, no parecen propicias para el bien, sino para el mal.

Sin embargo, el Papa lo ha afirmado rotundamente y nosotros mismos—si estudiamos serenamente los fenómenos que se producen en nuestros días—podemos apreciar la exactitud de esta afirmación pontificia.

El Papa ha dicho que "la presente generación, tan trabajada y dolorida, angustiada y desilusionada, está **saludablemente inquieta** en la búsqueda de un gran bien perdido". Y que "millones y millones de hombres claman por un cambio de ruta y miran a la **Iglesia de Cristo como a poderoso y único timonel** que pueda ponerse a la cabeza de tan grande empresa".

La misma insistencia con que repite su consigna de un mundo mejor y la

energía que emplea para despertar la conciencia de todos, a fin de que se concuden con entusiasmo y con prisas su iniciativa, es el mejor testimonio de su convencimiento de que es éste el momento oportuno y providencial para ello. Da la impresión, cuando se leen con detención sus discursos, que no puede perderse ni un solo minuto si no queremos que se malogre ese momento propicio.

Pero también nosotros podemos darnos cuenta de que algo raro y extraño pasa en el mundo, que es una manifestación clarísima de que ha llegado la hora de Dios.

Es extraño, por ejemplo, que en unos tiempos de tan grosero materialismo como son los actuales, sean temas religiosos y sacerdotales los que priven en la literatura: novela, teatro, etc. Es extraño que un problema sacerdotal como el de los sacerdotes obreros de Francia haya apasionado tanto en todo el mundo. Es extraño que entre nosotros sean tantos los seglares que escriben en revistas y periódicos sobre problemas religiosos y que se haya despertado en ellos un afán de sinceridad católica—quizá algunas veces excesivo—que les hace bucear, con buena voluntad, aunque no siempre con acierto, en el fondo de nuestra vida católica nacional. Es extraño que se haya producido en estos últimos años ese movimiento esplendoroso de espiritualidad seglar que no habíamos conocido hasta ahora y que se presenta muy prometedor.

Todo eso nos indica que el mundo está inquieto, desasosegado, intranquilo, como dijera el Papa. Que busca algo que no acaba de encontrar y que no ha encontrado en el materialismo. Empieza a sentirse en el mundo la nostalgia de Dios, y los hombres se lanzan a buscarlo, aunque no aciertan siempre, como es natural, con los caminos más apropiados.

No cabe duda que en todo el mundo —y podemos decir con verdad que especialmente en España y en nuestra diócesis—el momento no puede ser más propicio. El soplo de Dios agita los espíritus. Las grandes multitudes se movilizan con facilidad, en todo el mundo, cuando una voz sincera les habla de Jesucristo, como se ha visto en todas partes con motivo de las campañas del padre Lombardi. Estamos, por lo tanto, en la hora de Dios.

Por eso la urgencia no puede ser mayor. No es tiempo de reflexiones ni de discusiones. Es el "tiempo de la acción", como hace varios años dijera el Papa. Y sería muy grande nuestra responsabilidad—la de los sacerdotes, primeramente, y también la de los católicos seglares—si por nuestra desgana, por nuestra apatía o por nuestro cansancio desaprovecháramos esta coyuntura providencial.

Los católicos hemos de formar ahora el **acies ordinata**. Hemos de estar todos movilizados para la guerra. Y en tiempo de guerra no se pide un esfuerzo normal, sino extraordinario. Toda la vida de la sociedad y de la nación está ordenada al éxito de la guerra y subordinada a ella. Todo ha de subordinarse ahora en la vida de la Iglesia a la consecución de este fin que el Papa nos propone.

Primeramente hemos de **defender** las posiciones que todavía conservamos, y que no son pocas, gracias a Dios, en nuestra diócesis. Sería una equivocación y una temeridad empeñarnos en

conquistar nuevas posiciones y en hacer cosas nuevas olvidando, despreciando o descuidando lo que ya tenemos.

En la inmensa mayoría de nuestras parroquias casi todos cumplen con el precepto de la misa y con el de la comunión pascual. Nuestro primer deber será formar la conciencia de los fieles para que sea la convicción y no la rutina la que les obligue a cumplir estos preceptos; hacerles participar en la misa para que lleguen a vivirla; organizar de tal manera las confesiones y la comunión pascual para que todos puedan aprovecharse debidamente de ellas.

Existen en todas las parroquias algunas asociaciones piadosas que quizá hasta ahora no han dado el rendimiento debido, pero que han servido indudablemente para mantener la piedad de los fieles. Antes de crear otras nuevas deberemos vitalizar las que ya existen para que resulten eficaces.

Todavía existen muchos hogares de ambiente tradicional y cristiano. Nuestra misión es defenderlos tenazmente, remozándolos según las necesidades de los tiempos, para que no se malogren en el choque con las costumbres modernas.

Hay costumbres populares de un colorido maravilloso y de un espíritu cristiano auténtico: "Les Caramelles", los "Aplecs", la prohibición de ciertas diversiones durante la Cuaresma, etc. Aunque alguna de ellas haya degenerado en estos últimos tiempos, fácilmente podrían volver a su antiguo carácter si nos lo proponemos seriamente. Y es mejor defender esas costumbres arraigadas en nuestro pueblo, depurándolas de los elementos extraños que se les hayan adherido, que crear otras costumbres nuevas.

Algunos han llegado a creer que sería mejor romper con todo lo antiguo. Los jóvenes, particularmente, son muy dados a despreciar todo lo que ellos llaman viejo, porque creen que no merece defenderse. Esta postura, sin embargo, no puede aceptarse como principio. La Iglesia es muy tradicionalista. Los pueblos no pueden progresar y perfeccionarse si rompen totalmente con el pasado. Habrá que cambiar algunas estructuras. Habrá que adaptar todas las cosas a las circunstancias y necesidades actuales. Pero sin destruir más que aquello que no pueda ser adaptado por una prudente evolución o que no pueda ser purificado de las adherencias que quizá se hayan hecho ya esenciales. Nuestra primera labor ha de ser de defensa, como dice el Papa.

También es urgente la **conquista**. Porque son muchas las posiciones que hemos perdido. Son muchas las almas que viven alejadas prácticamente de Jesucristo. Y la misión de la Iglesia es salvar a todas las almas. Y nuestro deber es conquistar todas las posiciones para establecer el reino de Cristo en la tierra.

Por eso no podemos contentarnos con defender lo que ya tenemos. Hemos de dar a nuestro apostolado aires de conquista. Y no olvidemos que la táctica de conquista es diferente a la táctica de defensa.

Quizá en este aspecto hemos fallado en muchas ocasiones. Porque hemos concebido la mayor parte de nuestras obras en plan de protección y defensa. La misma Acción Católica, que es esencialmente conquistadora porque es fundamentalmente apostólica, ha tenido en muchas partes un carácter más bien

de preservación. Hemos alejado a sus miembros del ambiente del mundo para que no se contaminasen. No nos hemos acordado de la parábola de la levadura que ha de mezclarse con la masa para fermentarla toda.

Y aunque os parezca raro, yo os diría que nuestra primera misión es conquistar el ambiente. Porque el ambiente, a pesar del catolicismo oficial, no es auténticamente católico. Es ésta una de las paradojas más significativas que nos ha de convencer de la urgencia—también entre nosotros—de esta actuación que el Papa está reclamando.

Hemos de conquistar a los obreros, porque muchos de ellos interiormente están todavía alejados de la Iglesia; creen que ésta no se ha preocupado suficientemente de su situación y están recelosos porque la juzgan interesada en mantener un estado de cosas que es verdaderamente injusto.

Hemos de conquistar a los empresarios y capitalistas, aun a los que se llaman católicos, porque todavía están muchos de ellos influidos por los principios del liberalismo económico y no aceptan con sinceridad las orientaciones pontificias en el orden económico-social.

Hemos de conquistar a los intelectuales, ya que muchos de ellos no aceptan de buen grado el magisterio de la Iglesia, aunque por otra parte se llamen católicos, y hacen gala de una independencia en el juzgar y de unas tendencias en el obrar que no pueden admitirse en verdadera doctrina católica.

Hemos de conquistar las diversiones y espectáculos, que nos hemos dejado arrebatar tontamente, porque han sido los católicos, y aun no pocas veces buenos católicos, quienes por cobardía han dado carta de naturaleza a muchos espectáculos inconvenientes y a diversiones peligrosas.

Hemos de conquistar la revista gráfica, ya que es una vergüenza que triunfen las revistas frívolas, sostenidas por católicos, y apenas si pueden mantenerse las que se ajustan al criterio de la Iglesia.

Son muchas las cosas que hemos perdido y que están exigiendo una acción decidida de nuestra parte para conquistarlas de nuevo.

Y, además, hemos de mirar al porvenir para conquistar las posiciones bases en orden a la orientación del mundo futuro. El mundo evoluciona muy aprisa y necesitamos seguir ese ritmo para no quedar desplazados en un futuro inmediato.

La conquista ha de ir acompañada de la **reconstrucción**. Hay que rehacer aquello que ha sido destruido por el laicismo y lo que ha ido desmoronándose por nuestra desidia. Tan sólo es completa una conquista cuando queda totalmente restaurada la ciudad que se ha conquistado.

Y nosotros tenemos una tarea hermosa, pero difícil, de reconstrucción. Porque teníamos un tesoro espiritual—fruto de nuestra tradición católica—que poco a poco hemos ido perdiendo. Y nuestra labor ha de ser restaurar esas cosas, aunque remozándolas al propio tiempo para que encajen en el ambiente y en las circunstancias de hoy. Y esto es difícil, pero necesario.

Un pueblo ha de ser fiel a sí mismo, a su tradición, si quiere seguir un rumbo acertado de perfeccionamiento. Bien está que miremos al exterior para aprender de nuestros hermanos de otras

partes las iniciativas y las orientaciones que puedan sernos provechosas. Pero sin que nos olvidemos nunca de las características y de la idiosincrasia de nuestro pueblo.

El catolicismo español ha tenido siempre su propia fisonomía. Esto es inevitable, porque la religión se encarna en los hombres y las características de cada uno se reflejan en su manera de practicarla. La fisonomía del catolicismo español—no digo de todos los españoles—ha tenido notas bien destacadas que se han manifestado en múltiples ocasiones, siendo la admiración de todos. El mismo Romano Pontífice en una ocasión solemne afirmó que el catolicismo español había sido siempre “íntegro, recio, profundo y apostólico”.

Además, el catolicismo se hizo de tal manera consustancial con nuestro pueblo, que saturó toda nuestra vida familiar y social. Muchas costumbres que todavía se conservan nos hablan claramente de esta influencia.

No podemos olvidarnos de lo que fuimos ni podemos hacer tabla rasa de todo lo que el catolicismo ha conseguido entre nosotros. Misión nuestra es desembarazar nuestra fe y nuestra piedad de todas las mixtificaciones que a lo largo de los siglos, y por esa misma interferencia de lo religioso y lo social, han quitado pureza a nuestro catolicismo, y revalorizar todas esas cosas que todavía conservamos para que recuperen el espíritu con que fueron creadas por nuestros mayores.

Tenemos evidentemente una gran tarea de reconstrucción que no podemos olvidar.

6.º Fidelidad a Jesucristo

“*Christus heri et hodie; ipse et in saecula*”. Jesucristo es la piedra angular del reino de Dios. Jesucristo es y será siempre el único Maestro, el único Salvador. El es la *vid* con la que hemos de estar entroncados si queremos producir fruto en el orden sobrenatural, porque “*sine me nihil potestis facere*”.

No es extraño, por lo tanto, que, al señalarlos el Romano Pontífice la táctica para conseguir el mundo mejor y al trazar normas para nuestro apostolado, insista en la necesidad de nuestra fidelidad absoluta a Jesucristo. Porque fuera de Jesucristo no hay salvación, ni vida, ni verdad. El es el único camino por el que se va al Padre.

Y era necesaria esta advertencia del Papa, porque Jesucristo será siempre señal de contradicción: “*signum cui contradicetur*”. Y lo es de una manera especial en nuestro tiempo, de tan franco materialismo. Y a muchos podía engañar la idea de que para evitar el choque con ese ambiente podría ser oportuno y hasta necesario dejar en la penumbra la persona de Jesús y camuflar en cierta manera su doctrina. Es lo que se ha hecho demasiadas veces, con mejor buena voluntad que acierto, sin que se haya conseguido con ello ningún fruto positivo.

Porque no es tan sólo censurable la conducta de aquellos **irenistas**, a los que se refiere el Papa en la encíclica “*Humani generis*”, que han hecho concesiones a ideas heterodoxas con espíritu de caridad, según ellos dicen, como si cediendo en lo esencial se pudiese convertir a nadie. Yo creo que, casi sin darnos cuenta, hemos caído muchos en este defecto. Hemos procedido con buena intención y hacíamos las cosas con ánimo de atraer a los alejados. Pero sin que hayamos seguido prácticamente los criterios de Cristo y sin que nos

hayamos conformado con su modo de obrar. Y el fracaso ha sido siempre el resultado de esas tácticas equivocadas.

Porque la fidelidad a Jesucristo supone, no tan sólo el que hagamos las cosas **por El**, con rectitud de intención y con buena voluntad, sino el que las hagamos **como El** las hacía, dando importancia a lo que El se la daba y empleando para evangelizar a los hombres los medios y los procedimientos que El empleó.

Jesucristo da más importancia en su vida a la oración que a la acción, al sacrificio que a la predicación. Jesucristo propone su doctrina con toda claridad, sin suavizar sus aristas, sin querer hacerla compatible con el espíritu de comodidad, diciendo y repitiendo muchas veces que “el reino de los cielos padece violencia y que tan sólo quienes sepan hacerse violencia lo conseguirán”. Y por eso dice terminantemente que el que quiera seguirle “ha de negarse a sí mismo y ha de tomar la cruz”.

Jesucristo no se presenta ante los hombres con una misión humana; no intenta resolver los problemas políticos y sociales que los hombres tienen planteados; no quiere atraerlos por los beneficios materiales. El habla abiertamente del reino de los cielos. El dirá de una manera contundente que “no se puede servir a dos señores”.

¿Hemos obrado nosotros de la misma manera? ¿Qué significa ese afán de conquistar a los hombres con obras de beneficencia o con medios puramente materiales: diversiones, intervención en los problemas económicosociales, etc.? ¿No es esta conducta manifestación del miedo a presentar claramente el carácter sobrenatural de nuestra doctrina? ¿Qué significa ese recelo tan frecuente a proponer con claridad el espíritu propio del Evangelio: espíritu de pobreza, de abnegación, de desprendimiento de las cosas materiales, sino el deseo de no chocar demasiado con el espíritu comodón y materialista del mundo?

¿Y no es verdad que nosotros, prácticamente, damos muchas veces más importancia a la acción que a la oración, a la propaganda que al sacrificio, a las virtudes llamadas activas que a las pasivas, rectificando con nuestra conducta los criterios y la conducta del Maestro?

No en vano el Papa pide fidelidad a la persona y a la doctrina de Jesucristo. No han dado resultado hasta ahora, ni lo pueden dar nunca, los **sustitutivos**, y hace falta volver sinceramente al Evangelio.

Pero es que, además, el afán de novedades domina de tal manera a algunos grupos de jóvenes—también sacerdotes—, que tan sólo porque se trata de cosas nuevas aceptan y se entusiasman con facilidad con procedimientos y con actuaciones peligrosas, cuando no francamente perniciosas. Y creen que pueden y aun deben apartarse de los criterios y normas de actuación que da la Iglesia por medio de sus legítimos jefes, porque se trata de criterios y de normas anticuadas, ya que éstos, el Papa y los Obispos, por su misma edad, quedan ahora desplazados y no pueden captar las inquietudes y las exigencias de los tiempos actuales. Y con buena voluntad—no quiero dudarlo—, pero con escaso criterio y menos prudencia, están realizando una labor negativa—aunque ellos creen que son los únicos que trabajan con eficacia y con celo inte-

ligente—, que puede malograr esta labor que el Papa recomienda.

El Romano Pontífice ya llamó la atención seriamente sobre este peligro en la "Menti Nostrae": "Creemos que ya habréis observado—nos dice a los Obispos—que se está desarrollando, cada día más extensa y gravemente, el ansia de novedades... Graves son las desviaciones de la edad en que vivimos..." Y señala allí el remedio al escribir: "Lejos de Nos el pensar que las tareas apostólicas no se hayan de acomodar a nuestro tiempo y que las nuevas obras de apostolado no deban responder a las necesidades presentes. Pero como cualquier trabajo sacerdotal en el ámbito de la Iglesia debe ser realizado jerárquicamente, no debe emprenderse ninguno sin la aprobación del Obispo... Estén todos persuadidos de que se debe obedecer antes a Dios que a los hombres y que la actividad apostólica se debe llevar a cabo según las normas y leyes de la autoridad eclesiástica, no según las opiniones de cada cual". Con cuyas palabras repetía el Papa la misma consigna que había dado antes en el discurso de referencia: la fidelidad a Jesucristo.

Fidelidad, ante todo, a la persona de Jesucristo, en cuyo nombre y con cuya autoridad actuamos en el apostolado. Jesucristo es el único Modelo que nos ha sido dado; tan sólo imitándole a El podremos realizar en nosotros el ideal de la vida cristiana y podremos ser verdaderos apóstoles. Jesucristo es el único Apóstol. A El "ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra"; tan sólo conectados con El podremos ejercer funciones apostólicas.

Persona de Jesucristo que aparece claramente en el Evangelio y cuyos rasgos propios no podemos nosotros desfigurarlo u ocultarlo. Porque no hay más que un Jesucristo: el que nació en Belén y murió en la cruz; el que se desposó porque quiso con la pobreza, con la humillación, con el sacrificio.

Persona de Jesucristo que se manifiesta ahora al mundo en la persona de sus legítimos representantes: el Papa y los Obispos. Por eso, la fidelidad a la persona de Jesucristo supone y exige la fidelidad a su Vicario en la tierra y a su representante en la diócesis.

Interiormente Dios puede comunicarse a las almas sin necesidad de intermediarios y el Espíritu Santo puede obrar maravillas independientemente de la Jerarquía. Externamente, sin embargo, y en orden al apostolado, la Jerarquía es el cauce indispensable—abierto por el mismo Jesucristo—por el que necesariamente descendiende a la tierra la misión apostólica y la gracia de Dios.

Toda actividad realizada al margen de la persona del Papa o del propio Obispo es por lo menos sospechosa. Los apóstoles que no guardan fidelidad al Papa y al Obispo no guardan fidelidad a la persona de Cristo.

Fidelidad, además, a la doctrina de Jesucristo, que no puede cambiar en el transcurso de los tiempos, porque El es el único Maestro y nadie tiene poder para enseñar si no lo ha recibido de El.

La doctrina de Cristo necesita, algunas veces, interpretación. Debe, además, adaptarse a las necesidades de nuestros días. Pero esa interpretación y esa adaptación no pueden hacerla los particulares. Jesucristo hizo a su Iglesia depositaria de su doctrina y estableció en ella una autoridad de magisterio con este fin. Es el Papa el que interpreta auténticamente la doctrina de

Jesucristo y el que puede adaptarla con seguridad a las necesidades de cada momento. Es el Obispo, en comunicación con el Papa, el que ha recibido la misión de predicar y de enseñar en su diócesis.

La doctrina de Jesucristo es una doctrina religiosa. Pero tiene también trascendencias humanas. El hombre ha sido elevado por Dios al orden sobrenatural y su vida humana es un medio para conseguir este fin. Por eso la autoridad doctrinal del Papa y de los Obispos no se limita a las cuestiones estrictamente sobrenaturales y religiosas. Hay muchos problemas humanos que tienen una conexión clara con el fin sobrenatural del hombre, y sobre ellos ha de decir la Iglesia una palabra de orientación.

La fidelidad a la doctrina de Jesucristo lleva consigo, por lo tanto, la fidelidad a las orientaciones y consignas del Papa y de los Obispos. Y no solamente en los problemas estrictamente religiosos, sino en todos aquellos que con éstos puedan tener alguna conexión.

Fidelidad, últimamente, a la autoridad de Jesucristo, de tal suerte que nuestro ofrecimiento sea "humilde y sumiso", como especifica el Papa.

Jesucristo hizo a la Iglesia sociedad perfecta. En ella debe haber, por lo tanto, una autoridad suprema. Autoridad independientemente de cualquier otra autoridad, porque depende exclusivamente de Dios.

El Papa es el único que, en el orden religioso, tiene la suprema autoridad en el mundo. Autoridad para regir y gobernar la Iglesia; autoridad para señalar los medios que ésta ha de emplear para conseguir su fin; autoridad para dar a los hombres la gracia y conseguirles el cielo. Por eso, en la Iglesia el apostolado necesariamente será jerárquico o no será apostolado. Jerárquico porque lo realice personalmente la misma Jerarquía, o porque lo ejerzan los demás con total sumisión a ella.

La Iglesia universal está integrada por iglesias particulares. Al frente de cada una de éstas ha de haber también

una autoridad indiscutible: el Obispo. El Obispo, en comunión con el Papa, es la única autoridad religiosa de la diócesis. En ella no puede ejercerse el apostolado al margen o en contra de la autoridad episcopal. Por eso la fidelidad al Papa se ha de manifestar concretamente en la fidelidad a la autoridad del propio Obispo.

La fidelidad a Jesucristo nos exige no solamente el que hagamos lo que nos manda o aceptemos externamente lo que nos diga por medio de sus representantes, sino también la sumisión interna, el estar dispuestos a sacrificar nuestros puntos de vista y aun nuestro propio criterio cuando esté en oposición al criterio de Jesucristo o de la Iglesia. Y esto no tan sólo cuando se trate de una cosa de fe, sino aun en las cosas de régimen y gobierno, ya que sin esa concordia de pareceres no podría realizarse una labor eficiente.

El Romano Pontífice nos señala claramente el camino que hemos de seguir para alcanzar la meta. Nos da las normas precisas a las que se ha de ajustar nuestra actuación si queremos obtener ese objetivo ambicioso que nos señala. No es tiempo ahora de grandes deliberaciones. Es para todos la hora de la acción, aceptando sinceramente las orientaciones del Papa.

Por eso termina el Romano Pontífice aquel discurso en que nos da esas normas con este llamamiento: "Manos, pues, a la obra. Muévaoos Dios, que esto quiere; que os atraiga la grandeza de la empresa, que os estimule su urgencia; el justificado temor del porvenir terrible, que se derivaría de una culpable inercia, venza todo titubeo y afiance todas las voluntades".

Manos, pues, a la obra, amadísimo amigos sacerdotes. Nosotros estamos en las mejores condiciones para realizarla y hemos de dar ejemplo de fidelidad. Todavía podemos dar cabida a la esperanza en nuestro corazón sacerdotal. Puede desaparecer la paradoja que nos inquieta y podemos conseguir, con la ayuda de Dios, la renovación total de la vida cristiana en nuestra diócesis.

III.—EPILOGO

LA RENOVACION DEL SACERDOTE

"In manibus vestris sortes meae"

Cuando el año 1933 visitó la Casa del Consiliario, de Roma, fundada por Pío XI como residencia y casa de formación de los consiliarios de Acción Católica, me llamó la atención un autógrafo pontificio que estaba el pie de una fotografía del Papa que presidía la habitación en la que me recibieron. Pío XI había escrito de su puño y letra, en aquella fotografía que dedicaba a los consiliarios, estas palabras del Salmo: "In manibus vestris sortes meae". Y me he acordado de este autógrafo pontificio porque creo que esas palabras son el mejor final que podía poner a esta carta.

La suerte de esta empresa de renovación total de la vida cristiana está en vuestras manos, carísimos sacerdotes. Sois vosotros los que debéis planearla, vosotros los que habéis de buscar colaboradores para llevarla a cabo y quienes les habréis de formar, vosotros los que la habréis de dirigir. Sin

el concurso entusiasta, mejor dicho, sin la iniciativa fervorosa de los sacerdotes nada se puede hacer.

Por eso creo que el mejor resumen que puedo hacer del plan que os he presentado—el mejor epílogo de esta pastoral que quiere ser un examen de conciencia sacerdotal—es llamar vuestra atención sobre las obligaciones que os impone esta empresa y sobre las exigencias que lleva consigo para vuestra vida sacerdotal.

El sacerdote es "la luz del mundo" y "la sal de la tierra", en frase del Evangelio. Es, según la expresión gráfica de San Pedro, "forma gregis".

Porque es luz, ha de iluminar. Porque es sal, ha de sazonar los alimentos y los ha de preservar de la corrupción. Porque es ejemplar del rebaño de Cristo, ha de ser como el molde o troquel en el que se formen los auténticos cristianos.

Es evidente, por lo tanto, que si el sacerdote no tiene suficiente luz de ciencia y de santidad, el mundo andará

desorientado. Si el sacerdote no tiene bastante fuerza preservativa por sus virtudes excelsas, la tierra se corromperá. Si el sacerdote no es, en su vida y en sus obras, una reproducción exacta de Cristo, la vida de los cristianos se deformará.

Lejos de mí el afirmar que los sacerdotes seamos los únicos responsables de las desviaciones doctrinales y prácticas de los cristianos y de la paganicación del mundo. Pero no cabe duda que nosotros tenemos en ello una máxima responsabilidad. Si la consigna del Papa exige que se renueve totalmente la vida cristiana, es evidente que esta renovación habrá de empezar por los sacerdotes.

Pero ¿puede hablarse con justicia de la necesidad y hasta de la urgencia de una renovación de la vida y del espíritu sacerdotales? ¿Puede aceptarse que el clero de nuestros días necesita de una intensa renovación?

He procurado hablaros con sinceridad a lo largo de este examen, y sinceramente he de dar una respuesta afirmativa a esas preguntas. Respuesta que no os extrañará a vosotros—yo me dirijo exclusivamente a los sacerdotes de mi diócesis—, porque en más de una ocasión—en los retiros y en los ejercicios particularmente—os he manifestado ya con toda claridad mi criterio.

Yo no puedo decir—sería una verdadera injusticia—que el clero de mi diócesis sea malo o decadente. Por el contrario, yo he dado muchas veces gracias a Dios porque me ha concedido unos sacerdotes que en muchas cosas son verdaderamente ejemplares. Y estoy plenamente convencido de que a los sacerdotes se debe, en gran parte, que nuestra diócesis sea todavía una diócesis de excepción.

Si no se tratase de otra cosa que de ir tirando, como vulgarmente se dice; de conservar más o menos lo que tenemos y de continuar con el mismo ritmo de apostolado que hasta ahora, nada más podría exigirnos a vosotros y no sería necesaria ninguna renovación. Pero se trata de mucho más, como dice el Papa y nosotros comprendemos perfectamente. Se trata de una renovación a fondo que casi tiene las características de una verdadera revolución—ha sido el Papa el que le ha dado este nombre de revolución en algunas ocasiones—. Se trata de construir algo nuevo: ese mundo mejor que el Papa preconiza. Se trata de una labor difícil y dura que exige una postura de excepción en los dirigentes. Y para eso, no cabe duda que hace falta una intensa renovación del clero. Es necesario que los sacerdotes estemos a la altura de este momento excepcional y que estemos bien preparados para dirigir esa revolución cristiana.

Algunas veces os he dicho que en las presentes circunstancias me dan más miedo los sacerdotes vulgares—los que se conforman con la mediocridad—que los mismos sacerdotes escandalosos. Porque sacerdotes escandalosos no los hay, por la misericordia de Dios, entre nosotros. Y aunque los hubiese, serían siempre una excepción. Pero sacerdotes buenos que no acaban de darse cuenta de que los momentos actuales exigen una entrega total y una postura heroica, los hay en abundancia.

Y al hablaros así me aplico a mí mismo estas reflexiones, porque con mi ejemplo más que con mis palabras tengo yo el deber de señalaros el camino de esa renovación sacerdotal. Pero es necesario que vosotros y yo com-

prendamos—y tengamos la suficiente humildad para aceptarlo—que la renovación total de la vida cristiana ha de empezar por nosotros. Sin la renovación sacerdotal será inútil, quizá perjudicial, cuanto se hiciere para la renovación del mundo.

Por eso conviene que para terminar este examen pasemos revista, aunque sea sumariamente, a los puntos principales que ha de alcanzar nuestra renovación.

1.º En las virtudes humanas

Hay unas palabras en la "Menti nostrae" que me sorprendieron cuando las leí por primera vez y que después me han hecho reflexionar muchas veces. Habla el Papa de la formación que se ha de dar en los seminarios y señala unas normas para que se "forme bien el carácter propio de cada uno de los alumnos, se desarrolle en ellos el sentido de responsabilidad, la serenidad y madurez de juicio y el espíritu de animosa iniciativa", y termina con estas palabras: "Si estas normas son observadas fielmente, educados los alumnos en la honradez y en la sinceridad, tendrán en sumo aprecio su integridad y firmeza de ánimo, no menos que la de los demás, y sentirán aversión por el engaño y por cualquier género de simulación."

Me extrañaron estas palabras porque, habiéndose de formar a los seminaristas para el sacerdocio y habiendo de aspirar el sacerdote a la perfección y a una santidad excelente, me parecía raro que el Papa nos llamase la atención sobre unas virtudes tan elementales y tan humanas como la honradez y la sinceridad. ¿Quién no comprende que el sacerdote ha de ser mucho más que un hombre honrado y sincero?

Sin embargo, cuanto más reflexiono sobre este texto de la "Menti nostrae" más me convengo de que el Papa ha dicho una verdad de sentido común, pero que quizá por ello—por ser tan elemental y sencilla—muchos habían olvidado en la práctica.

Nos habíamos olvidado de que el sacerdote es hombre y de que tan sólo el hombre psicológicamente perfecto podrá ser un perfecto sacerdote. Y le habíamos forzado a adquirir las virtudes típicamente sacerdotales sin tener en cuenta que éstas carecían de base si les faltaban las virtudes humanas. Y ha ocurrido en más de una ocasión lo que hace notar el padre Lombardi. "Alguna vez puede ocurrir—escribe—que un complejo de hábitos típicamente eclesiásticos vengan a superponerse a un individuo que casi no existe. Sustraído desde temprana edad al ambiente natural de la familia y a los variados contactos del mundo, sin que otros hayan pensado en sustituir todo esto con cuidado afectuoso y vigilante, no ha adquirido el desarrollo de un hombre psicológicamente completo. Se correrá entonces el riesgo de no tener (en el caso extremo y peor) sino un maniquí que sostiene un traje eclesiástico, con la rigidez fácilmente imaginable de los maniqués, a los que basta un empujón para caer."

Y hasta puede darse el caso—no es éste un peligro imaginario—que por deficiencias en la formación humana y por la mezquindad de los criterios de quienes hacen esa formación, la falta de sinceridad y de honradez se considere como una virtud sacerdotal. Se hace consistir la obediencia en el mero respeto externo; la docilidad, en no

decir nunca lo que se piensa y siente, y la santidad sacerdotal, en ahogar todos los impulsos de la propia personalidad humana. Y se considera la sinceridad como una falta de respeto, la espontaneidad como resabio de espíritu seglar, el criterio propio como manifestación de orgullo, y se consideran como seminaristas modelos a aquellos que mejor saben disimular o a los que ni tienen carácter ni personalidad propia. Con lo que se consigue que los superiores nunca acaben de conocer a los seminaristas y aun formen juicios equivocados sobre los mismos, que los Obispos no sepan nunca a qué atenerse con respecto a sus sacerdotes y que se produzcan algunas veces esas sorpresas que a todos escandalizan y que, sin embargo, son una consecuencia lógica y fatal de la formación que han recibido en el seminario: seminaristas presentados como modelos que apenas si llegan a sacerdotes medianos, y sacerdotes tenidos como ejemplares que tienen caídas estrepitosas.

No es extraño, por lo tanto, que el Papa insista en la "Menti nostrae" sobre la necesidad de formar humanamente a los seminaristas y de desarrollar su propia personalidad para que se hagan hombres de carácter, y aun que afirme que esta labor es muy importante y principal: "elaborandum praecipue est", escribe el Papa.

Porque sacerdotes que no sean hombres completos, ni pueden tener la influencia necesaria en algunos ambientes sociales—quizá a ello sea debido ese complejo de inferioridad tan frecuente entre los sacerdotes para ejercer el apostolado entre los hombres—, ni pueden realizar una actividad como la que se requiere en las actuales circunstancias, que exigen una destacada personalidad, ni aun pueden conseguir la santidad sacerdotal porque les faltará el fundamento humano indispensable.

¿Damos nosotros la importancia debida a esas virtudes naturales y procuramos fomentar la sinceridad, la honradez, la virilidad en nuestra vida? Buen tema éste, amadísimos amigos sacerdotes, para primer punto de nuestro examen de conciencia sacerdotal.

2.º En los criterios evangélicos

El Evangelio tiene aristas cortantes que se clavan cuando uno se abraza sinceramente con él. El mundo gusta de la comodidad y rehuye el sacrificio y el dolor. Por eso, el Evangelio y el mundo no pueden encajar sin violencia y sin lucha. Jesucristo hizo destacar repetidas veces esa oposición entre El y el mundo, y la lucha que el mundo mantendría siempre contra la doctrina evangélica.

Pero esta oposición que teóricamente no tenemos más remedio que admitir, nos molesta a todos. Y tememos, además, que sea en perjuicio del propio Evangelio, porque el mundo nunca lo aceptará. Por eso nos hemos empeñado en suavizar todo lo posible estas aristas, echando un poco de agua al vino del Evangelio. Y hemos encontrado unas interpretaciones sutiles e ingeniosas para desvirtuar la dureza de los criterios evangélicos.

Teóricamente nos regimos por los criterios de Cristo, que son los del Evangelio. Prácticamente, sin embargo, aplicamos a nuestra vida—quizá sin darnos perfecta cuenta—las normas de valorización del mundo. Con lo que vivimos un catolicismo nulo en su valor apologetico y consentimos que la sai

se disipe, no sirviendo ya para sazonar la tierra. Y no me refiero ahora a los seglares; también nosotros nos hemos dejado influir por los criterios del mundo.

El Evangelio dice: "No podéis servir a dos señores; no podéis servir a Dios y a las riquezas." Y fijaos en el contexto. Jesucristo hace esta afirmación, no al referirse a los excesivamente ricos, en cuyo exceso de riquezas puede haber ya un desorden, sino al hablar de la preocupación por las mismas cosas que necesitamos para vivir: "No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, ni por vuestro vestido sobre qué vestiréis... No os preocupéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todas estas cosas."

Nosotros, sin embargo, decimos con nuestras obras que afanarse por esas cosas materiales, preocuparse por vivir dignamente como corresponde a nuestra condición sacerdotal, buscar el lucro en nuestros actos ministeriales, el porvenir, etc., no impide el servicio de Dios. Nosotros decimos prácticamente que no sólo los gentiles, sino también los sacerdotes, nos hemos de afanar por todas esas cosas.

El Evangelio dice al final del mismo párrafo: "Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura."

Nosotros, sin embargo, decimos con nuestras obras, que también hemos de buscar la añadidura, porque "a Dios rogando y con el mazo dando", y que sería una temeridad y una imprudencia descuidar esas cosas materiales—la añadidura—por buscar el reino de Dios.

El Evangelio dice: "Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios." Y tal es la fuerza de esta expresión en labios de Jesucristo, que los apóstoles, como nos advierte el Evangelista, "más aún se espantaron y decían entre sí: entonces, ¿quién puede salvarse?"

Pero a nosotros no nos espantan estas palabras porque hemos acordado que no han de tomarse al pie de la letra: son una figura retórica.

El Evangelista dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." Y por si podíamos tener alguna dificultad para entender estas palabras, Jesucristo nos dió con el ejemplo de su vida el testimonio de esa pobreza de espíritu.

Pero nosotros no entendemos estas palabras de los que dejan los bienes materiales y se hacen pobres voluntariamente—como lo fué Jesucristo—, sino de aquellos que tienen bienes materiales, quizá con abundancia y aun los buscan con afán—lo contrario de lo que hizo Jesucristo—, aunque, eso sí, sin que se dejen esclavizar por ellas.

El criterio del Evangelio—clarísimo—es que las riquezas no son un bien en sí mismas; que son más bien un peligro. Que los cristianos no deben amar las riquezas ni deben buscarlas con afán; antes, por el contrario, las deben temer.

Pero el mundo dice lo contrario. El mundo ama las riquezas. Les da una importancia excepcional en su escala de valores. Y nosotros—no sólo los seglares, sino también bastantes sacerdotes—, sin acabar quizá de darnos cuenta porque pretendemos justificar nuestra conducta con razones especiosas, aplicamos a nuestra vida las normas y criterios del mundo.

¿Con qué derecho y, sobre todo, con qué fuerza podremos censurar nosotros el materialismo de los ricos y de los comunistas, si prácticamente nos dejamos guiar por el mismo criterio?

Y como ese criterio sobre las riquezas, ¡son tantos los criterios evangélicos, cuyas aristas hemos procurado suavizar, al menos en la práctica, para hacerlos compatibles con los criterios del mundo y para evitar el choque y la lucha que nosotros consideramos fatal!...

Los cristianos han de vivir en el mundo, pero sin ser del mundo, según la voluntad de Jesucristo. Pero nosotros nos hemos convencido de que es muy incómoda esta postura que el Maestro nos impone y hemos procurado situarnos en el mundo, transigiendo con él en muchos detalles que han ido desfigurando cada día más la fisonomía de la vida cristiana, pero que nos evitan a nosotros esa lucha y esa violencia constantes que de otra suerte habríamos de mantener con él.

Todos comprendemos que es necesario e indispensable renovar los criterios evangélicos, devolviéndoles su significado auténtico. Todos comprendemos que según esos criterios habrá de construirse ese mundo mejor que quiere el Papa. Pero ¿no os parece que antes hemos de renovar esos criterios en nuestra vida sacerdotal, para que con nuestro ejemplo más que con nuestra palabra los imponamos a los demás?

Buen tema también éste para un examen de conciencia sacerdotal.

3.º En la caridad sacerdotal

En un orden puramente humano se explican perfectamente los celos, las envidias, las miserias y pequeñeces entre los que ejercen la misma profesión. Es natural que cada uno busque su propia gloria y su propio provecho en la profesión que ejercita, sin excluir el servicio que con ello presta a la sociedad. Y en este orden de cosas pueden estorbarse unos a otros. La primacía de uno puede ser en perjuicio de la gloria que otro cree merecer. Y esta primacía y esta gloria no son ajenas a las ventajas económicas que la profesión les puede reportar.

Esto, digo, se explica perfectamente en las profesiones humanas. Pero ¿tiene alguna explicación—no digo justificación—en el ejercicio del sacerdocio? La tiene, claro está, porque los sacerdotes continuamos siendo hombres y guiándonos demasiadas veces por criterios y fines humanos, mejor, mundanos. De otra suerte no tendríamos explicación.

Y lo cierto es que tampoco entre los sacerdotes existe siempre aquella compenetración, aquella caridad y aquella unión íntima—*ut sint unum*—que parece debería existir necesariamente entre los que no buscamos nuestra gloria ni nuestro provecho, sino única y exclusivamente la gloria de Dios. Los criterios mundanos, de los que hablaba en el párrafo anterior, influyen también en nuestro ministerio. Buscamos también los bienes materiales, apetecemos los primeros puestos, nos halaga el aplauso, la gloria... Y todos estos motivos humanos han de ser necesariamente causa de desunión, de celos, de discordias.

Pero hay más. Hasta por motivos y fines al parecer sobrenaturales se fomenta, no pocas veces, el recelo y la discordia entre los sacerdotes.

No es un secreto para nadie que hoy se nota entre los sacerdotes—particularmente entre los jóvenes—un afán de

superación, un deseo, al parecer sincero, de salir de la vulgaridad para escalar las cumbres de la perfección sacerdotal. Y como consecuencia de ello van surgiendo en todas las diócesis grupitos de sacerdotes que procuran mantener un contacto más íntimo y frecuente para ayudarse mutuamente en la consecución de este ideal. Y hemos de dar gracias a Dios porque es síntoma muy esperanzador ese afán que el Espíritu Santo ha despertado en los corazones sacerdotales.

Lo malo es que con demasiada frecuencia—seguramente sin culpa de nadie y sin que los interesados casi se den cuenta—esos grupos sacerdotales, en vez de fomentar la caridad y la unión sincera entre todos los sacerdotes, son muchas veces causa de celos y de división. Y no solamente por parte de los que al no pertenecer a ellos pueden sentirse como preteridos, sino aun por parte de los mismos que los integran. Ellos fomentan la caridad entre los del grupo, pero no acaban de darse cuenta de que su deseo de perfección sacerdotal no puede ser sincero si no les lleva a fomentar la caridad y la unión entre todos los sacerdotes.

Sobre este tema de la caridad sacerdotal y más concretamente de la amistad entre los sacerdotes os he hablado ya tantas veces que considero superfluo insistir en esta ocasión. Pero, ¿no os parece que nos está haciendo mucha falta una renovación del espíritu de verdadera caridad entre los sacerdotes?

Este debería ser el tercer punto de nuestro examen de conciencia sacerdotal.

4.º En el espíritu de obediencia

En dos ocasiones habla expresamente el Papa en la "Menti Nostrae" de la virtud de la obediencia: cuando trata de la formación de los seminaristas y cuando enumera las virtudes principales que ha de poseer el sacerdote.

Al referirse a la formación de los seminaristas escribe: "Los que se dedican a la educación y formación de los clérigos es necesario procuren sobremedida que éstos adquieran aquellas virtudes que la Iglesia exige a los sacerdotes", y se refiere, entonces, a lo que sobre ellas ha escrito ya en otra parte de la misma exhortación. Pero añade que no puede por menos de insistir de una manera especialísima en "aquellas en las que como en sólido fundamento se basa toda la santidad sacerdotal". Y la primera virtud fundamental que señala es la obediencia. "Aprendan los seminaristas a obedecer filialmente a sus superiores desde los primeros años en el seminario, para que más tarde obedezcan dócilmente a la voluntad de los Obispos, conforme a las enseñanzas del invictísimo atleta de Cristo, Ignacio de Antioquia: "Obedeced todos al Obispo como Jesucristo al Padre." "El que honra al Obispo es honrado por Dios; el que hace algo a espaldas del Obispo sirve al diablo." "No hagáis nada sin el Obispo; custodiad vuestra carne como templo de Dios; amad la unión, huid las discordias, sed imitadores de Jesucristo como El lo es de su Padre."

Cuando trata de las virtudes que ha de practicar el sacerdote, dice que en los tiempos actuales la virtud de la obediencia se le impone con una fuerza especial, y afirma que la obediencia es indispensable para el fruto de su apostolado y aun como fundamento de su santidad. "En los tiempos presentes, cuando el fundamento de la auto-

ridad es atacado con temerario atrevimiento, es necesario que el sacerdote, firme en los principios de la fe, reconozca y acate esta autoridad (la de la Jerarquía de la Iglesia) no sólo como baluarte imprescindible en el orden social y religioso, sino también como base de su propia santidad."

Pero ese espíritu de obediencia no ha de obligarnos tan sólo a hacer lo que nos manden, sino a compenetrarnos de tal suerte con el superior que aceptemos con agrado sus orientaciones y compartamos sus inquietudes y sus deseos. Sin esperar a que nos manden, sino adelantándonos a lo que sabemos es su deseo. Tan sólo así será la obediencia una fuerza extraordinaria para nuestro apostolado.

Si por obediencia entenderíamos tan sólo la sujeción externa a los mandatos del superior, habríamos de reconocer que todos los sacerdotes practican fielmente esta virtud. Yo no puedo estar quejoso de vosotros porque sabéis no sólo obedecer cuando se os manda, sino aun aceptar con buena voluntad las indicaciones que se os hacen.

Pero si nos referimos a ese espíritu de obediencia que supone y exige la compenetración con los que mandan: con el Papa, con el Obispo, con los organismos diocesanos, compenetración que nos induzca a pensar como ellos, a participar en sus inquietudes y afanes, a sacrificar nuestros gustos y nuestras preferencias para aceptar y seguir las consignas y orientaciones que se nos dan, quizá no podamos ser tan optimistas.

Fijaos en un hecho que es sintomático: Los mismos documentos pontificios son interpretados de distinta manera, y aun, a veces, de manera contraria, por los distintos sacerdotes. Es que todos los leemos desde nuestro punto de vista, buscando en ellos más que la mente del Papa, lo que pueda abonar nuestros criterios o justificar nuestra actuación. Nos resulta difícil despojarnos de nuestros prejuicios, de nuestras aficiones, de nuestros gustos para recibir con lealtad las orientaciones y consignas que nos vengan de arriba, aunque a nosotros no nos plazcan. Por eso, sin malicia especial, es verdad, pero con notoria falta de ese espíritu de obediencia, somos tan dados a comentar y a criticar las disposiciones y las consignas de los superiores.

Es evidente que para la eficacia de esa actuación que el Papa nos propone es de todo punto indispensable que los sacerdotes nos distingamos por ese espíritu de obediencia que, el entroncarnos íntimamente con los que han sido puestos por el Espíritu Santo para regir su Iglesia, nos da una fuerza insospechada.

Materia abundante para nuestro examen de conciencia sacerdotal puede presentarnos también este aspecto.

5.º En el ideal sacerdotal

El sacerdote es otro Cristo: "Alter Christus" afirman con insistencia los Santos Padres, y repite también el Papa en la "Menti Nostrae". Y esta expresión, que por una parte nos habla de la excelencia de nuestro sacerdocio, nos señala por otra la obligación fundamental del mismo: nuestra configuración con Jesucristo.

Nosotros, familiarizados con esta expresión, la hemos entendido perfectamente en uno de sus aspectos. Somos otros Cristos por nuestra dignidad—la mayor sobre todas las dignidades humanas—, por nuestros poderes—somos

dispensadores de los misterios de Dios—, por la necesidad que tienen los fieles de recurrir a nosotros para incorporarse a Cristo. Pero, ¿hemos acabado de entender y de realizar prácticamente en nuestra vida todo lo que nos exige nuestra configuración con Cristo?

Muchas veces hemos dado toda la importancia al ministerio, olvidándonos de la vida, no teniendo en cuenta que si somos otros Cristo por los poderes divinos que participamos y por el ministerio que realizamos, lo hemos de ser también por nuestra vida. E incluso al diseñar nuestra configuración con Cristo en un orden vital, nos hemos fijado en algunos aspectos, olvidándonos quizá del principal.

Porque nosotros—otros Cristo por nuestro sacerdocio—estamos configurados con Cristo Sacerdote. Y el sacerdote dice relación esencial al sacrificio. Y en Jesucristo, no a cualquier sacrificio, sino al sacrificio de sí mismo. Por eso, la vida de Cristo fué una inmolación continua que se consumó con su oblación en el Calvario.

El ideal sacerdotal no puede concebirse fuera de este ambiente de inmolación. También nuestro sacerdocio—que es el de Cristo—dice relación íntima y especial a su sacrificio que nosotros hemos de completar en nosotros mismos. Por eso escribía el Papa: "Así como toda la vida de nuestro Salvador estuvo ordenada al sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote, que debe reproducir en sí la imagen de Cristo, debe hacerse con Él, por Él y en Él un sacrificio aceptable."

¿Y no es verdad, amadísimos amigos sacerdotes, que nos hemos fijado todos demasiado en la parte externa de nuestro sacerdocio: en su dignidad y excelencia, en el poder que participamos, en el respeto y veneración que merecemos de los fieles, en nuestro ca-

rácter de ministros oficiales de la Iglesia, pero quizá hayamos descuidado esa inmolación continua que ha de constituir la esencia de nuestra vida sacerdotal?

Porque esa inmolación—como en Jesucristo—exige una renuncia a todas las cosas: riquezas, honores, comodidad y un entregarse totalmente: nuestro tiempo, nuestra salud, nuestra propia vida, a la salvación de las almas.

Esa vida sacerdotal demasiado arregladita que algunos han tildado de burguesa—y no es infrecuente en nuestros días—no puede realizar el ideal del sacerdocio. Esa actitud de algunos sacerdotes que se limitan a cumplir las obligaciones ministeriales, en plan más bien burocrático, no puede estar de acuerdo con el ideal sacerdotal.

Para esta empresa, especialmente, que pretendemos realizar y que exige de nosotros una postura heroica y una entrega total, es necesario que revaloricemos el ideal de nuestro sacerdocio y que aprendamos de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, ese espíritu de inmolación que ha de impregnar toda nuestra vida.

¿Cómo entendemos nosotros el ideal sacerdotal? ¿Cómo procuramos realizarlo en nuestra vida? También estas preguntas pueden darnos materia abundante para nuestro examen de conciencia.

Otros aspectos podrían señalarse en orden a esta renovación sacerdotal, pero creo que basta con lo dicho para que os déis cuenta de las obligaciones que nos impone la consigna del Papa. Lo interesante es que nos convenzamos de que la renovación de la vida cristiana ha de empezar por nosotros. Hemos de ser nosotros los que, con nuestro ejemplo primero y con nuestro esfuerzo y sacrificio después, movilizemos a los fieles en orden a la consecución del mundo mejor.

CONCLUSION

Consciente de mi responsabilidad os he expuesto el plan de actuación que yo juzgo necesario y urgente para la restauración de la vida cristiana en la diócesis. Plan que responde plenamente a la consigna que para todo el mundo ha dado repetidas veces el Romano Pontífice. ¿Podrá realizarse este programa y podremos contemplar el resurgimiento del espíritu cristiano en nuestra diócesis y aun en el mundo entero?

"El Papa debe en su puesto—decía Pío XIII—velar y orar incesantemente y prodigarse para que el loco no avance penetrando en el redil para robar y dispersar la grey. También aquellos que con el Papa se reparten la responsabilidad del gobierno de la Iglesia hacen todo lo posible para responder a la expectativa de millones de hombres que—como expusimos en el pasado febrero—invocan un cambio de rumbo y miran a la Iglesia como a poderoso y único timonel. Pero eso en el día de hoy no es bastante. Todos los fieles de buena voluntad deben sacudirse y sentir su parte de responsabilidad en el éxito de esta empresa de salvación."

Se impone, por tanto, la movilización general. Pero, ¿quién ha de movilizar a los fieles, quién les ha de presentar esa meta y los ha de enrolar en el ejército y los ha de formar y ha de mantener constantemente su entusiasmo, sino el sacerdote?

Por eso yo diría que no hay más que un obstáculo invencible para conseguir este fin ambicioso: el escepticismo

de los sacerdotes. Escepticismo que se viste de prudencia, que quiere aparecer como fruto de la experiencia, pero que en definitiva no es más que falta de fe. Falta de fe en la gracia de Dios y falta de fe en la palabra del Papa.

Hagamos un propósito firme como consecuencia de nuestro examen. Convirtámonos todos los sacerdotes de la diócesis en heraldos de ese mundo mejor que el Papa reclama. Nuestra palabra, fervorosa y entusiasta, excitará el entusiasmo de los fieles y podremos fácilmente organizar en nuestra diócesis un ejército numeroso y disciplinado.

Tenemos una circunstancia propicia para empezar esta empresa: "La Cruzada del Amor" que estamos realizando nos ofrece una coyuntura providencial. Sepamos aprovecharla. Si nos lo proponemos seriamente podemos conseguir que nuestra diócesis, aunque humilde y pequeña, forme en vanguardia de ese ejército pacífico que el Papa quiere movilizar.

La Santísima Virgen, a la que hemos honrado con tanto fervor durante el Año Mariano, y San Pedro Claver, nuestro condiocesano, cuyo tercer centenario estamos celebrando, nos conseguirán del Señor abundantísimas gracias para que podamos alcanzarlo.

De todo corazón os bendice vuestro hermano y amigo.

Dado en Solsona, en el noveno aniversario de mi consagración episcopal, 24 de marzo de 1955.

† VICENTE, Obispo de Solsona